

El vuelo de la mariposa negra

Rosa Castro Palza



El vuelo de la mariposa negra

Rosa Castro Palza

El vuelo de la mariposa negra



El vuelo de la mariposa negra

Primera edición, Lima, julio de 2016

© 2016, Rosa Castro Palza

© 2016, Grupo Editorial Mesa Redonda S.A.C. Para su sello **Calcomanía**.

Bolívar 241, Of. 202, Lima 18, Perú

Telf. (511) 723 3741 / 608 5303

www.editorialmesaredonda.com

contactos@editorialmesaredonda.com

Edición general: Gabriel Arriaga Juscamaita

Producción general: Sandra López Vallejos

Asistente editorial: Ángela Arce Gamarra Diseño

de portada: Lily Morote Medina Fotografía de

portada: Miguel Ángel Mamani

ISBN: 978-612-47116-5-7

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-08931

Prohibida su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la casa editorial.

Impreso en Perú por Ediciones Altazor S.R.L. Jirón

Tasso 297, San Borja, Lima

R.U.C.: 20518160134

El tiraje fue de 500 ejemplares.

*Andábamos sin buscarnos
pero sabiendo que andábamos para
encontrarnos.*
Julio Cortázar

PRÓLOGO

*Ningún loco está loco
si se conforma con sus
razones.* Gabriel García
Márquez

Vivía en la época del cemento y el fierro; en la era de la modernidad y la tecnología, y evolucionando con inusitada rapidez.

Pero no era feliz.

Elena se movía por el mundo con toda la energía, la vitalidad y las sonrisas propias de una muchacha de su edad. Nadie que se hubiera cruzado con ella alguna vez habría imaginado que, detrás de todas esas ideas extravagantes y actitudes desafiantes, alimentaba una incurable soledad marcada por pensamientos y recuerdos dolorosos que solo encontraban paz en el sinfín de sueños románticos ambientados en siglos pasados, cuando enamorarse y vivir una idílica historia de amor parecía mucho más fácil que en la caótica era de las redes sociales.

Salvo un puñado de amigos íntimos, nadie conocía aquel secreto de su corazón.

A sus veinticuatro años creía haber pasado por casi todo lo malo que una mujer de su edad podría pasar. Y como resultado

de ello, después de muchos años de buscar su lugar en el mundo, sintió haber encontrado por fin un escape oculto entre las fantasías que su delirante imaginación había creado: la lectura.

No era completamente real y no le aseguraba la felicidad perpetua, pero de momento —pensaba— bastaba para estar bien y mantener a raya la tristeza en su vida.

CAPÍTULO 1

*Hay quien ha venido al mundo
para enamorarse de una sola
mujer
y, consecuentemente,
no es probable que tropiece con
ella.*

José Ortega y Gasset

Si había algo que ella amaba, era la lectura. Todas las personas que la conocían coincidieron en eso. Yo mismo pude comprobarlo durante los días que tuve el placer de compartir con ella. Un día, después de nuestro primer encuentro, me confesó que, aunque gustaba de leer todo libro que pasara por sus manos, tenía especial inclinación por las novelas ambientadas en el periodo de regencia inglesa.

Nos conocimos un martes en St. James's Park. Aquella mañana hacía frío a pesar del sol. Nada en especial me condujo hasta allá, solo quería respirar un poco de aire puro. Mientras caminaba por el lado sur del lago fui abordado por una jovencita morena que debía de tener unos veinte años; usaba botas negras altas y un abrigo beige, llevaba un libro y un mapa que apenas conseguía sujetar a causa del viento.

Se aproximó a mí con paso decidido, aunque en su mirada descubrí lo avergonzada que estaba. Por su inglés poco fluido supe que era turista.

—Hola, buenos días, podría indicarme, por favor, cómo llegar a... mmm, ¿la catedral de St. Paul? —dijo sonriendo y supuse que intentaba darle a su acento mayor naturalidad.

No acostumbraba a ser muy expansivo con los turistas pero, por alguna razón, con ella fue diferente. Me miraba cordialmente, sin ese embeleso que reconocía muy bien en los ojos de muchas de las mujeres que solían abordarme por la calle. No parecía impactada por lo que estaba viendo, solo quería llegar a la catedral; me ofrecí a mostrarle el camino. Pareció sorprendida, supongo que solo esperaba recibir unas cuantas indicaciones de mi parte para luego retomar su camino sola. Sus ojos dudaron solo un segundo antes de volver a mostrarme una sonrisa de oreja a oreja, asentir y emprender el camino conmigo. Hice algunas preguntas, a las que ella respondió con frases cortas. Sí, llevaba poco tiempo en la ciudad. Estaba de visita. Sí, había venido con su madre pero ella había preferido quedarse a descansar en el hotel con una tía suya. No, no era europea. Sí, lo que había visto hasta el momento le parecía impresionante.

Era latina, específicamente peruana. ¿Dónde quedaba Perú?
En América del Sur, lo comprobé más tarde.

Caminamos hasta la catedral. Cuando llegamos a la entrada me dio las gracias por haberme tomado la molestia de llevarla hasta allí. Me preguntó mi nombre. Se lo di. No quería parecer maleducado, así que también le pregunté el suyo.

—Soy Elena —me dijo.

—Elena, espero disfrutes tus vacaciones en Londres. Ha sido un placer conocerte —agregué en español, en un patético intento por mostrarme divertido.

Ella se rió. No podía creer que hubiera hecho tremenda escena ridícula frente a una desconocida. Me alejé al instante, pero ella me volvió a llamar.

—Matt, ¿quizá podría agregarte a Facebook?

Eso sí que me tomó por sorpresa. Me quedé en silencio por un momento, pero reaccioné de inmediato al notar el intenso rubor en su cara. Debí arrepentirse de ser tan osada.

—Claro, dime cómo encontrarte y te agregaré hoy mismo. Nuestra segunda despedida me dejó una sensación diferente. Me alegraba que me hubiese detenido, que me hubiese abordado en el camino y que no me hubiera reconocido. Era simplemente una bonita muchacha latina conociendo a un inglés en un parque de Londres.

No pude esperar hasta el día siguiente.

Esa misma noche, al llegar a mi apartamento, busqué mi Mac y le envié una solicitud de amistad. A los cinco minutos mi solicitud ya había sido atendida y lo primero que me saltó a la vista fue la misma sonrisa que había visto por la mañana, acompañada por el fondo de lo que parecía ser un claustro.

Una ventana de conversación se abrió paso en la pantalla:
«Hola, Matt, ¡he conocido demasiado de Londres en solo unas horas, y tengo ganas de más!».

Sus letras irradiaban felicidad. Un inusual sentimiento de entusiasmo me invadió al notar la familiaridad con la que me hablaba.

Alrededor de las cinco de la mañana ya éramos mejores amigos. Sabía de su vida tanto como ella sabía de la mía. Fue así como supe que tenía veinticuatro y no veinte años, que cumpliría veinticinco en noviembre y era amante de la literatura. Amaba sobre todo las novelas y, últimamente, había desarrollado una especial tendencia por la literatura inglesa del siglo XIX; fue por eso que decidió visitar Londres. Llevaba cerca de una semana en el Reino Unido, y antes de llegar a la capital había pasado por el condado de Derbyshire, especialmente para conocer Chatsworth House.

No mencionó nada sobre su madre o algún familiar, lo cual me hizo suponer que quizá, por cautela, había mentido cuando dijo que venía con familiares. Intenté restarle importancia al asunto.

Hacía mucho que no tenía la suerte de conocer a una muchacha como ella. Me atrevo a decir—incluso— que nunca he vuelto a conocer a alguien así. La confianza que se había formado entre nosotros en unas pocas horas hizo que me aventurara a proponerle un segundo encuentro, al cual, para mi suerte, no se negó.

Quedamos en reunirnos en Covent Garden al día siguiente. Me ofrecí a buscarla en su hotel, pero ella se negó asegurándome que sabía cómo llegar.

* * *

La tarde que pasé en Covent Garden con Elena es sin duda uno de los momentos más felices que recuerdo.

Comenzaba a molestarme su impuntualidad en el preciso momento en que la vi aparecer en la distancia. Venía abriéndose

paso entre la multitud de personas que caminaban por la vereda y se apretujaban frente a las vitrinas de las tiendas. Se veía bastante agitada.

Cuando llegó hasta donde me encontraba esperándola, se deshizo en disculpas por haberse retrasado; yo solo pude sonreírle y decir que no tenía importancia, me alegraba que por fin hubiese llegado. Nos metimos en una de las cafeterías y hablamos por el resto del día y parte de la noche.

Era una muchacha increíble. No hizo gran mención de su vida, pero me hizo miles de preguntas respecto a Londres, su historia y los lugares que podría visitar. En retribución me dio toda una cátedra de la historia de su ciudad. Nunca he sido fanático de la historia extranjera, pero contada por ella era definitivamente interesante. Se notaba en el énfasis que ponía a sus palabras lo mucho que le apasionaba hablar del tema.

Yo solo podía mirarla —estoy seguro de que para ese momento mi cara de idiota era percibida por todo el restaurante— y obligar a mi memoria a guardar cada expresión de su rostro para saborearla en soledad cuando todo terminara. Y sus labios... esa manera especial de gesticular mientras movía las manos. Cielos, era inteligente y bonita. No podía quitarle los ojos de encima.

—Así que ya sabes todo lo que podrías conocer si algún día decides visitar mi ciudad —sentenció con expresión triunfal.

—Quizá muy pronto me anime a visitarla, pero recuerda que necesitaré un guía. Y no aceptaré a nadie que no seas tú.

Las últimas palabras de mi frase se disiparon en el aire. Nos miramos en silencio por unos segundos. Ella sonrió y, por primera vez en veinticuatro horas, posó su mano sobre la mía y

la cerró en un cálido apretón que me recorrió el cuerpo con un estremecimiento delicioso.

—Claro, eso sería estupendo.

Ese fue un momento decisivo para mí. Con veinticuatro años, Elena era más que una jovencita. Era una mujer, y no cualquier mujer. Era de esas que podía atrapar la atención de un hombre en cualquier parte del mundo en la que se encontrara. No comprendía cómo era posible que estuviera sola —¿lo estaba?— y que de todos los lugares entre los que habría podido escoger, escogiera Londres, y que de los cientos de londinenses que caminaban aquella mañana por St. James's Park y a los que podría haber abordado, me hubiera abordado a mí. ¿Sería por alguna razón en especial? No. Habían pasado las horas suficientes para convencerme de que no tenía ni idea de quién era yo. No me había reconocido.

Tengo que admitirlo. En ese punto ya me tenía en sus manos. Si lo hubiera deseado, podría haberme besado ahí mismo y yo no hubiera puesto ninguna resistencia. Por el contrario, con todo el placer que puede concebirse en un solo hombre, mi boca —y quizá más que solo mi boca— le habría dado la bienvenida.

* * *

—Estuvimos juntos por poco tiempo. Sin embargo, habría sido el hombre perfecto si no hubiese existido alguien más perfecto que él.

En la penumbra de la calle por la que caminábamos alcancé a ver una media sonrisa asomando en sus labios. Habían pasado las once

cuando salimos de Covent Garden, pero no nos apetecía pensar en el tiempo. Reafirmaba una vez más la idea de que realmente no había ninguna madre o tía esperándola en su hotel. Estando así, caminando con ella cogida de mi brazo, no deseaba que la noche acabara.

—Me dolió bastante al principio, pero después me acostumbré a la idea de estar sola de nuevo, y de que era libre para hacer todas las cosas de las que solía disfrutar... Y entonces lo superé.

Volvió a sonreír, esta vez con ganas.

—¿Y qué fue del «hombre más perfecto»?

—Nada. De él no fue nada. Creo que era demasiado bueno para fijarse en alguien como yo.

En ese punto la detuve. ¿Qué demonios estaba diciendo? Pareció interpretar la incredulidad en mi cara y se rió.

—Olvida lo que dije... es una tontería.

Contrario a lo que decía, su sonrisa delataba que no se trataba de ninguna tontería y mi curiosidad llegó al límite. ¿Quizá si estuviera sola...? No. Debía mantener las formas con ella. Hasta ese momento, no me había dado ningún indicio de querer llevar nuestra reciente amistad a mayor intimidad. Pero era imposible no fantasear con un beso estando tan cerca de ella, detenidos en mitad de la calle vacía, con ese frío horroroso.

Acorté un poco más el espacio que nos separaba. Con el mayor cuidado posible, coloqué mi brazo —el mismo que un minuto antes ella tenía sujetado por el frío— alrededor de su cintura. Busqué sus ojos en la oscuridad y, con inmenso placer, descubrí que también ella había buscado los míos.

—Eres una de las mujeres más increíbles que he conocido. Y no he conocido pocas.

Nos reímos, pero al minuto siguiente me puse serio de nuevo.

—Y no lo digo porque recién te conozco y quiero quedar bien. Lo digo porque es verdad —tragué saliva—. Es lo que me has demostrado en las últimas veinticuatro horas. Nunca más vuelvas a decir algo así mientras estés conmigo.

Terminé de cerrar el espacio entre nosotros. Me acerqué completamente y puse mis labios sobre su frente. Estaba excitado y asustado, mi corazón palpitaba con increíble fuerza. La miré de nuevo, justo cuando abría los ojos despacio. Había disfrutado de ese momento tanto como yo.

—Elena, me alegra que me hayas abordado en St. James ayer.

* * *

Los días que le siguieron a esa noche fueron una especie de puntos suspensivos que encontraron su feliz final en uno de los últimos días que Elena pasó en Londres.

Días antes, en una improvisada excursión que nos había llevado hasta el sur del Reino Unido, me había confesado lo mucho que le gustaba la ópera. A mí no me provocaba nada especial; había asistido a una decena de funciones desde que iniciara muchos años atrás mi carrera en el teatro. Sin embargo, fue la excusa perfecta para reservarme la que sabía sería su última noche en el país.

La tarde que se lo propuse aceptó encantada.

—Elena —dije, cuando ya se alejaba de la recepción del hotel hacia su habitación.

Giró sobre sus talones y su expresión era dulce, parecía que lamentaba tener que despedirse.

—Deberías comprar un vestido... para mañana.

Arqueó una ceja en un gesto divertido. La confusión que le había causado mi anuncio dejó paso a una sonrisa que hizo brillar sus ojos por la emoción. Había entendido que no solo la llevaría a una simple ópera. Sabía que la llevaría a la mejor ópera que pudiera encontrar.

Se puso en posición de «¡firmes!» y se llevó una mano recta hacia la frente.

—De acuerdo, señor —dijo divertida.

No supe si tomar su respuesta como una broma o como una verdadera alusión a mi edad.

No me dio opción de darle muchas vueltas. En un movimiento que apenas me dio tiempo para reaccionar, se había apoderado de mi cuello en un envolvente, cálido y —muy a mi pesar— sensual abrazo que me dejó sin aliento. ¿Cómo podía esperar que permaneciera indiferente después de eso? Ya no había forma de que me detuviera.

En un movimiento igual de rápido, rodeé su cintura con mis brazos, la atraje hacia mí y planté un beso suave en sus labios, beso que aumentó en intensidad cuando comprobé, con excitación, que no me rechazaba.

Ahora, con la distancia y objetividad que suele dar el tiempo a las cosas que hicimos en el pasado, recuerdo ese momento y sigo sin creérmelo. Yo que siempre me había jactado de ser reservado con todo lo referido a mi vida personal, la había besado sin más —en plena recepción de un hotel—, a vista y paciencia de todos los curiosos que fingieron no mirarnos al pasar por nuestro lado.

No me importaba. Juro que en ese momento nada importaba. Solo existíamos nosotros, y el delicioso contacto de sus labios entre los míos que activaba cada partícula de mi cuerpo y me incitaba con urgencia a pedirle más. Quería más de ella. Un beso no era suficiente.

Pero tuvo que serlo, por lo menos esa noche. El momento había sido tan limpio que me aterraba arruinarlo con un impulso.

—Buenas noches, Matt —me dijo, imprimiendome un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Elena. Te veo mañana.

El aire de autosuficiencia que mostraba en los momentos menos propicios eran paradójicamente los instantes en los que más me gustaba disfrutar de su compañía.

Unas horas antes del inicio de la función en el Royal Opera House, me encontraba dando vueltas, impaciente, en la plaza de la catedral de St. Paul, lugar en el que habíamos acordado encontrarnos.

Una vez más me había ofrecido a pasar por ella a su hotel, pero se había negado agregando —quizá con una sonrisa— que sería mucho más emocionante si nos citábamos en el mismo lugar donde nos habíamos separado la primera vez. El implícito coqueteo de nuestras conversaciones por Facebook desde el día de nuestro beso en el *hall* de su hotel, me llevó a seguirle el juego con expectación creciente. Me preguntaba qué atuendo habría escogido, cómo me recibiría... Estaba tan emocionado como un adolescente en su primera cita.

A las siete menos cinco la vi cruzar por Paternoster Row; trataba de ubicarme entre la multitud. Cuando por fin lo hizo, la

sonrisa asomó a sus labios. Debía admitir que, aunque esperaba que pusiera más esmero del habitual en arreglarse para aquella noche, no pensé encontrarme con la hermosa visión que se presentó ante mí. Llevaba un vestido corto cubierto de diminutas lentejuelas plateadas, tacones altos y una chaqueta de cuero que parecía haber tomado improvisadamente; era la imagen perfecta de una joven estrella de rock. Estaba impresionante. Todo el conjunto le daba un aire de madurez que me hacía aún más consciente del peligro que corría cerca de ella.

Estando a pocos metros vino a mi memoria un recuerdo: su expresión de vergüenza el día que me pidió mi cuenta de Facebook en esa misma plaza. Ese día me parecía tan lejano. Tuve que disimular un poco la grata impresión que me había causado para no incomodarla. Estaba nerviosa, pero cuando estuvo frente a mí se repuso de inmediato.

—Buenas noches, Elena...

—¡Hola! —dijo sonriendo—. Espero no haber tardado mucho.

La verdad es que si hubiera tardado toda la noche en llegar no me habría importado. Cada minuto en esa plaza habría valido si a cambio se presentaba la hermosa imagen que tenía ante mis ojos.

—Diría que has sido casi exacta —dije sonriendo—. Estás preciosa.

Un rubor escandaloso cubrió su cara mientras intentaba sonreírme en un fallido intento por disimular lo mucho que le avergonzó mi cumplido.

—Gracias.

Le ofrecí mi brazo con gesto divertido y ella lo tomó con elegancia.

—¿Lista para una noche de ópera?

—Más que lista —respondió con una enorme sonrisa.

* * *

La tarde anterior, al encomendarle a uno de mis amigos más cercanos que hiciera uso de sus influencias para conseguir las mejores ubicaciones en el Royal Opera House para la función de ópera de *La traviata*, recibí una expresión que iba entre el asombro, la curiosidad y la diversión.

—¿Y desde cuándo tienes tanto interés por la ópera? ¡Y *La traviata*! Nada más dramático para un jueves por la noche —dijo adoptando un tono socarrón.

Tomó otro trago de su whisky y me dio un manotazo en la espalda.

—Ahora cuéntame: ¿a qué desafortunada deseas embaucar esta vez? ¿Quizás a la jovencita por la que nos has abandonado estas últimas dos semanas?

Patrick era un hueso duro de roer. Sabía que quizá sería el único de mis amigos al que no podría ocultarle ninguna cosa.

—Sí, es ella. Y no es ninguna desafortunada. Mañana es su última noche en Londres y quiero llevarla a la ópera —añadí intentando restar importancia al asunto—. Me ha dicho que le gusta mucho y será interesante asistir con alguien a quien realmente le apasione ese arte.

Nos conocíamos desde la lejana época de nuestros inicios en el teatro. Desde entonces, nos habíamos vuelto casi hermanos, pese

a nuestros temperamentos opuestos, por tanto me conocía bien. Yo sabía que no creía ni una sola palabra de mi débil justificación, pero no me importaba mientras pudiera conseguir los mejores lugares y ciertamente lo había conseguido.

Al llegar al *hall* del Royal Opera House, una anfitriona nos condujo a la exclusiva zona de los palcos bajos, casi siempre reservada para personalidades importantes.

Al dejarnos en nuestros asientos, la joven titubeó por un momento y se quedó inmóvil, mirándome con esa expresión de fascinación que yo conocía muy bien. Le temblaban los labios, como si intentara decir algo y no se atreviera. Sacó una pequeña libreta de su saco y me la extendió.

Entré en pánico.

—Por favor, ¿me daría su autógrafo? Lo admiro muchísimo desde aquella película... —la interrumpí con el tono más amable que pude adoptar.

—Claro, será un placer.

Hice una firma rápida y le devolví la libreta con una sonrisa de «ahora, por favor, déjanos solos»; ella comprendió al instante. En el breve tiempo que duró nuestro intercambio de palabras, Elena nos había mirado intercaladamente y, en cuanto la muchacha hubo cerrado las puertas tras de sí, su mirada escrutadora se posó únicamente en mí. Esperé con resignado estoicismo que me hiciera la pregunta, y probablemente la habría hecho de no haber sido por el apagón intempestivo de las luces del teatro, que anunciaban el inicio de la ópera.

Nunca antes me había sentido tan agradecido por el comienzo de una función.

Las diversas expresiones de sobrecogimiento y emoción que se fueron reflejando en el rostro de Elena terminaron por transmitirme su misma emoción. Disfrutamos tanto de la ópera que, salvo para darnos una que otra mirada de complicidad, no nos dirigimos la palabra hasta finalizado el segundo acto.

Para el inicio del tercero ya había perdido interés. Concentré toda mi atención en ella, observando cada uno de sus movimientos: el leve temblor de sus manos o la forma en que su pecho se agitaba a causa de su respiración entrecortada. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que le había conmovido la función. Para la última escena, en la que una agonizante Violeta interpretaba el *Prendi quest e l'immagine*, tenía los ojos llenos de lágrimas. Era la primera vez que la veía llorar. Se había sumergido tanto en sus emociones que ni siquiera notó que me había apoderado de una de sus manos y la estrechaba entre las mías. Y ahí estuvo en el momento en que la escena terminó y el telón se cerró, dando paso a los aplausos emocionados de la concurrencia. Se quedó sentada por unos segundos más; ahora sí que estaba consciente de nuestras manos enlazadas. Trató de recomponer sus ojos llorosos con la mano que tenía libre, luego me miró y sonrió con entereza. Había presenciado un momento que quizás hubiese querido guardar para sí misma.

—¿Te gustó la ópera?

Era una pregunta tonta. ¡Por supuesto que le había gustado!, pero necesitaba decir cualquier cosa que la distrajera de sus pensamientos.

Sonrió de nuevo.

—Ha sido mucho más que eso. Me encantó, lo fue todo. Nunca pensé... —se detuvo y sus ojos se humedecieron de nuevo; suspiró con fuerza—. Gracias por haberme invitado. Jamás olvidaré este momento.

Estrechó mi mano con fuerza y la soltó despacio sin dejar de sonreírme. Finalmente, también ella se levantó y sumó sus aplausos a los de todos los demás.

No se lo había mencionado, pero esperaba que aceptara quedarse conmigo el resto de la noche. Poco antes de las doce, nos encontrábamos en uno de mis restaurantes favoritos de Covent Garden, bebiendo una de las mejores cosechas de vino que había pedido especialmente para la ocasión. Charlamos acerca de la ópera que habíamos visto y, a propósito del tema, compartió algo más sobre su vida, la cual seguía siendo un misterio para mí.

—Hace como diez años me escogieron para interpretar uno de los protagónicos de una obra teatral que organizaron en la parroquia a la que pertenecía. ¡Fue una puesta a gran escala! Verdaderamente increíble. Una de las mejores experiencias de mi vida.

Sonreí al notar el entusiasmo con el que lo contaba. Me moría por contarle que también yo estaba muy ligado al teatro, pero esa confesión habría despertado su curiosidad respecto al incómodo momento con la joven anfitriona de la ópera y eso sí que resultaría difícil de explicar. Aunque estaba convencido de que ella aún no tenía ni idea de mi identidad, temía que una vez que lo supiera cambiara su forma de tratarme. Ya me había sucedido antes y no quería que sucediera de nuevo, no con ella. Me gustaba que me

viera como a un hombre cualquiera al que había conocido en medio de la ciudad. Eso le daba normalidad a mi vida.

—¿Y cómo se llamaba la obra? ¿Cuál fue tu papel?

—¿Has oído hablar de Gabriel García Márquez? Es un escritor colombiano.

—Claro. Hace un tiempo leí una obra suya. ¿Podría ser *Cien años de soledad*...?

Asintió con entusiasmo.

—¡Sí! Es una de mis favoritas. No exagero si te digo que la he leído más de cinco veces. Me encanta esa novela —comentó con orgullo; luego se quedó en silencio por un momento—. Pero... bueno, hay una novela corta de él, se llama *Del amor y otros demonios*. No es tan conocida como las otras, pero a mi punto de vista es una de las mejores que ha escrito. Está ambientada en el siglo XVIII. Cuenta la historia de Sierva María de todos los Ángeles, una niña de doce años, hija olvidada de unos marqueses de la ciudad, que es mordida por un perro y contagiada por el mal de rabia. Sin embargo, en aquella época solía confundirse esa enfermedad con la posesión demoníaca. Con la intención de practicarle un exorcismo la encierran en un convento, y justamente en el proceso conoce al que sería su exorcista, el padre Cayetano Delaura. ¿Te estoy aburriendo?

—¡No, cariño! Continúa —la animé.

Alcancé una de las manos que apoyaba con descuido sobre la mesa y le di un suave apretón. Se ruborizó por un momento, pero luego continuó.

—Bueno, el punto es que se enamoran el uno del otro. Pero la historia no tiene un final feliz. A él lo descubren una noche

colándose en el convento mientras iba a verla a su celda y es entregado a la Inquisición. Termina sus días haciendo trabajos obligatorios en un hospital de leprosos y ella muere antes del último exorcismo creyéndose abandonada por él. Es muy triste e intenso —se quedó en silencio por un momento, como meditando sus palabras—, ¡me alejé demasiado de lo que te estaba diciendo! La obra que te mencioné fue una adaptación de esa novela. Yo hice el papel de Sierva María.

Su enorme sonrisa y sus ojos, brillantes por los recuerdos evocados, me mostraron lo mucho que esa experiencia había significado.

—La experiencia fue... sublime —concluyó, como si me leyera el pensamiento—. Ese día supe que actuar era lo que quería hacer por el resto de mi vida.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Por miedo. Mi madre no podía pagarme una carrera en el teatro. «De eso no vas a vivir», solía decirme. Y yo, en parte, le daba la razón. Para poder mantener una carrera en el teatro debería haber tenido una economía más o menos holgada, y no fue así —sonrió con amargura—. No es así.

Me sentí culpable cuando lo dijo. En las semanas que llevaba de conocerla, no me había preocupado en indagar acerca de las razones por las que habría venido sola a un país que se encontraba tan lejos del suyo. Solo me había alegrado de lo bueno de la situación, porque así podría pasar mucho más tiempo con ella.

Pero era por eso, no tenía suficiente dinero para traer a alguien más, no pertenecía a una familia acomodada. Me pregunté cómo es que habría conseguido llegar hasta el Reino Unido y pasar

tantos días aquí. Me había dicho que antes de llegar a la ciudad había pasado una semana en Derbyshire, uno de los condados más costosos. ¿Le habría faltado dinero en este tiempo?, ¿habría pasado necesidades antes de conocerla? Hubiese querido preguntarle, pero no quería ofenderla.

Intenté hacer que recuperara su buen ánimo. Le conté, a grandes rasgos, lo que había sido mi iniciación en el teatro. Se mostró verdaderamente interesada, ahora parecía estar convencida de que hablábamos el mismo lenguaje.

—Eso explica el entusiasmo de esa chica en la ópera, ¿no?
Aunque me parece que mencionó una película.

Estaba preguntándome precisamente lo que menos deseaba responder.

—Es demasiado complejo como para perder la noche explicándolo. Pero te prometo que un día te lo diré, con todas las preguntas adicionales que quieras hacerme al respecto. ¿De acuerdo?

No sé si mi tonta explicación la convenció, pero finalmente asintió con una sonrisa.

—De acuerdo, pero vas a tener que compensarme generosamente por mi paciencia —dijo, adoptando un tono solemne que me robó una sonrisa.

Tragué saliva sintiéndome tenso de repente.

—Sabes que puedes pedirme lo que quieras, Elena, solo tienes que decirlo.

Nuestros ojos se encontraron. Tomé una de sus manos y la acerqué hasta mis labios. Sentí una dulce calidez apoderarse de mi corazón. Entonces supe lo que había estado sucediendo

desde el día en que le propuse vernos por primera vez. Ya en ese momento sabía que me gustaba —¿qué otra explicación habría justificado mi insistencia por estar cerca de ella?—, pero lo que estaba experimentando en ese instante, con sus ojos brillando de emoción y sus manos palpitando entre las mías, era algo para lo que no me había preparado. Me había enamorado.

Sin darle tiempo al miedo, acaricié sus mejillas y me acerqué a sus labios. La besé despacio para hacer el momento más dulce. Estando ahí, en su boca, me resultaba impensable imaginar que al día siguiente y a esa misma hora se encontraría muy lejos de mí. Y tal vez a ella le pasaba algo similar. A punto de terminar nuestro beso, no me dejó ir. Volvió a besarme. Decidida, fuerte. Era como si en ese beso quisiera llevarme consigo para siempre.

—¿Sabes? Quizá vaya a sonar estúpido lo que voy a decirte, pero estas últimas semanas han sido las mejores de toda mi vida. Mi anhelo por estar aquí fue tan sofocante que si no venía habría acabado conmigo —cerró los ojos en una mueca de dolor—, renuncié a mi trabajo y a muchas cosas por estar aquí. Y, ahora que terminó, tengo miedo. No sé qué encontraré al volver. Pero a pesar de eso no estoy arrepentida de nada. Porque disfruté cada minuto, hice mío cada lugar por donde estuve, cada calle por la que caminé... —su voz se quebró—, y en ese camino te encontré a ti. No voy a olvidarte nunca, has sido la mejor parte de mi viaje, Matt.

Sus labios sonrieron, pero la sonrisa no llegó hasta sus ojos. La melancolía le había llegado tan fuerte como a mí. A pesar de lo gloriosas que habían resultado sus palabras para el sentimiento que acababa de descubrir, no pude menos que sentirme asustado:

¿y ahora qué? Y por otro lado, estaba la cuestión de sus miedos, ¿tan mala era su vida?, ¿qué era lo que había dejado atrás, o —peor aún— de qué venía escapando cuando decidió venir aquí? ¿Qué era eso que con tanto anhelo la trajo desde tan lejos?

Tomé sus manos entre las mías, rogando que en ese gesto sintiera lo mucho que había empezado a sentir por ella.

—Querida, no hay una sola cosa estúpida en lo que has dicho. Escúchame —iba a dar un salto al vacío, pero bien valía la pena arriesgarse—, yo te quiero, Elena. Quizás estoy siendo demasiado osado al decírtelo, y aún más por esperar que tú sientas lo mismo —sentí una punzada de dolor al recordar lo que días antes me había contado sobre aquel hombre perfecto del que no se creía digna—. No sé qué quieras tú, pero yo estoy convencido de que no quiero que termine. Preciosa, quiero que seas parte de mi vida. No te alejes de mí, ¿de acuerdo?

Mis ojos debían de ser un eco de mi súplica, estoy seguro. Por toda respuesta volvió a besarme.

Estaba plenamente agradecido con mi conciencia por haberme permitido ser sincero con ella. Deseaba pedirle que se quedara, que olvidara sus miedos y fuera mía para siempre. Qué importaba si no tenía dinero, yo tenía suficiente para ambos, pero ¿eso realmente nos haría felices? No lo sabía. Habían pasado solo tres semanas desde que nos conocimos, sabía muy poco de su vida y ella mucho menos de la mía. Pero una voz en mi interior, un presentimiento me decía que no estaba equivocado, que ella era quizá la única mujer en el mundo que podría hacerme verdaderamente feliz, con sus luces y sus sombras.

Esperaba no equivocarme al dejarme guiar por esa voz.

* * *

Salimos de nuestra cena en Covent Garden alrededor de las dos de la mañana. Aunque estaba cansada —no podía imaginarme lo mucho que debían doler esos tacones—, se mostró dispuesta a seguir caminando conmigo.

Hablamos de otro ciento de cosas nuevas sobre ambos. Le conté sobre mi familia, sobre mi vida en el teatro; incluso me atreví a confesarle que estuve casado y que me había divorciado un par de años antes de conocerla. No pareció muy sorprendida al escucharme, lo que hizo que me preguntara cuántas experiencias le habrían dejado sus relaciones pasadas —en nuestra primera cita había hablado sobre un último novio mucho mayor que ella—. Le hablé también de los amigos con los que me reunía periódicamente.

Nos detuvimos al llegar al puente Westminster. Se acodó en la baranda de espaldas al Támesis.

—Siento que has pasado demasiado tiempo conmigo desde que nos conocemos, espero que a tus amigos no les importe —dijo con una sonrisa.

—Al contrario, estarán felices porque les daré algo de qué hablar. Hace mucho que no me ven salir con nadie.

La sonrisa se desvaneció de repente y su rostro se descompuso. Quedé desconcertado.

—¿Qué sucede? —tiré de su barbilla suavemente para obligarla a mirarme.

Sus ojos estaban vidriosos.

—Nada, solo estoy un poco asustada. Y no quiero dejarte.

Se abrazó a mí con fuerza y permaneció en silencio por un buen rato. Hubiera querido prometerle el mundo en ese instante, pedirle que no se fuera, decirle que tampoco quería alejarme de ella porque tenía la seguridad de que llenaría todos los vacíos de mi vida. En cambio, me incliné sobre su cabello y le di un beso.

—Entonces no lo hagas. Quédate, Elena, quédate conmigo, y regresa a mí cada que lo desees. Puedes sentirte segura aquí, ¿de acuerdo?

Nos despedimos increíblemente serenos en el aeropuerto Heathrow el viernes por la tarde. Nos quedamos en silencio por un buen rato en la entrada de abordaje, antes de decidirme a estrecharla muy fuerte entre mis brazos.

—Promete que no vas a olvidarme —me dijo esperanzada— y que muy pronto irás a Lima para reclamar el guiado que tanto querías.

—Solo si tú también prometes no olvidarme. Y volver a Londres conmigo a mi regreso de Lima.

Traerla conmigo a mi regreso. Lo que le estaba pidiendo no era nada que pudiera tomarse a la ligera, estaba consciente de eso; y el inexplicable gozo que sentí me dio esperanza en nuestro futuro común. Vivir con Elena, disfrutar cada día de esa pasión que me había mostrado en unas semanas; la sola idea era dulce y estremecedora. Sonrió y se mordió el labio en señal de aprobación.

—Te lo prometo.

Nos dimos un beso largo, uno que se habría prolongado mucho más de no haber sido por el anuncio de la última llamada de abordaje.

—Te quiero —me dijo al darme el último abrazo.

¿Por qué tuvo que decirlo en ese último momento? Sentí una dolorosa dureza en la garganta. Mis ojos empezaron a doler por la presión de las lágrimas. No debí haber dejado que se marchara.

—Yo también, cariño.

Avanzó hacia el abordaje. A mitad de camino, se dio media vuelta y me hizo un gesto de adiós con la mano.

—¡Elena! —llamé por última vez, ante las expresiones de disgusto de los pasajeros que vieron obstruido su camino—. Me tienes. Estoy en tus manos.

Sonrió. Dio media vuelta y se fue. Esa fue la última vez que la vi.

CAPÍTULO 2

*Yo ya era así antes de que tú
llegaras, caminaba por las mismas
calles y comía las mismas cosas.
Incluso antes de que llegaras
yo ya vivía enamorado de ti
y a veces, no pocas, te extrañaba
como si supiera que me hacías falta.*
Edel Juárez

Desde los días lejanos como estudiante de la Birkbeck University, abrigaba la secreta idea de escribir un libro algún día.

Mi vida estuvo llena de arte y literatura desde que tengo conciencia. Mis padres fueron famosos actores de teatro en el Reino Unido y mi primo más querido se convirtió en un célebre novelista. Llegado mi momento, supe que quería seguir los mismos pasos de todos ellos, aunque no tenía claro el orden en el que empezaría.

Como la mayor parte de las cosas importantes, la oportunidad de mi vida llegó de forma inesperada en la persona de uno de mis maestros de la Royal Academy Of Dramatic Art en la mitad de mi carrera.

Si tuviera que calificar los primeros años de mi debut en las tablas diría que fue una experiencia sublime. Recordando lo poco felices que decían sentirse muchos de mis conocidos con respecto a lo que hacían, me consideraba afortunado, pues amaba mi carrera más que nada.

Fue en esas primeras incursiones teatrales cuando conocí a Patrick, quien con su energía y versatilidad se impuso desde el principio como el favorito de la Royal Shakespeare Company.

Fuimos amigos en constante competición por la obtención de los protagónicos de la compañía. Creo que fue aquella competencia la que finalmente consolidó nuestra amistad hasta convertirla en una especie de sana sociedad que, con el paso de los años, nos convirtió en hermanos, no de sangre pero sí de escenario.

Fue Patrick quien me presentó a mi exesposa. Las salidas en grupo se transformaron en salidas de a tres y luego en citas de a dos —cuando la astucia de mi amigo lo llevó a sospechar lo que empezaba a suceder entre ella y yo—. Después de dos años de relación decidimos casarnos.

Ella solía sacar lo mejor de mí. Estábamos enamorados. Estaba tan convencido de nuestra mutua compenetración que mi decepción fue grande aquel lejano viernes por la noche, cuando terminada la cena que habíamos planeado para celebrar el fin de la gira por la *premiere* de mi primera película, me confesó lo difícil que le resultaba pensar en la cantidad de mujeres suspirando por mí en todo el país, sin contar el resto del mundo. Aunque había tratado de manejar mi reciente popularidad en el cine todo lo mejor que le había sido posible, no conseguía lidiar con esa sensación de inseguridad.

Aquello me resultó incomprendible. Éramos actores y, como tales, sabíamos separar nuestra vida real de nuestros personajes en escena. Con una trayectoria más larga y exitosa que la mía, no entendía cómo se había dejado llevar por una idea tan absurda. Pero la amaba y si de algo estaba seguro era de que no iba a sacrificar el amor de la mujer que me había hecho feliz a cambio de la excursión por el inexplorado terreno cinematográfico. Después de todo no me atraía demasiado.

Desde entonces evité cuanto propuesta para producciones de cine se presentó en mi camino. Había instantes en que lo dudaba, momentos en los que pensaba si estaría haciendo bien en renunciar a las oportunidades y si no se trataba simplemente de satisfacer un capricho de mi esposa, cuya carrera iba avanzando al tiempo que la mía se rezagaba.

Tiempo después participamos en una producción conjunta —ella en el protagónico y yo como coprotagonista—, pero eso fue todo.

En nuestros años de amistad, quizá fue ese el único momento en el que Patrick estuvo realmente furioso conmigo.

—No puedes permitir que acabe con tu carrera. Llegará el día en el que mientras ella se va de gira, tú te quedarás en la casa cuidando de los niños y limpiando los desperdicios del perro... ¿Eso es lo que quieres? —preguntó airado en una de nuestras salidas nocturnas. Todos nuestros amigos eran de la misma idea.

Patrick no podía comprender cómo una mujer de inteligencia tan aguda podía tener un pensamiento tan cuadrado respecto a la carrera de la persona a la que decía amar. Y un día terminé

por cuestionármelo yo también. Ella parecía no notarlo —o quizá le fue más fácil fingir que no lo notaba—, pero me estaba aniquilando de a pocos. Empecé a sentir resentimiento por el mundo, por el injusto dilema que la vida me había planteado: elegir entre ser amado y el futuro de mi carrera. En ese punto supe que había tenido suficiente.

Ensayé mil veces la forma en que se lo diría. Intenté encontrar el modo más sutil y delicado de explicarle que su indirecta persistencia por hacer que rechazara cada oportunidad que se me presentaba, solo para sentirse segura de mi amor y fidelidad, era absurda y estaba acabando conmigo. Yo la amaba y todas las admiradoras del mundo no conseguirían confundir mis sentimientos. Sin embargo, nada fue como lo esperé, empezando por la increíble impasibilidad que adoptó mientras me escuchaba y la serenidad con que aseguró que quizá si cada quien tomaba su camino estaríamos más tranquilos.

Aquella noche acabó con todas mis esperanzas. Aunque tratamos de rescatar nuestro matrimonio y me aseguró mil veces que todo lo que había dicho había sido producto de la euforia del momento, el recuerdo de la frialdad de su expresión no dejó de perseguirme hasta que tomamos —esta vez de mutuo acuerdo— la sana decisión de separarnos.

Me llevó mucho tiempo resignarme a la idea de que se había terminado. Por lo menos mucho más tiempo del que tardó ella en volver a su vida pasada. Menos de seis meses después de nuestro divorcio oficial, supe que se encontraba grabando una película en Escocia, mientras yo intentaba recuperar los trozos desperdigados de mi destruida carrera en el cine.

Patrick desempeñó un papel importante en la reconstrucción de mi vida.

Pasaron los meses y con ellos el periodo de duelo autoimpuesto. Dos años después del divorcio, contaba en mi haber una película, varias temporadas de una serie de televisión y las frecuentes puestas en escena en el teatro. Sin embargo, había algo de todo eso que no me llenaba lo suficiente.

A solas, hurgando en mi interior, supe lo que pasaba. A pesar de que todo iba viento en popa, la excentricidad de la vida cinematográfica era contraria al estilo de vida que yo esperaba llevar. El teatro se asemejaba más a una rutina normal. Podía llegar a casa al final del día y sentarme a ver la televisión, leer un libro o salir a caminar por Green Park o St. James sin que nadie viniera a pedirme un autógrafo, una foto o convertirme en el objeto de admiración de toda la comunidad femenina del país. Esas eran situaciones que, a pesar de los años y las experiencias vividas, me seguían perturbando. Prefería ser un ciudadano cualquiera al que nadie le prestaba mayor atención.

Patrick agotó su paciencia hasta el límite y estuvo a punto de quitarme su amistad para siempre —me lo confesó tiempo después— cuando supo que había rechazado uno de los protagónicos más importantes que me había ofrecido el —ahora mundialmente conocido— director de mi primera película. Pero ya estaba decidido y nadie me iba a convencer de lo contrario.

Finalmente, él y todos mis amigos tuvieron que aceptar el camino que había elegido.

Completamente adaptado a mi nueva realidad, alejado lo más que pude de las cámaras, sentí que había renacido para el mundo

y el teatro, hasta aquella mañana de septiembre cuando, pasada la temporada de funciones, la necesidad de aire puro condujo mis pasos hasta St. James's Park y encontré la motivación que ni siquiera mi exesposa pudo provocar. Aquella musa maravillosa que había buscado desde mis primeros años de escritor. Mi Elena. Unas cuantas horas después de su partida supe que era ella, junto a nuestra historia compartida, lo que necesitaba para emprender la creación del ansiado libro. No necesitaba hacer de mi creación un *bestseller* o algo semejante. Solo necesitaba escribirlo, contarlo a quien quisiera escucharlo y —¿por qué no?— develarlo ante el objeto de mis deseos para hacerle entender que, sin la certeza del cómo, cuándo o bajo qué aspecto, la había estado buscando.

* * *

Había pasado a limpio tres borradores y ya lo tenía listo.

Lo había decidido en el transcurso de los meses que pasaron desde que se fue.

Me resultaba difícil expresar ciertos sentimientos, y esa era la mejor forma de describirle cada emoción surgida en mí durante todo el proceso. La historia de cómo la conocí —contada a especie de novela— sería mi declaración.

Tenía todo perfectamente planeado en mi mente. Haría una reserva para cenar en el mejor restaurante que pudiera encontrar. Le pediría reunirnos en el mismo lugar y una vez allí, el *maître* la llevaría a nuestra mesa reservada y dejaría «servido» mi manuscrito perfectamente encuadernado. Tendría que tomarse su tiempo

para leerlo. Una vez que hubiese terminado —probablemente en ese punto estaría tan conmovida como yo nervioso—, le pediría que tomara posesión de mi casa y de mi vida. Que viniera a Londres conmigo y me hiciera —al más puro estilo victoriano— el más feliz de los hombres.

De ese modo también me aseguraba de que su familia tuviera la seguridad de que no se iba con un simple extraño al que había conocido, sino con alguien que —en un brevísimo tiempo— estaba convencido de amarla con locura, y de querer tenerla cerca para siempre.

* * *

29 de diciembre de 2015

Matthew,

Mi nombre es Paola, soy amiga de Elena. Encontré fotografías de ustedes en Londres y sigo sin creerlo. Apenas llegué a enterarme de que se había ido tan lejos. Debo de haberla visto un par de veces desde que volvió y ella no estaba bien. Las cosas han ido horriblemente mal en los últimos días. Su madre habló por teléfono a mi casa anoche; Elena ha sido llevada a una casa de reposo.

No sé si mis sospechas van por el camino correcto, pero siento que algo pasó durante su viaje, algo que fue el detonante de todo ese extraño comportamiento. Si no estoy equivocada por todo lo que he leído, sé que ella te importa tanto como a mí. Necesito que me cuentes qué pasó, lo que sea que pueda ayudarme a entenderla, porque ella no ha abierto la boca desde que la dejaron ahí.

¿Hay algún número al que pueda llamarte? Gracias.

* * *

La historia que en un principio guardaba la promesa de un camino abundante de emociones y felicidad para el futuro, amenazaba con transformarse en pesadilla. Aquel mensaje en mi buzón me obligó a modificar todos mis planes y se trajo abajo todas mis esperanzas.

¿Qué había pasado? Mi Elena. ¿Mi hermosa e inteligente Elena en una casa de reposo?, ¿qué llevó a su familia a hacer una cosa tan desalmada como esa? Tenía que saberlo. Saberlo todo de la forma más objetiva y detallada de la que podía ofrecerme una llamada telefónica.

Por un breve momento me atreví a pensar que podía tratarse de una broma, pero rechacé la idea enseguida ante lo que parecía una evidente —y terrorífica— verdad.

Al revisar el perfil de la muchacha, confirmé que se trataba de una amiga cercana a Elena. Tenían cientos de fotografías juntas en diferentes lugares y momentos. No podía estar mintiendo. Además, estaba la angustiante certeza de que no había hablado con ella en días. No me había preocupado demasiado porque creí que la proximidad de las fiestas la habría mantenido ocupada.

Dios mío, qué equivocado había estado.

Haciendo un esfuerzo supremo, conseguí mantener a raya la angustia y el apabullante tropel de preguntas que se amontonaban en mi cabeza y luchaban por encontrar una respuesta para transmitir la serenidad que no sentía en mi mensaje:

Paola,

Estoy consternado y sorprendido por lo que acabo de leer. Como tú misma has dicho, Elena me importa mucho, muchísimo. Lo primero para mí es su bienestar. Estoy más que dispuesto a que conversemos. Para que te sea más cómodo, te pido me dejes un número en el que pueda contactarte y yo mismo haré la llamada. No te preocupes por la diferencia de horario, escíbeme en el momento en que te encuentres libre. Esperaré con impaciencia tu respuesta. Afectuosamente,

Matthew

Su respuesta tardó apenas un par de horas en llegar. Eso solo confirmó mi sospecha de lo delicada que debía de ser la situación. Después de dos horas de angustiante conversación, una calurosa tarde de verano en Lima y una fría noche de otoño en Londres, tomé la decisión que me llevaría a lo que ya hoy se ha convertido en uno de los giros más importantes acontecidos en mi vida. Y también una de las razones que le ha dado sentido.

CAPÍTULO 3

*Hay solo tres cosas a hacer con una
mujer. Se puede amarla, sufrir por
ella, o convertirla en literatura.*

Lawrence Durrell

Aterricé en suelo peruano una cálida madrugada de diciembre.

Desde el día del fatídico mensaje, Paola y yo habíamos estado en constante comunicación, en especial desde la madrugada de nuestra primera conversación telefónica, cuando le anuncié que había decidido viajar al Perú para ayudarle a hacer luz en los episodios anteriores a la reclusión de Elena.

Cuando nos conocimos meses atrás en St. James's Park, me había parecido una muchacha bonita. Días después, al ver un poco más en su interior, supe que estaba enamorado. Sin embargo, descubrir que ella era la parte de mi alma, que sin saber había estado buscando, me tomó por sorpresa unos días después, exactamente en la víspera de su partida de Londres. Para mi suerte, un afecto similar se había producido en ella y, aunque a distancia, no habíamos dejado de comunicarnos.

La perspectiva del reencuentro y nuestra tácita promesa el día de la despedida en el aeropuerto hicieron crecer mis esperanzas a mayor velocidad que mis días. Había decidido que una vez

terminada la temporada de funciones en el teatro viajaría a Lima, la convencería de que era todo lo que necesitaba en mi vida y finalmente le pediría que regresara conmigo a Londres, esta vez para que me diera el privilegio de compartir con ella más que solo veinte días. Pero nada había sucedido como lo esperaba, y prueba de ello era la incómoda situación en la que me encontraba en aquel momento, desorientado en la sala de desembarque de un lugar que me era completamente desconocido, buscando un rostro que no era el que en mis noches de insomnio había anhelado encontrar.

Cuando me reconoció entre la multitud de pasajeros sus ojos se abrieron. Capté sorpresa y turbación en su expresión, pero no pude identificar si era porque, a diferencia de Elena, ella sí que me había reconocido, o por el hecho de encontrarse en una incómoda situación que solo un interés en común había propiciado. Levantó la mano para indicarme que me acercara. Al caminar en su dirección descubrí a un hombre mayor que la acompañaba, debía ser su padre.

Por alguna razón también me sentí nervioso. Los casi treinta centímetros que le superaba en estatura debieron de parecerle intimidantes, tanto como a mí me resultaron incómodos. Cuando estuvimos cara a cara nos limitamos a sonreírnos y, después de un momento, tendernos la mano. Notaba cuánto trabajo le costaba tratarme con normalidad.

—Matt, Matthew, hola, yo soy Paola —dijo con sonrisa nerviosa—. Este es mi padre —agregó en el mismo momento en que el hombre que la acompañaba me estrechaba la mano con sonrisa cálida—, te agradezco mucho que hayas venido...

Sus ojos se empañaron antes de terminar la frase. La punzada de angustia que sentí en el pecho me transmitió su preocupación. Mi pobre Elena. Esperaba que la situación no fuera tan grave como la estaba percibiendo en esos primeros minutos con su mejor amiga.

* * *

Mi plan inicial había sido presentarme con Paola, pedirle con amabilidad que me indicara en qué lugar podría conseguir un alojamiento y reunirme con ella al día siguiente. Pero en el momento en que se lo hice saber, ella y su padre se opusieron de tal forma que no me dieron opción a replicar. La hospitalidad dictaba —según le entendí a su padre— que no había mejor lugar para un recién llegado que una cálida casa con amigos.

Salimos hacia el enorme estacionamiento y una helada brisa matinal con olor a mar me rozó la cara, ayudándome a templar los nervios. A Paola debió de pasarle algo similar, pues una vez acomodados en el asiento trasero del auto de su padre, parecía más tranquila y dispuesta a mirarme sin ponerse nerviosa.

Aunque entendía el español, mi dominio de conversación era algo limitado, por eso me sentí agradecido cuando tuvo la delicadeza de empezar la conversación en inglés.

Hablamos de trivialidades para pasar el tiempo, pero al cabo de un rato nos quedamos en silencio para no excluir a su padre, quien no dejaba de mirarnos por el retrovisor.

Dirigí mi atención a la carretera que atravesábamos en ese momento y alcancé a divisar en la distancia las torres de varias iglesias. Un río extendido a lo largo del camino nos separaba

de estas. Recordé la noche en Covent Garden cuando Elena me contó con emoción sobre la historia de su ciudad. Siglos atrás, Lima había sido la sede del poderoso virreinato establecido por España en el Nuevo Mundo, y uno de los títulos que había ostentado había sido el de «Ciudad Convento». Me habría causado tanto placer tenerla a mi lado en ese coche.

Perdido como estaba en mis pensamientos, el comentario que el padre de Paola me hizo en español me tomó por sorpresa:

—Cuando Paolita nos contó que usted llegaba, a todos nos dio curiosidad por ver esa película en la que usted actuaba como el señor... ¿señor qué era, hijita?

—Papá, por favor... —lo interrumpió Paola, al mismo tiempo que le advertía con la mirada que no era buena idea hablar del tema. Se había puesto tan colorada que me hizo olvidar por un momento la sensación de incomodidad y hasta me pareció divertido. La jovialidad de su padre era contagiosa. Retomé la conversación preguntándole, esta vez en español, a qué distancia del aeropuerto se encontraba su casa y él, visiblemente animado, comentó que estábamos a una hora y veinte minutos, que me gustaría el lugar porque había mucha naturaleza y el barrio era tranquilo.

Salimos de la carretera para entrar en un camino cercado por árboles. Nos desviamos hacia una entrada enrejada que se abrió a nuestro paso y que, tal como había indicado el padre de Paola, estaba rodeada de jardines. Al centro de la explanada, surcada de grandes árboles, se encontraba la casa.

Apenas entramos, su padre se despidió lo más rápido que pudo diciendo que necesitaba descansar antes de ir al trabajo.

Paola me condujo a la segunda planta y me indicó mi habitación. No era más grande que el dormitorio de mi apartamento en Londres, pero era acogedor. El esmero con el que parecían haber dispuesto todas las cosas me indicó que la invitación de quedarme en su casa había sido planeada días atrás. Me sentí agradecido.

Habría querido tocar el tema que tanto me interesaba en ese mismo momento, pero supe que sería una descortesía de mi parte.

—Sé que quizá quieras hablar sobre Elena ahora mismo, pero sería bueno que descansaras un poco. Todos lo necesitamos

—dijo Paola, como respondiendo a mi pensamiento—. Estos últimos días han sido largos y agotadores. Te cuento luego con calma. Pasaré a buscarte a las nueve. A esa hora mis padres ya están fuera de la casa y podremos conversar mejor.

La escuché en silencio, de pie en medio de la habitación. Quería articular alguna palabra de asentimiento, pero mi boca se negaba a obedecerme. Ella se mordió el labio.

—Hay muchas cosas sobre este tema que mis padres no saben y hasta que todo esté un poco más claro preferiría que no lo supieran. Ellos también conocen a Elena. Mamá sabe que estás aquí para ayudar, pero solo eso.

—Entiendo, no hay problema, estaré preparado a las nueve. Nos sonreímos y ella se dispuso a salir de la habitación.

—Paola, te agradezco que me recibieras. Gracias. También por haberme contactado por Elena.

* * *

Esquizofrenia. Ese había sido el diagnóstico de su médico y el motivo por el que decidieron internarla en la casa de reposo donde se encontraba desde el día de su ataque.

Paola tocó mi puerta a las nueve menos cuarto y nos dirigimos a la primera planta. El comedor estaba vacío, pero se notaba que había sido usado recientemente. Había tostadas con mermelada y café recién preparado en la cafetera. Al primer mordisco que le di a una de las tostadas supe que no sería capaz de tragar bocado alguno, a pesar de que no había comido nada desde la cena que sirvieron en el avión.

La angustia que sentí sentado en esa mesa, a la espera del relato de Paola, me consumía de una forma que me es imposible describir. Me aferré a la taza de café que me ofreció hasta que los nudillos me quedaron blancos. Concentré todos mis sentidos y me dispuse a escuchar.

—Me encontré con Elena un viernes en la noche. Fue a buscarme hasta mi trabajo. Había tenido una ceremonia importante en su trabajo porque vino vestida con uniforme de gala y se quejó varias veces de lo mucho que le fastidiaban los tacones —el delicioso recuerdo de nuestra caminata en el puente Westminster y su figura enfundada en el vestido de plata y los tacones altos vinieron a mi memoria—. Fuimos por café y pasteles a un lugar cercano. Ahí me contó que había renunciado a su trabajo esa misma tarde y que en los siguientes días se iría de viaje. Le pregunté a dónde iría y solo sonrió. «Ahora no puedo contarte, ¡pero ya después te diré todo lo que quieras saber!», me dijo. No voy a negar que me molestó en un principio, ¿por qué decirme que se iba si al final no me diría a dónde? Le pregunté si

alguien la acompañaría y me aseguró que no. No me convenció del todo, pero la conocía, y sabía que al insistirle no conseguiría nada. Los últimos meses había visto un cambio en ella. Pasó de la incertidumbre a la excitación y de la excitación a la mayor desolación que le sentí alguna vez.

»Fue por esos días que comenzó a alejarse de mí y de nuestro grupo de amigas. Sabía que los problemas en su trabajo de entonces, su familia y sus conflictos personales la estaban aniquilando, pero —su voz de repente se hizo imperceptible— no me preocupé en preguntarle porque yo misma no me sentía muy bien y preferí mantenerme al margen para que no me arrastrara a un estado de mayor depresión. Lo dejé pasar, hasta una tarde que me saludó por Gmail y preguntó cómo me encontraba. No me sentía del todo bien, pero lo peor había pasado, así que le dije la verdad. Me leyó pacientemente y luego yo pregunté lo mismo. Dijo que se encontraba mejor, que había empezado a leer algunas novelas de Jane Austen y que ese mundo había terminado por atraparla. Se sentía feliz. Supuse que se trataba de un escape y me pareció bueno mientras pudiera controlarlo, total... soñar no le hace daño a nadie, ¿no?

»Unas horas más tarde entendimos que los pasteles y el café no serían suficientes para aliviar nuestras ansias, así que fuimos a uno de los bares de la plaza que solíamos frecuentar. Conforme pasaron las horas y las cervezas —sonrió para sí misma recordando ese momento—, los sentimientos fluyeron, las emociones se desbordaron y terminó confesándome lo que había estado guardando. Excitadísima, me preguntó si alguna vez me había sentido totalmente loca, embobada, perdidamente enamorada

de algún personaje de libro, y no esperó a que respondiera la pregunta. «*Orgullo y Prejuicio*, Pao. Fitzwilliam Darcy. ¿Cómo pude ignorar ese libro por tanto tiempo? ¡Y la película! ¿Tú viste la película, verdad? Era él, fue así como siempre imaginé que sería».

Me quedé de piedra.

De acuerdo, entonces fue como lo había sospechado: siempre supo que se trataba de mí. Sabía quién era, pero no lo dijo. Pero... no parecía saberlo. O es que lo disimulaba muy bien. No quise interrumpirla, aunque esa confesión me resultó demasiado descorazonadora. Un viejo dolor, que no creí volver a sentir, me invadió el pecho.

—Entonces, estaba equivocado. Ella siempre supo quién era yo —dije. Apenas me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Aquella idea llevaba meses rondándome en la cabeza.

Paola negó con tristeza.

—No. Ella no te reconoció nunca, Matthew. Ella no sabía que tú eras... —pareció sentirse extraña al decirlo— que tú eras Darcy. Lo sé porque hablé con ella cuando regresó, y no dio ningún indicio de saberlo. La única alusión que hizo sobre ti fue que había conocido a alguien en su viaje, alguien a quien no conocía bien pero de quien creía haberse enamorado. No dijo nada más. Si te hubiera reconocido, yo lo habría adivinado, o en todo caso sus gestos la habrían delatado.

Creía haberse enamorado. ¿Sería posible? Las palabras de Paola me emocionaban con la misma intensidad que me aterrorizaban. ¿Podía confiar plenamente en lo que decía? Hasta ahora todo parecía estar envuelto en una especie de misterio. Quizá su percepción había sido equivocada.

Hubiera querido hacerle todas las preguntas al mismo tiempo, pero no podía dejarme llevar por el impulso. No en ese momento.

Me disculpé por la interrupción y le pedí que continuara. Ella asintió con mirada compasiva:

—Días después de nuestra salida, seguía fantaseando con la misma historia. La última vez que conversamos sobre el tema dijo haber perdido interés por todo lo que le rodeaba, todo lo que antes le preocupaba. Ya nada importaba. Por un momento cayó en angustia porque sentía que estaba perdiendo la noción de la realidad, y estaba bien mientras le ayudase a sobrellevar su vida, pero había llegado a un punto en el que ya no era normal. Dijo que se lo comentaría a su terapeuta, no sé si llegó a hacerlo.

Cada cosa que decía sobre ella traía una nueva sorpresa. ¿Un terapeuta?, ¿desde cuándo?

Hubo un tiempo en el que era opinión generalizada tomar por locas a las personas que acudían a psicólogos o psiquiatras. Yo mismo me había inclinado a creerlo, pero los años de vida en común con mi exesposa habían desterrado para siempre esa idea de mi cabeza. Sin embargo, todo esto tenía mucho de locura. Estaba ahí, en una ciudad que visitaba por primera vez, sentado en el comedor de una desconocida. De la amiga de una joven a la que había conocido meses atrás en Londres y a la que había venido buscando cuando la amiga en cuestión me dijo que había sido internada en un asilo psiquiátrico.

—Esa fue la última vez que conversamos. La mañana del martes desperté para ir al trabajo y encontré un mensaje suyo en mi móvil —buscó en la mesa—. Es este. Lee —me dijo mientras me lo entregaba.

«Pao, perdona que no te lo haya dicho sino hasta ahora. Estoy en la sala de abordaje del aeropuerto. Me voy en este momento. Me han pedido que apague el móvil, así que no podré escribirte hasta que llegue a mi destino. Te enviaré un correo al llegar. ¡Estoy emocionada! Te quiero. Prometo aclararte todo este secretismo a mi regreso. ¡Abrazos!».

La familiaridad y el modo cariñoso con el que estaba escrito aquel mensaje me hizo sonreír. ¿Cuántos mensajes así no me había enviado a mí en los últimos meses?

—No supe de ella hasta después de dos días. Recibí en mi correo un mensaje de dos líneas que decía que había llegado bien, que su aventura había comenzado y que apenas pudiera me volvería a escribir. Cerca de un mes después me llamó por teléfono. Debo admitir que no pensé demasiado en ella desde su último correo. Le pregunté hacía cuánto que había regresado. Casi una semana. Quedamos en encontrarnos ese mismo día. Me fue a buscar a la salida de mi trabajo. No era un cambio drástico, pero se veía diferente. Lo que no supe interpretar fue si esa diferencia era positiva o negativa. Como era viernes le propuse ir a nuestro bar de siempre, pero dijo que prefería algo más tranquilo, así que fuimos por unos pasteles. A pesar de que era ella quien tenía las novedades, se interesó por lo que había hecho yo. Prácticamente fue de lo único que hablamos. Casi al final me atreví a preguntarle qué tal había ido su viaje. Sonrió y se puso colorada. «Conocí a alguien», me dijo, «no te imaginas lo que fue, Pao. Lo último que imaginé al tomar el avión fue enamorarme de un extranjero. El viaje fue estupendo, pero encontrarme con él lo volvió perfecto».

Se me encogió el corazón. Tal como me había dicho en nuestra última cena, yo había sido la mejor parte de su viaje. Y ella, sin duda, la mejor parte de mi vida.

Para ese momento, también yo sentí el rubor subiéndome a la cara.

—¿Te contó algo más sobre su viaje?

—No. Eso fue todo. El que mencionara un avión y a un extranjero llevó mi curiosidad al límite. Iba a preguntarle más, pero en ese momento sonó su móvil. Contestó una llamada de su madre y luego dijo que debíamos irnos. Sentí tan poca predisposición de su parte para continuar la conversación que me hice la desentendida y no pregunté nada más. En un principio me había preocupado dónde y con quién habría estado todo ese tiempo, pero si había conocido a alguien y parecía estar ilusionada por eso, ¿por qué preocuparme? La conocía bastante y sabía que tenía que darle su espacio, ya tendría ocasión de conocer la historia completa y prevenirla si era necesario —se sonrojó al notar que esa última frase hacía clara alusión a mí—. En el momento que creyera conveniente terminaría contándome con detalles todo lo que quería saber. Eso creí, y probablemente así habría sido si no hubiera sucedido lo de esa mañana, cuando la llevaron a la clínica y finalmente a la casa de reposo.

—¿Pero qué fue lo que paso? ¿Cómo es que terminó ahí? —la angustia amenazaba con acabar con la poca calma que me había sostenido hasta ese momento.

No me respondió al instante. Parecía estar conteniendo las ganas de llorar, sus ojos estaban realmente vidriosos. Tragó saliva.

—Esto lo sé por su madre, yo no lo presencié. Me llamó el mismo día que sucedió. Me contó que la noche anterior,

alrededor de las tres, había sobresaltado a todos con un grito. Había tenido una pesadilla. No respondió a los llamados que le hicieron sus hermanos ni de nadie. Entonces, su madre fue hasta su cama y la tomó por los hombros para tratar de despertarla, porque no dejaba de gritar y llorar —llegaron las lágrimas—. Tardaron cerca de cinco minutos en hacerla reaccionar. Cuando lo hizo, le preguntaron qué había soñado, pero solo dijo que deseaba dormir, y volvió a acostarse. Al día siguiente, durmió hasta pasadas las nueve; a esa hora su madre subió para darle una pastilla y agua porque se había quejado de dolor de cabeza. Sin embargo, cuando subió...

No pudo terminar de hablar. Los sollozos la ahogaron y yo no pude más que sentirme asustado e impotente. Intenté mantener la calma. Apoyé mi mano en uno de sus hombros y le di un apretón, intentando transmitirle fuerzas y valor para que continuara. Tomé una servilleta de la mesa y se la ofrecí. Ella la recibió agradecida.

Al cabo de unos minutos, que se me hicieron eternos, continuó:

—Estaba de pie en el borde del balcón, con los brazos extendidos. Gritó su nombre y ella giró. Su mirada parecía estar fuera de la realidad. Era como si no fuera ella. Sus ojos estaban perdidos. Se habría lanzado si su madre no hubiera llegado a tiempo para cogerla de la bata y alejarla del borde. Gritó y pataleó como una loca, dijo que solo quería escapar para que las voces la dejaran en paz. La verdad no sé cómo pudo mantenerla a raya. Sus gritos alarmaron a algunos vecinos, quienes corrieron a ayudar. Poco después llegó la policía y una ambulancia; entonces la sedaron y se la llevaron. En el hospital le realizaron algunas

pruebas y consiguieron contactar a su terapeuta. De ahí la trasladaron a donde se encuentra ahora. Hablando un poco más al respecto con su madre, me enteré de que no era la primera vez que Elena tenía ese tipo de pesadillas y lo mucho que eso le preocupaba. Habían pasado por momentos parecidos en los últimos meses, y ella era de la idea de que solo un alma que se encuentra verdaderamente perturbada puede pasar por esos trances de forma tan frecuente.

»A pesar de lo mucho que Elena se preocupa por su madre y hermanos, no solía compartir con ellos sus problemas. Después del viaje se volvió más hermética y solitaria que antes. Y me inclino a darle la razón, Matt, porque la conozco hace siete años. Aunque es tímida e introvertida, puede disimularlo muy bien frente a los demás. Se mostraba alegre y expansiva con todos en general. ¡Los días en la universidad fueron una locura! Pero a solas, conmigo y con personas con las que tenía mucha confianza, se mostraba realmente como era: una chica desconfiada del mundo y llena de dudas respecto a sí misma. Nunca se sintió atractiva y tenía mucho miedo de equivocarse, especialmente si se trataba de cómo actuar respecto a su familia (se sentía totalmente responsable del futuro de su madre y hermanos); y ni qué decir de sus relaciones amorosas. En los cinco años de universidad, le conocí tres relaciones, dos de las cuales la dejaron devastada. A la par de eso arrastraba recuerdos de personas del pasado, algunas a las que aún recordaba con nostalgia. Daba siempre la impresión de tener el corazón dividido.

»Por otro lado, estaba la cuestión de su padre. Ella era fuerte, pero sé que esa era una de las razones por las que solía sentirse tan

vulnerable y desconfiada de los demás. En fin, no soy psicóloga ni especialista en el tema, pero pienso que la acumulación de todo hizo que terminara por explotar de esa forma. Leer a Jane Austen, el viaje al Reino Unido y conocerte a ti fue un descanso para ella, aunque finalmente esto terminaría por suceder.

»Y bueno, eso es todo lo que puedo decirte hasta ahora, Matthew. No sé de qué modo el viaje a Londres puede haber acelerado lo inevitable. En un principio pensé que podría tratarse de ti, pero, mientras hablamos, me doy cuenta de que tú no eres el culpable de lo que pasó, quizá nada de lo que pasó allá. Pero y o necesitaba... aún necesito encontrar un modo de ayudarla. Perdona. No debí haberte arrastrado hasta esto. Ni siquiera sé si he hecho lo correcto al contártelo. Ella te quiere, yo lo sé. Y puede que, el día que salga de ahí y sepa todo lo que te he contado (de verdad espero que así sea), ¡me odie de por vida! —sonrió en medio de las lágrimas.

Nada de lo que me había contado hasta ese momento cambiaría lo que había empezado a sentir por Elena. Por el contrario. ¿Qué fuerza misteriosa había hecho que me cruzara en la vida de una criatura tan extraordinaria y compleja? Porque esa era mi Elena, una criatura hermosa, extraordinaria y compleja. Toda esa historia me lo había demostrado.

Terminado su relato, se apoderó de mí una nueva sensación de angustia.

Había llegado hasta Lima para intentar encontrar, junto a Paola, un modo de ayudar a Elena. Sin embargo, abrigaba la esperanza de algo más, aun cuando no me había atrevido a

pedirlo. Deseaba ardientemente verla de nuevo. Estaba en una casa de reposo, pero no sabía dónde, ni si estaría en condiciones de recibir a alguien. Cuando le expresé mis deseos a Paola, me miró con expresión de tristeza.

—Lo siento, Matthew, no creo que pueda ser posible, por lo menos ahora no. Solo su madre está permitida de visitarla.

Lo había imaginado. De todos modos no quería darme por vencido. Quizá no en ese momento, pero más adelante podría verla. Paola fue de la misma idea.

Nos pasamos el resto de la tarde hablando del pasado. O más bien, del pasado en común que cada uno compartía con Elena, aunque Paola claramente me llevaba ventaja. Le hablé de cómo nos habíamos conocido en Londres y de los lugares que me había contado que visitó antes del día de nuestro encuentro en St. James's Park.

—Chatsworth House en Derbyshire... Paola abrió los ojos como platos.

—¿Pemberley? ¿El Pemberley de *Orgullo y prejuicio*?

Asentí con resignación. Todo comenzaba a cobrar sentido.

¿Cómo pude haber sido tan ciego? Si hubiera estado más atento al fondo de sus palabras, habría podido descubrirlo yo mismo. Todas las alusiones a novelas inglesas del siglo XIX, su visita a Chatsworth House, las ansias sofocantes que la arrastraron hasta el Reino Unido, aquel hombre perfecto al que había hecho referencia.

—¿Pero por qué no decirlo? Probablemente estamos equivocados, tal vez si me reconoció y fue por eso que prefirió no mencionarme el motivo por el que había viajado sola al Reino Unido...

—No fue precisamente por eso, Matt; ella no hablaba de eso con nadie. A mí me lo dijo porque se pasó de copas. Después de todo, no es tan fácil de explicar. ¿Cómo le dices al chico que acabas de conocer, y que además te gusta, que estás enamorada del personaje de un libro? —se sonrojó al decirlo, me hizo pensar si ella misma no habría pasado por la misma situación—. Créeme, Matt. La conozco, ella no sabía que eras tú. Si te hubiera reconocido en St. James no se te habría acercado. Quizás habría muerto de emoción, pero no se hubiera atrevido a abordarte como lo hizo.

Aunque yo mismo estaba casi convencido de aquello, necesitaba escucharlo de alguien más, precisamente de alguien que la conociera bien. Ella solo me había visto a mí. Había visto al Matthew de carne y hueso, un hombre como cualquier otro, sin ese aire irresistible que caracterizaba a Fitzwilliam Darcy, el héroe romántico que el destino o el azar me había permitido interpretar; y eso me causaba placer y cierta angustia. ¿Qué sucedería cuando llegara el inevitable momento en el que Elena descubriera quién era? ¿A quién amaría entonces? ¿Al hombre o al personaje? Eran demasiadas preguntas confundidas entre imágenes, recuerdos y alucinaciones de momentos no sucedidos los que acechaban mi mente. Si no desviaba mi pensamiento de ese tormento me volvería loco.

Intenté desviar la conversación hacia otro tema.

—¿Y qué hay de todo lo demás? Sus relaciones, su familia.
¿Qué sucedió con su padre?

Esa pregunta me causaba un dolor angustioso en el pecho.
Nuevamente se puso seria.

—Bueno... lo de sus relaciones es todo un embrollo. ¿Sabes?, me resulta increíble pensar cómo el amar a ciertas personas puede determinar el destino de tu vida. Creo que, en su caso, han sido sus relaciones las que han construido su destino. Y claro... también lo del asunto con su padre —se quedó en silencio por un momento, como pensando si era correcto lo que iba a hacer y luego suspiró—. No sé si sea la persona adecuada para hablarte acerca de eso, pero voy a decírtelo porque probablemente no haya nadie más que te lo pueda contar. Elena era muy reservada con ese asunto, solía decirme que lo llevaba bien, pero ya vez que no era del todo cierto —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Sin embargo, sé que es fuerte y saldrá de esta, aunque se haya puesto particularmente difícil. Y cuando sepa que estás aquí, estoy segura de que cambiará todo.

Quedé muy afectado con lo que me contó, su situación familiar y la horrorosa experiencia con su padre. Era lo último que había esperado escuchar.

No había tenido hijos durante el tiempo que estuve casado y tendrían que pasar muchos años antes de que pudiera plantearme la posibilidad. Pero la idea de tenerlos algún día y hacer con ellos lo que aquel sujeto hizo con Elena y su hermana... me parecía inconcebible.

Había experimentado impotencia y furia al mismo tiempo. Me habría gustado saber quién era y dónde se encontraba. Habría podido matarlo si lo hubiera tenido enfrente. Ultrajar a su hija de solo siete años y después intentarlo con la otra apenas tres meses después de su nacimiento era nauseabundo. Se me revolvía el estómago de solo pensarlo.

Estaba impactado, me costaba asimilar la idea de que una persona pudiera vivir con un recuerdo así durante toda su vida. Era comprensible que algo como aquello hubiera mellado su carácter. Solo eso era suficiente para provocarle la pérdida del juicio a alguien. Me sorprendía que hubiese podido soportarlo por tanto tiempo.

—No lo recordó hasta que cumplió diecisiete; a partir de ahí comenzó su calvario. El dolor que le había causado el abandono de su padre, porque ella le quería demasiado, se convirtió en resentimiento, asco y odio cuando su memoria trajo aquel recuerdo. Y se volvió prácticamente insoportable cuando, en una trampa tendida por su propia angustia, supo que habría hecho lo mismo con su hermana pequeña de no haber sido descubierto a tiempo por su madre.

»Hasta ese momento lo que pasó era desconocido hasta para la mamá de Elena. Solo tenía ligeras sospechas, las cuales siempre terminaba desechando por lo que veía cada día y por la reprensión que le dieron unas enfermeras la única vez que se atrevió a ir a un hospital para corroborar sus miedos —debió percibir mi duda porque enseguida agregó con sonrisa resignada—: sí, los médicos... La manera en la que se proporcionan los servicios de salud aquí son muy diferentes a lo que debe ser en tu país. Aquí las cosas son más... complicadas. Y es por eso que existen tantos hombres como el padre de Elena caminando por la calle, y tantas jóvenes como ella atormentadas por un pasado del que nunca se podrán deshacer.

Guardé silencio, terriblemente consternado. Me prometí en secreto que, en la medida que estuviera en mis manos, haría todo lo posible para evitar que Elena y su hermana volvieran a pasar por algo semejante.

* * *

Aquello marcó lo que sería su vida sentimental. Al terminar el relato de las relaciones amorosas que le había conocido —con detalles especialmente pormenorizados—, quedé particularmente interesado en un puñado de nombres a los que Paola había hecho referencia. Los guardé en mi memoria, pensando sin duda en la remota posibilidad de poder indagar un poco más acerca de ellos en el futuro. Eran cerca de las ocho cuando se puso de pie, invitándome a hacer lo mismo.

—Quizás hay algo más que pueda decirte. Elena tenía... tiene un blog. Lo manejaba a modo de diario personal. La mayor parte de sus escritos están abiertos al público, pero hay un grupo de textos a los que solo se puede acceder con una contraseña de invitación. Quizá te interese saber... —tomó un taco de papeles de la mesita que adornaba el centro de la sala y anotó una dirección, un usuario y una contraseña—. Listo. Ahora debo retirarme. Mis padres llegarán en cualquier momento y debo preparar el comedor para la cena. Pasaré por tu habitación en más o menos una hora.

Me dedicó una sonrisa y se marchó. Yo hice lo mismo. ¿Por qué no lo había mencionado antes? Un diario personal... o bueno, un blog a especie de diario personal. Había recibido tanta información importante sobre la vida de Elena durante todo ese día que no pude más que ir a mi habitación lo más rápido que me permitieron los pies para buscar con ansiedad entre mis cosas mi Mac. Quizá leyendo de sus propias letras conseguiría ahondar un poco más en las profundidades del

corazón que, con creciente convicción, empezaba a sentir cada vez más cerca del mío.

Dicen que se puede conocer mucho más de una persona leyendo lo que escribe que hablando con ella. Leer a Elena me había hecho confirmar en un noventa por ciento aquel dicho. Era tan apasionada y soñadora como había imaginado. Todo lo sucedido a lo largo de su vida había moldeado su forma de ser. Sin embargo, también surgieron nuevas dudas. ¿Quiénes eran todos esos muchachos a los que hacía referencia? Uno en especial aparecía de forma insistente en la mayoría de sus escritos durante todo el 2013, luego en el 2014. No lo mencionaba en el 2015, pero mientras más leía, más me convencía de su presencia implícita — como un fantasma— en cada una de sus palabras.

¿Qué tan seguros eran sus sentimientos hacia mí si solo me había conocido por tres semanas? Habíamos llegado a saber mucho más del otro en nuestras conversaciones posteriores por Facebook, pero eso no era suficiente. No para asegurarme de que ella me quería realmente.

Y su estado empeoraba las cosas aun más. Me aterraba la idea de que no se recuperara del todo. Entonces sí que toda esperanza estaría perdida. Si hubiera sabido desde el principio lo que sabía en ese momento, habría sido más fácil ayudarla. Pero la incertidumbre de lo que no fue no servía para nada más que aumentar la angustia. Era mucho mejor pensar en soluciones.

Después de la cena tuve una última charla con Paola. Su hermana, que también sabía de la situación, se nos unió. Ambas coincidieron en que mi idea podía ser buena.

Probablemente resultaría complicado al principio, pero valía la pena intentarlo.

* * *

Bastaron unos pocos días para que el resto de su familia y todas sus amistades se enteraran de la desgracia por la que estaba atravesando.

Un par de días después de nuestra conversación, Paola mencionó que todos los amigos de la universidad, y hasta del grupo de catequesis al que había pertenecido años atrás —los multitudinarios mensajes de «apoyo» en su perfil de Facebook lo confirmaban—, se habían enterado de que Elena se había vuelto loca.

La manera en que lo dijo fue como un golpe.

—Elena no está loca.

Observé un rastro de dolor y compasión en su mirada que no me gustó.

—No, supongo que no lo está. Pero una persona que intenta arrojarse por una ventana y luego es internada en un asilo psiquiátrico no está tan lejos de estarlo, al menos para la opinión en general. ¿No crees?

No respondí.

Lo bueno de aquella noticia fue que nos permitió poner en práctica lo que hasta el momento había sido solo una idea sin concretar. La madre de Elena había comentado que no se había conseguido ningún avance o tratamiento para su hija por su obstinación de permanecer en silencio.

Entonces, si ella no quería —o no podía— hablar, ¿por qué no darle un poco de ayuda? Si la terapia de recuperación consistía básicamente en atacar los sucesos traumáticos de su vida, ¿por qué no buscar a las personas que estuvieron con ella en dichos momentos y obtener la información? La idea no era del todo descabellada. Quizás aquella información le serviría luego al terapeuta.

No perdíamos nada con probar.

Habían pasado siete días desde mi llegada a Lima. Paola había regresado a su rutina de siempre. Por esos días le agradecí por la hospitalidad que me habían mostrado ella y su familia y expresé mi deseo de trasladarme a un hotel. Me alivió ver en sus ojos un indicio de comprensión; habían sido sumamente amables, pero mi naturaleza me pedía con urgencia un tiempo en soledad.

Me instalé en un bonito hotel en el centro de la ciudad, y mientras esperábamos contestación de las personas a las que Paola había enviado mensajes, me interesé por conocer Lima, la ciudad de la que Elena me había hablado con tanto cariño.

El centro histórico era tan bonito e imponente como me lo había descrito. La plaza de Armas, la catedral y el Palacio de Gobierno; las casonas virreinales de los que habían sido los vecinos más importantes de la ciudad, sus balcones. Tuve el placer de caminar por sus calles hasta el agotamiento. Visité todos los museos cercanos y me aventuré por algunos un poco más alejados del centro siguiendo las recomendaciones que los guías turísticos me habían sugerido. En general todo lo que vi me pareció impresionante y diferente de otras ciudades que había conocido. Histórica y polvorienta, Lima era hermosa a su manera.

Las tardes de paseo por alguna plaza fueron los instantes en los que más añoré su presencia. Me preguntaba cómo habrían sido nuestros días si hubiéramos estado juntos; si hubiera sido ella, como lo habíamos planeado, quien me guiara en el camino, me explicara la historia de cada calle, cada monumento, con esa pasión que la caracterizaba. Extrañaba hablar con ella y la cálida sensación de su mano apoyada en mi brazo al caminar; extrañaba nuestras interminables conversaciones y el sonido contagioso de su risa cuando hablábamos por Skype. Todo lo que había sucedido me seguía pareciendo una especie de sueño perturbador del que, aunque no llegaba a convertirse en pesadilla, deseaba despertar.

En los días siguientes recibí un mensaje por WhatsApp de Patrick. Había escrito que necesita hablar conmigo acerca de un asunto importante. Alrededor de las cinco de la tarde, hora de Lima, y once de la noche, hora de Londres, nos conectamos por Skype y lo primero que hizo fue colocar frente a la pantalla la portada de una revista de cotilleos local que tenía como portada una fotografía un tanto pixelada que mostraba a una joven con vestido de plata y chaqueta de cuero apoyada en el puente Westminster, con los brazos enredados en el cuello de un caballero que la cubría con su cuerpo casi por completo y tenía los brazos peligrosamente enlazados en el límite de su espalda baja. Ambos se fundían en un apasionado beso.

Decir que me quedé mudo quedaría corto.

—¿Me puedes explicar qué diablos es esto? No te había visto en ningún titular desde tu divorcio con Ali —su voz sonaba entre curiosa y consternada—. Matt, no sé de qué va tu aventura con esa chica extranjera pero, como sea, me alegra que se haya marchado

y que tú te encuentres muy lejos de aquí. De otro modo tendrías a los periodistas de cotilleos de todo Londres asaltando al portero de tu edificio, y ni qué decir de los *paparazzi*. Es probable que a estas alturas ya se estén preguntando si es que no te habrás ido a las Américas siguiendo a tu musa extranjera.

Aunque su tono era jocoso, percibí un ápice de acusación y resentimiento.

Desde la noche en que le pedí que me consiguiera entradas para la ópera, no había vuelto a verlo ni había mostrado interés por hablar con él, aun cuando manteníamos la tácita tradición de reunirnos al menos una vez por mes. Primero Elena, posteriormente la temporada de teatro y finalmente mi repentino viaje a Lima me habían impedido mantenerle al tanto de todo lo que había sucedido.

En ese momento de constante incertidumbre, lamenté haber vivido tan aislado.

—¿De cuándo es la revista?

—De hace un par de días. Hubiera pasado desapercibida a mis ojos si Joseph no la hubiera llevado el viernes al bar para mostrársela a los muchachos, que casi reventaron de curiosidad cuando comenté con descuido que sabía de la muchacha de las fotografías, y que estabas de salidas con ella desde hacía unas semanas.

—¡Patrick!

—Tranquilo, casanova. De todos modos todo Londres iba a saberlo. No hay forma de ocultar un romance que no tiene reparos en mostrarse en un palco de la ópera, o en lugares tan concurridos como restaurantes o la recepción de un hotel de turistas.

Cada cosa que decía me alarmaba aún más.

—¿Cómo sabes...?

—¿Lo del asunto del hotel? La misma revista lo menciona. Les han dedicado nada menos que las dos páginas centrales, reservadas, como tú bien sabes, a las personalidades más controvertidas del mundo de las tablas. Así que, mi querido amigo, que no te sorprenda que en el intento de seguirle el rastro a la «afortunada jovencita que ganó el corazón de uno de los divorciados más guapos y sexys del teatro» terminen por descubrir tu paradero y, en consecuencia, la nacionalidad de la joven en cuestión.

Nos habían estado siguiendo durante todo el tiempo que estuvimos juntos y no lo había notado, ¿acaso también existían fotografías de nosotros en su hotel? Recordaba ese día perfectamente. Había sido la tarde que nos besamos por primera vez. Aquel fue un momento tan íntimo que me causaba mucha desazón que se hubiera mencionado en una revista de chismes para alimentar el morbo de toda una ciudad. Sabía lo maliciosa que podía ser la prensa en esos casos, y ya no se trataba solo de mi privacidad, sino también de la de Elena. Fue aquello lo que más me preocupó.

¿Qué sucedería si llegaban a indagar acerca de su nombre y procedencia? No se encontraba en las mejores condiciones y un descubrimiento como ese significaría un escándalo sin precedentes, así fuera en una ciudad a miles de kilómetros de distancia de la suya. Si regresaba conmigo a Londres en el futuro... ¿qué pasaría?

—Creo que mi sugerencia de «no se te ocurra hablar con ningún medio acerca de Elena» está de más, ¿cierto?

Arqueó una ceja. Su exagerada expresión de ofendido me hizo reír.

—De más está que lo menciones, querido amigo. Tú deja que la prensa siga dando palos de ciego hasta que encuentre a otro chivo expiatorio de quien cotillear. Todo está bajo control. Por cierto, ¿cómo va todo por allá? ¿Ya tomaste a tu musa por sorpresa?

Si tan solo hubiera podido contarle lo que sucedía realmente. Me hubiera caído realmente bien compartir mi angustia con un amigo de confianza.

—Aún no. Estoy esperando la ocasión adecuada. Ahora debo irme, hermano, llamaron para la cena desde hace media hora. Espero encontrar algo todavía.

Al acostarme esa noche, pensé en la conversación con Patrick. Desde el momento en que me había propuesto hacer a Elena parte de mi vida, no había tenido en cuenta lo implacables que podrían llegar a ser los periodistas una vez que supieran de la existencia de una nueva mujer en mi vida, bella pero totalmente opuesta a la mundialmente aclamada y querida Allison Williams, mi exmujer. Sabía que entre ellos existían muchos grupos que seguían abrigando la esperanza de vernos juntos otra vez, probablemente para hacernos el tema principal de cuanto artículo sensacionalista se les ocurriera escribir. Pero nada estaba más lejos de la realidad.

La había amado en su tiempo, pero luego de dos años de bien conquistada libertad, sabía que nada podría hacerme regresar a ella, o a mi vida de antes, siempre expuesto a los *flashes* y al ojo crítico de la prensa. Aunque los había mantenido todo lo lejos

que había podido después de mi divorcio, estaban nuevamente allí, atacando, esperando la excusa perfecta para ponerme de nuevo en el mundo de los chismes.

Suficiente de pensar en ese asunto. Y a me las arreglaría cuando estuviese de regreso en Londres. Ahora algo mucho más importante requería de toda mi atención.

* * *

Al día siguiente, Paola me llamó temprano para contarme las nuevas. Dos de las personas a las que había escrito habían respondido satisfactoriamente. Nuestra primera cita era para esa misma tarde.

—Ahí está.

Me susurró justo en el momento en el que un hombre alto y de caminar un tanto altivo entraba en el café. Paola levantó la mano y él sonrió al reconocerla.

—Se llama Alejandro y es, según las mismas palabras de Elena, la única relación que hubiera querido borrar de su vida.

Bastó esa breve referencia para que mi perspectiva cambiara y empezara a verlo con desconfianza. Estando a poca distancia de nuestra mesa, me vio junto a Paola y —lo admito con cierto orgullo— pareció desconcertado y hasta un poco intimidado. Sin embargo, después de saludarla con un beso en la mejilla, me extendió la mano para saludarme y al darle la mía, la estrechó en un gesto que emanaba seguridad.

Paola le explicó sin muchos detalles quién era yo. Vi en su mirada una inequívoca expresión de triunfo, como quien acaba

de realizar un descubrimiento, pero no dijo nada. Tomamos asiento nuevamente, pedimos otra ronda de café y, cuando el mozo se hubo retirado, Paola inició la conversación.

Alejandro había sido una de las tantas personas a las que había llegado el rumor del internamiento de Elena en la casa de reposo, así que cuando recibió el mensaje de Paola solicitando su colaboración, contando lo que sabía acerca de ella, no pareció tener ninguna reserva en hacerlo.

Meses atrás había mantenido conversaciones con Paola que guardaban cierta intención amorosa, y probablemente habría tenido éxito —según me contó la misma Paola— si no se hubiera enterado de la forma horrible en la que había tratado a su amiga.

Incómodo en mi asiento, me habría excusado para retirarme en aquel mismo instante, pero la creciente curiosidad que me inspiraba el saber cómo había sido Elena mucho antes de que supiera de su existencia me mantuvo en mi sitio.

Equipados con una pequeña grabadora, iniciamos nuestra primera entrevista.

Aunque la había amado —muy a su manera— en algún momento de su vida, Elena siempre había sido una criatura incomprensible para Alejandro.

La había conocido en el 2007, cuando cursaba su primer año como seminarista en una de las congregaciones religiosas asentadas en la ciudad. Y casi en el mismo instante en que habló con ella por primera vez, quedó fascinado.

—Tenía un algo —nos contó aquella tarde—, algo que te hacía adorarla apenas la conocías. Quizás ese aire de inaccesibilidad que mostraba en un principio, pues no era igual de sociable que las

otras muchachas de su grupo. Sin embargo, cuando hablabas con ella, cuando te daba la oportunidad de escuchar y ser escuchado, sabías que te entregaba algo genuino, un afecto incondicional que rebasaba cualquier cosa. Bueno, eso al menos fue lo que yo sentí siempre; lo sigo creyendo a pesar de todas las historias que contaban sobre ella algunos de los seminaristas.

»Recuerdo que en nuestra primera reunión, días después de nuestra llegada al convento, nos advirtieron que, entre otras tentaciones que tendríamos que enfrentar, las chicas de los grupos juveniles eran una de las más peligrosas. «Especialmente aquella chiquilla que todos parecen admirar, creo que su nombre es Elena», mencionó uno de los hermanos más viejos, «ese pequeño demonio ha revoloteado entre nuestros queridos hermanos desde que llegó aquí». Jóvenes y deseosos de experimentar, más de uno sintió curiosidad por saber quién era Elena. Tanto así que en la primera celebración la mayoría de nosotros tenía los ojos puestos en el sitio en el que se habían agrupado los jóvenes.

»Personalmente me encontraba intrigado. Sin embargo, cuando la vi, y más tarde entablé amistad con ella, no parecía ser tan «demonio» como la habían pintado los mayores. De todos modos, siempre quedó esa duda. Y más de uno ansiaba la casualidad de cruzarse con ella en alguno de los pasillos.

»Aunque su temperamento contradecía toda especulación, esa fue la mala reputación que siempre la precedió. Y ella lo sabía en parte. No le gustaba que la vieran de ese modo, esa era la razón por la que solía ser muy reticente al momento de socializar con los seminaristas. Era especialmente desconfiada con aquellos que no tenían reparos en mostrar abiertamente lo que esperaban de su amistad.

Por giros inesperados, un año después de que decidiera dejar la vida del seminario, Alejandro le había confesado sus sentimientos y ella, después de cuestionarse si era moralmente correcto aceptar a un exseminarista por el escándalo que ello agregaría a su ya desgastada reputación, decidió arriesgarse y aceptar.

Sin embargo, seis meses después de una experiencia que resulto más amarga que dulce, decidieron no volver a verse nunca más.

—La decisión fue más suya que mía. Me dejó bastante claro que no quería saber nada de mí. Quedó muy ofendida después de lo que le pedí en un último intento frustrado por salvar nuestra relación. En realidad, acepto que fue una horrible grosería de mi parte. Aún sigo arrepintiéndome de la falta de consideración que tuve con ella.

—¿Qué le hiciste? —pregunté en un tono más brusco del que habría querido usar.

Miró a Paola por unos segundos y respondió:

—Yo le dije... le dije que con una persona como ella no había posibilidad de pensar en una relación a futuro. Sé que fue una barbaridad —dijo, excusándose, parecía que aún sentía culpa al evocar ese recuerdo—, nunca debí haber dicho algo como eso. Pero en ese tiempo era muy inmaduro, yo quería mucho más pero ella se negaba de manera rotunda, y sus intereses no estuvieron acorde con mis intenciones.

Terminado su relato comprendí que la raíz de todos aquellos problemas venía de mucho tiempo atrás —de aquel episodio horrible con su padre—; y pese a la malísima impresión que me dejó Alejandro después de nuestra conversación, no pude menos que compadecerlo.

En su intento por retenerla, quizá para siempre, había tomado el camino equivocado.

Una de las personas por encontrar que encabezaban la lista de Paola era Marco.

A juzgar por todo lo que me había contado y por una breve mención de Alejandro, junto con su madre, Marco era una de las personas que más influencia había tenido sobre la vida de Elena. Yo mismo había tenido ocasión de comprobarlo al leer su blog, y no podía evitar sentir una punzada de celos al pensarlo.

Cuatro años habían pasado desde la última vez que se vieron, y aquel encuentro no había sido precisamente amistoso. Las muchas cartas sin enviar escritas por Elena en su diario electrónico y el aparente silencio que había mantenido él durante todo ese tiempo lo comprobaban. Nadie sabía de la existencia de Marco, excepto la madre de Elena y su hermana mayor, un par de amigas íntimas del grupo de catequesis, Paola y una compañera más de la universidad. Buscar respuestas entre los excompañeros del grupo hubiera sido en vano, pues no esperábamos comentarios neutrales de ellos luego de haber escuchado el relato de Alejandro acerca de la muy mal vista reputación de Elena. Por tanto fue difícil dar con él o alguna pista que pudiera decirnos dónde vivía. Sabía por Paola que era maestro, que se había casado solo un par de años atrás, pero nada más. Era frustrante.

Deseaba de manera obsesiva escuchar lo que él tendría que decir al respecto o por lo menos saber cuál sería su reacción cuando supiera lo que había sucedido con Elena. Pero eso

tendría que esperar todavía. Con un poco de suerte y en unos cuantos días sabríamos algo de él.

Mientras tanto, Elizabeth había dado respuesta. Era una de las dos únicas amigas que le habían quedado de su paso por el grupo de catequesis. Aunque no había sido complicado dar con ella — vivía a unas calles de la casa de Elena—, supimos que no se había dado por enterada de nada de lo que había sucedido por lo aislada que se encontraba. Paola la puso en altavoz para que yo también pudiera oír la conversación. Después de explicarle lo que había sucedido con Elena en las últimas semanas —con el tono más calmado que pudo adoptar—, reinó un profundo silencio al otro lado de la línea, apenas interrumpido por un sollozo reprimido.

—¿Elizabeth...?

—Lo siento, estoy aquí —respondió con voz ahogada—. Yo no sabía nada. La vi hace un par de semanas pero... parecía estar bien.

Nuevos sollozos. Sentí un nudo doloroso oprimiéndome la garganta.

—¿Ella estará bien? —preguntó.

Paola se apresuró a responderle:

—Lo estará, pero necesita de nuestra ayuda para que su recuperación sea más rápida, casi no ha hablado desde que la internaron y su terapeuta necesita respuestas. ¿Crees que puedas ayudarnos?

Dijo que sí al instante. Acordamos ir a verla al día siguiente después del trabajo de Paola. Tendríamos que ir hasta su casa porque no podía exponer a su pequeña hija a la brisa de la noche.

De camino a la casa de Elizabeth, Paola me comentó que días atrás había ido a la casa de Elena para preguntar por novedades. Al parecer todo seguía como siempre. La mamá de Elena angustiada por su hija, Elena sin querer hablar y el terapeuta sin mucho que hacer.

—Siento como si la hubiéramos abandonado a su suerte. Me siento muy mal, no sé si esto que estamos haciendo vaya a servir para algo.

El sentimiento era compartido. Desde aquella tarde que vimos a Alejandro yo me había hecho la misma pregunta. No sabía qué esperar de todo lo que estábamos haciendo. En el caso de que consiguiéramos hablar con todas esas personas, ¿su terapeuta querría escucharnos después? Todo parecía una pesadilla interminable. Aun cuando llevaba cerca de tres semanas en Lima, viendo casi a diario a Paola, seguía sin creer que realmente estaba ahí, envuelto en toda esa situación.

—Si pidiéramos hablar con el terapeuta, ¿crees que aceptaría?

—No lo sé, he intentado averiguar el nombre del médico por mi cuenta, porque me da no sé qué preguntárselo a su mamá

—se quedó en silencio un momento. Con expresión cansada, cerró los ojos y suspiró con fuerza—. No sé si lo que pienso es correcto, pero tengo la esperanza de que esto no durará mucho tiempo. Elena se va a recuperar, va a salir de ese lugar y seguramente no le gustará saber que su madre está al corriente de todas sus cosas personales, sus relaciones... lo que se decía de ella. Hay que encontrar un modo de hablar con el terapeuta sin tener que recurrir a ninguna persona de su familia, no sé cómo conseguiremos eso pero lo intentaremos.

Nos sonreímos mutuamente y permanecemos callados durante un buen rato. Me sentía extraño sentado en ese bus destartado y sucio. En cada parada subían nuevos grupos de personas y cada vez más ojos femeninos se posaban sobre mí. Trataba de evitar la vista de toda la multitud apretujada y el ruido ensordecedor que provocaban con sus conversaciones mirando por la ventana, pero la distracción no era mejor. A medida que salíamos del centro histórico de la ciudad, las calles se iban haciendo más sórdidas, más polvorientas, más peligrosas. Imaginaba a Elena sentada en ese mismo bus sumida en sus propios pensamientos, de cara hacia la ventana con la mirada perdida en algún punto del exterior, quizás en aquella montaña cubierta de incontables casas o en la cruz iluminada que coronaba su cima. Cuán diferente de Londres y su orden, de la tranquilidad de la calle que daba a mi apartamento. Me preguntaba si en algún momento yo haría ese mismo recorrido con ella a mi lado, de camino a su casa para pedir a su madre el permiso para llevarla conmigo.

Habrían pasado unos cincuenta minutos cuando el tráfico se volvió fluido y las calles más transitables. El bus giró hacia una avenida en ascenso para finalmente llegar a una calle dividida por jardines. Aquel barrio no parecía tan malo como aquellos que habíamos atravesado.

—Ya estamos muy cerca. ¡Venga! Tenemos que bajar.

Elizabeth y su pequeña Belén fueron de las personas más dulces que conocí en Lima.

El edificio en el que vivían no tenía portero. Paola la llamó al móvil cuando estuvimos al pie del edificio y al instante vimos dos

cabezas —una de ellas muy pequeña— asomarse por la ventana de la tercera planta. Disculpándose, dejó caer un manojito de llaves e indicó que la más grande era la que abriría el portón de la entrada. Al llegar a su piso nos recibió con cortesía, nos llevó hacia un pequeño espacio iluminado con luces cálidas y con vista a la calle que hacía las veces de sala de estar y comedor. Le encargó la niña a Paola por unos minutos mientras iba por el cochecito.

Mientras Paola hacía morritos y muecas para distraerla, yo di una mirada rápida alrededor y descubrí que la habitación estaba llena de fotografías y que en muchas de ellas aparecía Elena. Me dio un vuelco el corazón. Elena y Elizabeth aún adolescentes, de pie en las orillas de una playa, enfundadas en abrigo y encogidas por el frío mientras sonreían a la cámara, aquella fotografía me pareció muy antigua. Elena y Elizabeth rodeadas de niños vestidos con túnicas blancas. Elena, Elizabeth y una joven desconocida riendo en un restaurante. Elena llevando en brazos a una Belén mucho más pequeña, con el cabello enmarañado y uniforme de oficina. Esa era Elena. La joven que yo había conocido en St. James's Park era solo una pequeña parte de todo el conjunto.

Elizabeth también lo confirmó. Su relato fue sencillo: la conocía desde que eran adolescentes pero, a diferencia de antes, ahora sabía muy poco de sus sentimientos más profundos. No sabía casi nada de su familia ni de sus amigos fuera del entorno en común que habían compartido. Elena la visitaba seguido y en ese tiempo se dedicaba a jugar con Belén, a cargarla mientras Elizabeth le preparaba sus papillas o iban de compras, y una que otra vez ayudaba a bañarla. Cenaban y hablaban de los últimos

chismes de su antiguo grupo de catequesis, veían televisión y de vez en cuando mencionaban algo de su vida amorosa.

—Desde que terminó con Fabián hace como medio año dejamos de hablar del tema. Por eso fue tan especial la última vez que vino, porque se veía feliz, cansada pero feliz. Me contó que había ido a Inglaterra y que te había conocido —dijo con un tono de franca convicción.

Después miró directo a mis ojos y me preguntó sin ceremonias:

—Tú la quieres, ¿verdad? Ella te quiere mucho.

Una cálida y desesperante sensación de dolor me recorrió el cuerpo. Temí que mis ojos enrojecidos delataran la terrible tristeza que estaba sintiendo.

—Sí... —le dije.

Elizabeth sonrió comprensiva.

—Lo sé... apenas pasaste por mi puerta me di cuenta. Sé que ninguno de los chicos con los que estuvo antes hubiera venido aquí a tratar de indagar en su vida para ayudarla. Probablemente a estas alturas ya habrían sacado el cuerpo del problema. No sé mucho más, pero con eso me basta.

Aquella joven no debía tener dos años más que Elena, pero era tan maternal que entendía por qué en ese piso tan pequeño habría pasado quizá los mejores momentos de su vida. Aun cuando no sabía todo de ella, Elizabeth la conocía, podían compartir el mismo espacio por horas sin necesidad de contarse grandes cosas y eso era suficiente. Les bastaba con la mutua compañía.

Dos horas más tarde, contemplando desde la cama el techo de mi habitación, seguía recorriéndome esa cálida sensación que me invadió estando en su apartamento.

* * *

Un mes después de mi llegada a Lima, Paola me dio la noticia: había conseguido contactar a Marco.

Dadas las circunstancias, aquello había resultado un verdadero logro. En plena época de las redes sociales, aquel extraño sujeto no contaba con teléfono móvil, correo electrónico o cuenta conocida en alguna red.

Dijo estar dispuesto a hablar sobre Elena, aunque dudaba poder brindarnos información de importancia, pues hacía años que no hablaba con ella.

Una extraña incertidumbre me invadió desde ese día. Íbamos a conocer al objeto de tantos versos, suspiros y cartas sin enviar. Paola, al igual que yo, iba a verlo por primera vez. Para ella, Marco había sido una especie de leyenda urbana, un ser omnipresente del que conocía cientos de cosas por los relatos de Elena, pero nada más allá de eso.

Aquella tarde inusual había llovido en plena época de verano. Sentados en una de las mesas del mismo café en el que habíamos citado a Alejandro, lo reconocimos apenas cruzó las puertas: piel pálida, cabello oscuro, gafas de medida, ojos oscuros y serenos. Sin haberlo visto jamás, Elena consiguió que su presencia me resultara extrañamente familiar entre un montón de desconocidos.

Confundido, empezó a mirar a todas las mesas hasta que dio con la nuestra; Paola le hizo un gesto con la mano y él se acercó. Nos pusimos de pie para los saludos respectivos. Juro que nunca en mi vida me había sentido tan nervioso.

—Hola, Marco, hablaste conmigo ayer. Soy Paola. Y él es Matt, un amigo de Elena.

Volvimos a sentarnos. Se quedó mirándome por un momento y vi en sus ojos una expresión de incredulidad. Dirigió sus ojos hacia Paola y luego a mí otra vez, como si pensara que le habíamos montado una broma.

—Tú eres... yo te conozco. ¿De verdad eres amigo de Elena?

—me dijo entrecerrando los ojos, mientras se acomodaba con el índice el puente de las gafas.

—Sí, nos conocimos en Londres. Esta vez su cara fue de desconcierto.

—¿Elena estuvo en Londres?

—Sí —respondimos Paola y yo al mismo tiempo.

—Comprendo.

A petición suya, primero Paola y luego yo, le explicamos todo lo que había sucedido. Salvo por la expresión en sus ojos

—que alternaba entre alegría, incertidumbre, dolor y hasta celos cuando hice mención a nuestro encuentro en Londres—, nada nos interrumpió durante el tiempo que nos dedicamos a ponerlo al corriente de lo acontecido en los últimos meses. Cuando terminamos de hablar, terminó más perturbado de lo que habríamos imaginado.

—Siempre supe que tenía tendencia suicida —Paola y yo intercambiamos miradas de alarma—, pero nunca imaginé que lo intentaría a estas alturas. Después de todos estos años creí que ya lo habría superado. Al parecer no fue así, nada fue como yo lo había creído. Me consolé con la idea de que ya era una persona adulta y que nada sería lo suficientemente duro como

para que no pudiera superarlo. Ella es una chica fuerte. Yo nunca dudé de eso. Cielos, mi Elena...

Mi Elena. Escucharlo referirse a ella de la misma forma en la que yo solía hacerlo me dolió más que cualquier otra cosa. Y no precisamente porque lo hubiera hecho después de saber cuál era nuestra relación desde Londres, sino porque una voz en mi interior hizo eco de una dolorosa certeza, una que sabía pero que me había negado a aceptar: Elena, más que mía, seguía siendo de Marco.

Su corazón le pertenecía aún después de todos esos años.

Año 2005. Tenía veinticuatro años cumplidos y miles de dudas cuando la conoció. Meses antes, un escándalo de gran proporción en el que se había visto involucrado le había hecho dudar del camino que había tomado para su vida.

Después de semanas de conversaciones con su asesor espiritual y discernimiento individual, había decidido dejar sus preocupaciones a un lado y mantener la mente y el corazón abiertos ante cualquier señal que Dios estuviera dispuesto a darle, sea cual fuera el lugar al que lo condujera.

Por esos días, durante la reunión semanal, se anunció que él y dos de sus hermanos habían sido seleccionados para participar de la labor de catequesis de Confirmación que se efectuaba en su parroquia de mano de los jóvenes encargados de la pastoral. Al principio lo vio como una oportunidad de escape. Sería agradable —pensaba— entablar amistad con muchachos de fuera, sin la constante sensación de competencia que por momentos invadía la atmósfera del seminario, pese a que mantenía una excelente

relación con la mayoría de sus compañeros. Además, el contacto con mujeres le ayudaría a disminuir su timidez e incapacidad para tratarlas sin ponerse nervioso; eso sin duda convenía a un futuro sacerdote. Sin embargo, en el constante interactuar con ellos en los meses previos al inicio del trabajo, descubrió con horror que tendría que enfrentarse a algo aun mayor.

Se llamaba Margot. No era guapa, pero algo en su trato y ademanes la volvía agradable a los ojos de las personas, especialmente a los del público masculino. Bastó apenas un mes para que Marco se enamorara de ella. Y ella, consciente del efecto que solía causar entre los seminaristas, hizo todo lo que estuvo a su alcance para propiciar un acercamiento entre ambos; y así, para el inicio del programa para jóvenes de Confirmación, ya habían pasado más tiempo juntos del que él había pasado jamás con alguna otra joven en los veinte años previos a su ingreso al seminario. Su cercanía y compenetración era tal que Marco estaba convencido de que aquella era la señal por la que tanto había rezado. Se había enamorado. Entendía por qué Dios lo había llevado hasta ahí. Era para ayudarlo a encontrar a la persona que, finalmente, se convertiría en su destino.

Pero como nadie sabe en qué momento el azar o las circunstancias pueden darle a la vida un giro inesperado, el cambio que por segunda vez llegaría a su vida lo tomó por sorpresa una vez más.

—Margot era profesora de religión en una escuela. Por las constantes alusiones que hizo en las reuniones, supe que invitaría a un grupo de jovencitas de una de sus clases a participar de la confirmación ese año. Entre esas jóvenes se encontraba Elena.

Margot había observado a Elena y a Sofía, la mejor amiga de Elena, con especial interés. A la primera por lo extraño y pasivo de su carácter; a la segunda, por lo mucho que su carácter se parecía al suyo. Ambas chicas hacían un contraste interesante. Aunque eran inteligentes y las primeras de su clase, no podía entender cómo es que habían podido congeniar siendo tan diferentes. Por los cuchicheos de las alumnas y los comentarios de algunos maestros, supo de la ilusión de Elena por uno de los maestros más jóvenes de la escuela, y al saber de labios del maestro en cuestión que los sentimientos de ella no le eran del todo indiferentes, empezó a observarla con mayor detenimiento. Previo a la semana de convocatoria de confirmación, ya habían charlado a solas durante los refrigerios un par de veces, e incluso la había invitado a la celebración de Domingo de Ramos en el convento. Llegado el momento, hizo extensiva la invitación a ella y a sus amigas para que participasen del grupo de Confirmación de ese año. Casi todas las muchachas aceptaron la oferta con emoción, y el día establecido se encontraron ahí, entre la multitud de nuevos jóvenes con los que empezarían a caminar por esa nueva aventura.

—¿Y dices que Margot odiaba a Elena? —pregunté, interesado por todo lo que hasta el momento había contado.

La cara se le descompuso, quizá recordando todo lo que había pasado.

—No al principio. En realidad su aversión hacia ella comenzó cuando vio que se interesaba en mí y que yo le prestaba más atención que a las otras muchachas. Pero ella no comprendía la razón por la que nos habíamos vuelto tan cercanos. Al principio

mi intención fue solo ayudarla, era una chica con muchos problemas familiares. La atracción vino después.

—¿Había dicho atracción? Paola y yo nos miramos alternadamente, pero no nos atrevimos a interrumpir.

—Recuerdo poco del primer día de Confirmación y sé por qué: ella no estuvo ahí. No la conocí sino hasta la segunda semana. Supe después que había tenido algún inconveniente.

El café se enfriaba, pero eso ya no tenía importancia. Marco estaba perdido en sus recuerdos y ahora no seguían un orden. Paola y yo lo escuchábamos atentamente.

—Llegó con su hermana. Les di la bienvenida y les pregunté sus nombres. Su hermana fue quien tomó el control de la conversación. Elena solo se limitaba a mirarnos a ella y a mí alternadamente, parecía estar un poco nerviosa. Pasados los saludos las invité a entrar y a unirse a los demás jóvenes; ellas, encantadas, desaparecieron por el claustro. Esa fue la primera vez.

—¿La primera vez?

—La primera vez que la noté. Después de ese domingo no volví a pensar en ella hasta la segunda semana de junio. Ese domingo del Día del Padre...

Aquel día se suspendieron las reuniones de catequesis, nadie estaba obligado a ir, pero aun así ella apareció. Terminada la misa de las seis de la tarde, cuando salió a la sacristía para recoger un recipiente que había dejado olvidado en el templo, la encontró frente al altar con la mirada perdida y húmeda. Había llorado.

—Cuando nuestras miradas se cruzaron, quedé sorprendido. Ella también se sorprendió de verme; tenía la expresión de susto de los niños cuando se ven pillados haciendo algo prohibido.

Necesitaba que la ayuden, lo sentía. Le pregunté por qué se encontraba ahí sola. No me respondió. Vi en su cara que estaba al borde del llanto, entonces le pregunté si quería hablar y dijo que sí con un leve movimiento de cabeza. La hice pasar. Fuimos a una de las salas de reuniones, estaba demasiado nervioso. En ese punto pensé en la terrible intromisión que estaba haciendo en su privacidad, pero finalmente lo hice; y sé que fue en ese momento cuando realmente la vi.

»Había pasado por cosas muy tristes siendo tan joven. Y la más mínima tormenta era suficiente para derrumbarla, pero era una niña muy dulce y de corazón bueno. No entiendo cómo Margot pudo haber hecho todo lo que hizo después. Sospecho que al principio sí tuvo algún un cariño genuino por Elena, pero luego... Me atrevo a asegurar que no solo la odiaba. Se había ensañado con ella de tal manera que solo era cuestión de tiempo para que encontrara una forma de hacerle daño. Y para ella, el mayor daño que podía causarle era conseguir que se fuera del grupo, porque eso la mantendría lejos de mí. Bueno, eso fue lo que creyó.

Pero tuvo que esperar el término de la Confirmación para hacerlo. Para mitad de año, Elena y Marco se entendían de tal forma que empezó a resultar sospechoso para todos los catequistas del grupo. Sin embargo, su carácter firme impidió que ninguno de ellos se atreviera a cuestionarle el tema de manera directa.

Finalizado el año, y con ello la Confirmación, Marco fue enviado a otro convento y Elena decidió, junto con su mejor amiga de entonces, Sofía, permanecer en el grupo y prepararse para convertirse en catequista. Pese a la distancia que se había interpuesto

entre ambos, más aún cuando Marco decidió dar por concluida su permanencia en el seminario, nunca dejaron de comunicarse.

Estando de nuevo en el «mundo», su relación con ella se volvió más cercana. Ya no se trataba de un seminarista intentando ser el guía espiritual de una adolescente con problemas; ahora, era un joven cualquiera integrándose a la vida de los laicos, con cientos de dificultades que enfrentar, abandonado por muchos de sus amigos y con el corazón desmigajado frente a una joven que — abandonando poco a poco su adolescencia— se iba convirtiendo en mujer, que aún conservaba la inocencia de creer en las buenas intenciones de las personas en general y se había ofrecido a ser aquella que juntara en el calor de sus manos las migajas de su corazón. Una amiga fiel aun cuando muchos de sus antiguos compañeros lo hubiesen abandonado. Ella no necesitaba que él siguiera vistiendo el hábito para quererlo.

Y vaya que esa era una combinación peligrosa.

—No es que me sienta orgulloso de decirlo, pero sé que, si yo se lo hubiera pedido, ella me lo habría dado todo. Elena siempre había sido así; era capaz de desprenderse de todo a cambio de la felicidad de la persona que amaba. Ya la veía dispuesta a hacerlo desde el seminario, pero no podía pedirle algo así, exponerla al peligro y la posterior vergüenza que inevitablemente una relación de ese tipo habría acarreado. Yo... yo la amaba lo suficiente como para esperar a que cumpliera la mayoría de edad y que por propia voluntad me concediera el privilegio de besarla.

Pero no todos eran tan considerados como Marco o, por lo menos, no la querían lo suficiente como para preocuparse de su reputación. Prueba de eso fueron los años que vinieron después.

Con la insensatez propia de los adolescentes, Elena cayó y accedió a muchas de las provocaciones que le realizaron.

Aunque estaba impresionado por lo que escuchaba, en ningún momento la buena impresión que tenía de ella se vio ensombrecida. Era indiscutible que se había equivocado, y de la peor manera, pero ¿quién era yo para juzgarla? Conocía bien esa desesperada sensación de querer ser amado, de sentirse la «persona importante» de ese «alguien especial», así ese cariño fuera artificial, aunque en esa búsqueda frecuentemente se desviara uno del camino y cayera en las manos de la persona equivocada.

Más confundida que nunca, y sin la constante protección de Marco, Elena equivocó el camino. Y fue ese el momento en el que Margot decidió hacer sus primeras jugadas.

—El modo en que se comportó fue imperdonable. Le arrebató la confianza de las personas del único lugar donde se sentía segura. La catequesis... Su vida en el grupo significaba todo para ella, era su refugio y ella se lo quitó.

»Y bueno, sin restarme responsabilidad, debo decir que también yo fui cruel con ella, quizá más que Margot, por haberla dejado sabiendo lo mucho que me necesitaba y me amaba. Yo lo sabía, lo supe desde un principio. Y yo la amaba también. Podríamos haber estado juntos hasta hoy si hubiese ahogado el miedo, si me hubiera permitido el impulso de mandar al diablo las convenciones sociales y me hubiera dejado llevar por lo que sentía —dijo con un claro sentimiento de furia contenida—. Pero no lo hice y me resigné con verla crecer en el tiempo, mudar su carácter, hacerse fuerte y enamorarse de nuevo. Una y otra vez. Y ver con muda impotencia cómo algunos de esos tipos malagradecidos pisoteaban su corazón.

»Amo a mi esposa y adoro a mi familia, pero sé que nunca volveré a sentir nada como lo que sentí por ella. Aunque las cosas se hayan vuelto inmanejables nada hará que se me quite la culpa de haberla abandonado. De no haber respondido a los llamados que me hizo llegar en todos estos años. No debí haberla dejado... Ella no se merecía que la dejara así.

Veía que era la primera vez que Marco contaba esa historia, y me sentía afortunado y desgraciado por haber sido una de las primeras personas en escucharla. Ojalá Elena pudiera haberlo oído, así fuera solo para que su corazón quedara en paz respecto a ese recuerdo inconcluso que tanto solía evocar en sus escritos. Parecía que aún quedaban muchas cosas pendientes por hablar, pero había anochecido rápidamente y Marco, recuperando un poco la compostura, anunció que debía dejarnos. Había prometido ir a visitar a un viejo cura del convento y ya iba tarde. Por fin había terminado. El dolor en el pecho y la tensión de mi cuerpo disminuyeron progresivamente.

Paola y yo nos despedimos, agradecidos por el tiempo que nos había ofrecido. No quedó nada dicho, pero tuve la convicción de que esa no sería la última vez que nos reuniríamos. Aunque mis ánimos habían quedado especialmente debilitados después de ese encuentro, estaba seguro de que deseaba saber, en la medida que me fuera posible, todo lo que había sucedido. A pesar que me doliera admitirlo, sabía que quizás, a pesar de los años pasados, él era la única persona que podría ayudarnos a sacar a Elena de la trampa que le había jugado su propia mente. Y esperaba que ella, una vez de regreso en el sendero de la cordura, aún quisiera incluirme en su vida.

Traté de comportarme de la forma más normal que me fue posible, pero aun así fue perfectamente claro que Paola había notado lo mucho que el encuentro con Marco me había turbado.

—Oye, ¿todo va bien, ok? Lo de Marco ya era un asunto superado. Lo sé porque hablamos de eso muchas veces. Es decir, lo quiso... quizá lo quiere aún, pero ya no es como antes. Ella prefirió quedarse con el recuerdo de lo que había sido en determinado momento y ya. Pero no es que vivirá enamorada de él por siempre... ¡Vamos, Matt! Olvídate de eso.

Nada de lo que dijo me dejó convencido. Pero no tenía una mejor opción.

* * *

El tiempo seguía pasando y estábamos estancados. Habíamos conversado con un par de personas más, pero eso fue todo. Teníamos la información ahí, en las grabaciones, y nos había ayudado a ambos —especialmente a mí— a descubrir aspectos de la personalidad de Elena que nos eran desconocidos.

Ahora teníamos claro que el intento de suicidio, que desató el ataque de esquizofrenia, había sido solo una consecuencia inevitable de la acumulación de sucesos traumáticos no superados en casi veinte años. Después de todo lo que habíamos oído no era necesario ser especialistas en el tema para llegar a esa conclusión. Sin embargo, de nada servía todo lo que habíamos hecho si no podíamos llevar esa información a quien pudiera ayudarla de verdad.

—Paola, vayamos a la casa de reposo y busquemos al terapeuta. Se paró en seco y me miró desconcertada.

—No podemos hacer eso. Nosotros no podemos, no nos recibiría. Ni siquiera nos dejarían entrar, ¿no te dije que no le permiten a nadie...?

—¿Y qué si lo intentamos? Si nos dicen que no, pues bueno, nos vamos y ya, ¿pero por qué no intentarlo?

—Matt, ¿qué va a pasar si la mamá de Elena descubre lo que estamos haciendo?

—Probablemente se alegre de que alguien esté intentando hacer algo por ella —repliqué.

Empezaba a sentirme airado por su obstinación.

Respiré hondo. Me paré frente a ella y la tomé por los hombros, con delicadeza pero con decisión. Estábamos en medio de la calle, con las personas mirándonos mientras pasaban. Debíamos formar una pareja curiosa teniendo en cuenta que, para estar al nivel de sus ojos, tenía que mirar hacia abajo casi por completo.

—Sé que no quieres interferir y estás tratando de ayudar por tu cuenta de la mejor forma que puedes. Pero el miedo a lo que pensará su madre o todos los demás no nos ayudará a traer a Elena de regreso. Paola, por favor, estamos juntos en esto, te necesito; no quiero acostarme cada noche pensando que podríamos haber hecho más por ella y no lo hicimos. Vamos a intentarlo. Vayamos hasta allá, preguntemos por su terapeuta y hagamos algo más que solo recopilar grabaciones.

Se quedó mirándome en silencio, notaba en su expresión la lucha que se estaba desatando en su interior. Yo rogaba que mis palabras la hubieran convencido, porque, a pesar de toda mi disposición para contribuir en la mejora de Elena, sabía que

dependía mucho de Paola para poder canalizar esa ayuda de la forma correcta. Necesitaba que estuviera conmigo en eso.

Mirándome con ojos vidriosos, a punto de echarse llorar, asintió. Dejé escapar el aire que sin querer había estado conteniendo. Gracias a Dios.

—De acuerdo... Hagámoslo. No te aseguro que funcione, ¡pero qué más da! Vayamos mañana.

Se frotó los ojos con fuerza y luego me sonrió. Yo le devolví el gesto. Pasamos por mi hotel y recogí las cosas indispensables. La casa de reposo donde se encontraba Elena estaba a media hora de donde vivía Paola. Pasaría la noche en su casa y partiríamos a la mañana siguiente.

Aquella noche me fue imposible dormir. La madrugada se me pasó entre recuerdos confusos y alucinaciones, en un letargo constante que me alejaba de la realidad pero que no llegaba a sumergirme en el sueño. Iríamos a la casa de reposo. Estaríamos en el mismo espacio en el que estaba Elena, respirando el mismo aire. Y no podría verla —¿no podría verla?—. Quizá con algo de suerte nos permitirían visitarla. En un mes podría haberse efectuado alguna mejora en ella. Tal vez Paola se había equivocado y había novedades de las que no se había dado por enterada.

Elena. Nunca como en esa noche había añorado tanto la presencia física de una persona. La imaginé recostada a mi lado, y casi podía percibir el peso de su cuerpo alterando la superficie de la cama, la calidez de su respiración acompasada, su cabello revuelto sobre la almohada; podía percibir la burla asomándose a sus labios y la diversión en sus ojos brillantes en la penumbra de la habitación al verme frustrado por no poder descansar. Si

extendía la mano apenas unos centímetros, podía sentir la piel de su brazo desnudo erizarse al contacto de mis dedos, y sus ojos entrecerrados por el contacto...

Tenía que detenerme. El cansancio me traicionaba y necesitaba tener despiertos los cinco sentidos para el día que nos esperaba. Cerré los ojos y me obligué a poner la mente en blanco, aunque estaba plenamente convencido de que el privilegio del sueño por esa noche me estaría negado.

Alrededor de las ocho y treinta de la mañana tomamos el desvío de la carretera principal hacia una avenida que atravesaba un puente y que finalmente conducía a una calle un tanto angosta cercada por grandes árboles. Era como un camino oculto hacia un lugar encantado. Me tranquilizó la idea de que al menos el lugar donde se encontraba tenía un aspecto agradable.

Una hora antes Paola había pedido prestado el coche a su padre y él, sin mostrar la menor curiosidad, le ofreció las llaves recomendándole que fuera con cuidado.

—Sabe que si estamos juntos es algo que tiene que ver con Elena. Por eso no pregunta —me había asegurado Paola en el camino.

La enorme reja al final de la avenida nos indicaba que habíamos llegado a nuestro destino.

—¿Vienen para la visita matutina? —nos preguntó amablemente el portero desde la caseta de entrada.

Paola y yo nos miramos desconcertados. ¿Podíamos tener tanta suerte?

—Sí —respondimos al unísono. El hombre sonrió.

—De acuerdo, necesitaré sus documentos.

Paola dejó en las manos del hombre su tarjeta de identidad y mi pasaporte. Las rejas chirriaron al abrirse. Buscamos un sitio donde estacionar.

—¿Visita matutina? ¿Cómo es que la mamá de Elena nunca lo mencionó?

—Quizá simplemente no quería que nadie viniera a ver a su hija a un lugar como este. Cielos, Matt, ¿nos dejarán ver a Elena entonces? ¿Podremos verla?

Mi corazón palpitaba esperanzado de solo imaginarlo. Mi mente ya empezaba a plantearse posibles situaciones del encuentro. Una idea me dejó paralizado. ¿Si no me reconocía? O peor aún, ¿si sabiendo que me encontraba ahí se negaba a verme? En ningún instante, desde que había decidido venir hasta Lima para saber de ella, se me había ocurrido pensar que quizás en el estado en el que se encontraba no quisiera verme. Si hubiera sido más bien al revés, y fuera yo quien se encontrara internado en un asilo psiquiátrico, me hubiera negado tajantemente a que ninguna persona me viera en esas circunstancias. Mucho menos la mujer a la que quería y con quien esperaba compartir mi vida.

—Quizá no sea buena idea verla —admití con el corazón oprimido—. Puede que se sienta avergonzada de que la veamos así...

—¿Tú crees?

—Claro, tan solo imagínate ser tú quien está encerrada en este lugar.

Se quedó pensándolo por un breve momento.

—Sí... tienes razón. Pero no importa. Quizá si preguntamos por ella nos puedan decir qué médico la está atendiendo.

Visto desde dentro, lo único agradable que tenía aquel edificio era su ubicación. Sin ese bosque rodeándolo probablemente se habría visto como aquellos hospitales victorianos que solían aparecer en las películas de terror. Me estremecí al pensar en Elena dentro de ese lugar.

Llegamos a la entrada y nos encontramos en el *hall* de una recepción anticuada y fría. Paola adoptó su mejor expresión mientras se acercaba a la recepcionista. La mujer, que no debía tener más de cuarenta años, ni siquiera le prestó atención cuando, con voz dulce, dio su pequeño discurso. Se me quedó mirando de forma tan escandalosa que me vi obligado a apartar la mirada para que no percibiera el rubor que empezaba a subirme a la cara. Al observar la indiferencia de la mujer hacia lo que decía, y mi cara de vergüenza, un rastro de diversión bailó en sus ojos, pero se repuso inmediatamente para intentar captar, esta vez con voz más fuerte y decidida, la atención de la mujer que, al ver la mirada severa que había adoptado mi compañera, por fin se dignó a escucharla.

Buscó los datos en el ordenador y se dirigió a nosotros —más a mí que a ella—. Elena estaba entre los pacientes que aún se encontraban en observación y tenían las visitas restringidas. A excepción de su madre, cualquier otro visitante tendría que tener autorización de su terapeuta para poder verla.

—¿Podría indicarme qué relación tiene usted con la paciente?

—Soy su media hermana y él es su novio —mintió—. Nuestra madre no pudo venir hoy y nos pidió que habláramos con el doctor... ¿Cuál es el nombre del médico que la atiende?

Había lanzado la pregunta por la que ansiábamos una respuesta. Hasta el momento todo estaba funcionando. La mujer

desvió sus ojos sorprendidos hacia mí. Era como si no creyera lo que había escuchado. Paola repitió la pregunta con un inequívoco temblor en la voz que delataba los nervios que hasta el momento había intentado disimular.

—Podría decirme...

—Ya la oí, señorita —dijo bruscamente, sin dejarla terminar. Hasta yo sentí vergüenza por la forma como estaba tratándola.

Qué mujer para más grosera.

—El médico que la atiende es el licenciado Raúl Gonzales, su turno empieza a las nueve. Pueden sentarse y esperar. Yo los anunciaré cuando llegue.

Lo conseguimos. Casi podía decirse que había sido fácil. Teníamos el nombre del médico y podríamos hablar con él en unos minutos más. Aquello me produjo una sensación agri dulce. Ayudaríamos a Elena —si es que el terapeuta quería escuchar lo que íbamos a decirle—, pero la forma en la que se habían dado las cosas, esa manera tan fácil de obtener una cita... ¿Habría sido igual de sencillo si hubiéramos sido un par de advenedizos que venían con intenciones nada benevolentes a conseguir información? ¡Se supone que los asilos psiquiátricos deberían guardar de la forma más celosa posible la identidad e integridad de sus pacientes!

Por otro lado, ese aire sombrío y de abandono que emanaba el lugar, a pesar de estar rodeado de árboles y naturaleza, y la poca amabilidad con la que la mujer de la recepción había tratado a Paola —sin hacer mención de la forma tan descarada con que me había mirado—, me hicieron pensar si es que aquel lugar, más que ayudarla a sanar, no estaría empeorando su salud.

¿Acaso todos los dependientes eran tan hostiles como la mujer

de la recepción? ¿Habría posibilidad de sacarla de allí y llevarla a algún sitio más adecuado?

Dejé ese asunto pendiente para cuando saliéramos de ahí.

El licenciado Raúl Gonzales resultó ser todo lo contrario a lo que Paola y yo nos habíamos imaginado. Cuando la recepcionista anunció que nos estaba esperando en su consultorio, había pasado media hora desde que nos sentamos en el sillón destartalado de la recepción. Sin más indicación que una vaga referencia de cómo guiarnos entre los pasillos, nos despachó todo lo rápido que pudo a medida que empezaban a llegar nuevos visitantes.

No habíamos tenido tiempo para ponernos de acuerdo, así que al encontrarnos a solo unos pasos de la puerta que indicaba el nombre del médico, miré a Paola y ella me entendió antes incluso de que empezara a hablar.

—De acuerdo, Matt, intentaré tomar el control... aunque, cielos, espero que acepte. Estoy un poco asustada.

Puse una mano en su hombro.

—Yo también, pero estará todo bien. Esperemos que quiera oírnos.

Tomamos aliento y reemprendimos el paso. Por la puerta entreabierta vimos a un joven sentado detrás del único escritorio que ocupaba el blanco consultorio. Paola tocó suavemente y él nos vio.

—Pasen —dijo amablemente—. Me indicaron de recepción que son familiares de Elena...

—Sí —respondió Paola de inmediato.

Hizo ademán de continuar pero su boca se cerró; lo intentó por segunda vez pero volvió a quedarse en silencio. Se mordió

el labio, vi vacilación en su mirada. Oh no. Sabía lo que estaba pensando. Si íbamos a ofrecer nuestra ayuda tendríamos que empezar sin mentiras...

—En realidad, no somos familiares de ella, no de sangre. Pero la conozco desde hace siete años y la considero como mi hermana —la expresión del médico cambió de inmediato.

Empezó a observarnos con atención, primero a ella, luego a mí.

—Hemos estado siguiendo de cerca el proceso de recuperación de Elena desde que la internaron aquí y sabemos por su madre que ella no habla mucho y eso hace que sea más difícil encontrar una forma para poder ayudarla...

—Así es, pero no entiendo qué es lo que desean —dijo, en su tono de voz había cierto tono de exasperación—. Comprendo que estén preocupados por su amiga, pero lamento decirles que no estoy autorizado para hablar de su estado con nadie que no sea de la familia.

Intercambiamos miradas alarmadas por un segundo. Paola empezaba a titubear. Sabía que probablemente esa sería nuestra única oportunidad de ofrecer nuestra ayuda. No podíamos haber recopilado toda esa información en vano.

Cuando salí del torbellino de mis propios pensamientos, ya había empezado a hablar. En más de treinta días de estancia en Lima, mi español había mejorado bastante, de modo que no se me hizo muy complicado encontrar las palabras adecuadas para hacerme entender.

—Escuche. Paola y yo, desde que supimos que Elena se negaba a hablar, empezamos a contactar a algunas de las personas

que habían estado con ella en muchos de los momentos difíciles que había pasado. Yo no sabía nada de sus asuntos personales, pero, desde que vine a Lima, Paola me ha ayudado a descubrir mucho sobre ella, y juntos llegamos a la conclusión de que quizá lo que había ocasionado que Elena atravesara por esta crisis fue la acumulación de los recuerdos malos de su pasado. No somos especialistas, pero pensamos... si es que ella se niega a hablar, quizá la información que hemos recopilado podría servir de algo. Paola me miró agradecida. Estaba aliviado por haberme expresado del modo adecuado. El médico siguió mirándonos en silencio, parecía estar luchando contra el dilema de dejarnos continuar o sugerirnos de la manera más amable que nos

retiráramos de su consultorio y no insistiéramos más.

—A ver si entendí bien —dijo mientras apoyaba los codos sobre el escritorio—, lo que están diciendo es que... ¿han hablado con personas que conocen de sucesos traumáticos de la vida de Elena?

—Sí —aseguró Paola, ya del todo recuperada—. No sé si necesariamente de sucesos traumáticos, pero yo la conozco desde hace muchos años y sé de muchos de los momentos que fueron difíciles para ella, y de las personas que estuvieron involucradas en el proceso. Para que usted mismo pueda oírlas hicimos grabaciones de todas nuestras entrevistas. Creímos que eso podría ser de ayuda.

No continuó. La incertidumbre en la expresión del médico empezaba a ponerme nervioso.

—Yo misma podría hablarle sobre algunas cosas muy delicadas que le sucedieron a Elena, aunque quizás usted también las sepa. Un asunto de hace muchos años... con su padre.

Se la estaba jugando. Lo sabía. Había dejado sobre la mesa la última carta que nos quedaba. Si no lo lográbamos convencerlo con eso, entonces nuestra causa estaba perdida. Miró a Paola y esbozó una breve sonrisa.

Parecía que la balanza se inclinaba a nuestro favor.

—De acuerdo, sé que quieren ayudar y se los agradezco. A decir verdad el tratamiento no ha avanzado mucho por su obstinación de permanecer en silencio. Si soy muy franco con ustedes, diré que hasta yo me siento sorprendido por su comportamiento. En los casi cuatro años que llevo tratándola, es la primera vez que se niega a hablar hasta ese punto; estábamos en una etapa en la que las sesiones transcurrían de manera fluida, y ella solía ser muy expresiva. Hasta el ataque e intento de suicidio, nada parecía indicar que su situación fuera tan grave.

»Sé que no estoy autorizado para hablar con nadie que no sea un familiar cercano acerca de su estado, pero he hablado con su madre y tampoco ella ha podido proporcionarme mucha información. Nadie parece saber lo suficiente. Y es más complicado encontrar una solución. Si ustedes están aquí, y pueden proporcionarme algunos datos, ¿por qué no intentarlo?

Sonreímos aliviados.

—Gracias —dijo Paola, casi al borde de las lágrimas. El médico sonrió.

—Al contrario, les agradezco la preocupación y el interés que tienen por ella. Quizás ahora sea más fácil ayudarla a que se recupere.

* * *

Recostado en la cama, recordaba el modo en el que habían transcurrido los acontecimientos durante la mañana.

Había pasado una semana desde nuestro encuentro con Raúl, el terapeuta de Elena, en la casa de reposo. No habíamos conseguido verla como habíamos querido en un principio, pero decidimos que quizás y era mejor esperar a que ella se encontrara en estado de poder recibirnos. Que Raúl aceptara nuestra ayuda para llevar adelante su tratamiento nos dio la posibilidad de llevar nuestros esfuerzos a mayor nivel. Esta vez ya no se trataba solo de hablar con los que habían sido sus amigos y conocidos, sino más bien de un medio que conduciría a su recuperación. Nosotros mismos habíamos pasado por el proceso de «ser entrevistados» en el consultorio de Raúl. Paola y yo recibimos citas por separado. Yo fui el primero.

Nueve días después de nuestra primera visita a la casa de reposo, me encontraba de camino al consultorio particular de Raúl en uno de los mejores barrios que había conocido en Lima. Paola se había ofrecido a acompañarme, pero yo había preferido hacer esa travesía solo. No fue difícil, puesto que contaba con la dirección pormenorizada del consultorio, y el conductor que hizo el servicio de taxi dijo conocer la zona bastante bien. A las siete menos cuarto me encontraba en la recepción del edificio. Justo a tiempo.

Resultó más difícil de lo que me había imaginado hablarle acerca de mi vida, la convivencia con mi exesposa y repetir toda la historia, agregando más detalles de los que me habría gustado compartir, pero entendía que era necesario.

Tal como había supuesto desde el principio, Raúl tenía conocimiento de la inclinación de Elena por Jane Austen, *Orgullo*

y *prejuicio* y Fitzwilliam Darcy. Incluso se había dado a la tarea de investigar un poco en Internet acerca de la novela, su adaptación a película y los actores, dando así conmigo y los innumerables sitios en la red que hablaban acerca de mí y el personaje que había interpretado. Sin embargo, lo que no había sospechado era lo fuerte que había llegado a convertirse aquella inclinación. Solo se volvió evidente para él la mañana en que Paola y yo hicimos nuestra aparición en su consultorio en la casa de reposo.

Lo que vio no se lo habría esperado ni en mil años.

—Apenas atravesaron las puertas de mi consultorio en el hospital, me quedé como quien piensa «¡esto tiene que ser una broma!» —dijo riendo, asombrado por su descubrimiento—. He tratado a jóvenes cuya obsesión por algunos actores las lleva a cometer los más extraños disparates en el loco intento de captar la atención de los personajes en cuestión, pero hasta este momento, ustedes son el único caso conocido en el que la joven ha tenido éxito.

Con tantas personas que me habían reconocido en el primer momento, cada vez se me hacía más difícil mantenerme en la idea de que Elena realmente no sabía quién era, aun cuando habíamos tenido tres semanas de encuentros ininterrumpidos.

—Matthew, ¿cómo fue que Elena y tú se conocieron? Hasta que he hablado con ustedes la semana pasada, no sabía que ella había estado en Londres.

Le hablé de la mañana en St. James's Park, la forma en la que habíamos empezado a conocernos y las visitas previas que había realizado por el Reino Unido antes de que nos encontráramos en Londres. Le hablé de las indagaciones que habíamos hecho

Paola y yo respecto a los hechos. Me escuchó con atención, pero no dejó a relucir si es que se inclinaba a creer en las teorías que le planteaba.

—Entonces, es probable que el plan inicial de Elena haya sido viajar al Reino Unido para conocer los lugares donde se había rodado la película y algunos que creía podían ser a los que se refería Jane Austen en la novela, y en ese proceso, la casualidad propició que se encontraran. Sin embargo, existe la gran posibilidad de que haya investigado sobre ti en Internet y, en base a eso, haya decidido viajar al Reino Unido para ir a buscarte. Claramente la suerte jugó a su favor y consiguió dar contigo.

La posibilidad me dio escalofríos.

No. Era inimaginable para mí pensar en nuestro encuentro casual como algo cuidadosamente planeado por ella. Menos aun el hecho de que hubiera conseguido enamorarme. Claro que no. Ella podría haberlo intentado, ¿pero yo habría mordido el anzuelo tan fácil si ese hubiera sido su objetivo?

—Creo que no la conozco lo suficiente como para afirmarlo, pero soy consciente de lo que pasó y tengo cada recuerdo muy claro en mi mente. Ella no parecía saber quién era. Créeme, he tenido bastante contacto con jóvenes obsesionadas a lo largo de estos años, sé lo que muchas de ellas son capaces de hacer para propiciar encuentros o simples acercamientos. Escriben en páginas de fans, foros y blogs en Internet. No es que me interese saberlo, pero mis amigos lo encuentran divertido y no pierden la oportunidad de mantenerme al corriente cada vez que nos reunimos. Pero ella no era como esas jóvenes, ella era diferente. No actuaba

como las otras. Incluso, tal como te he contado, fui yo quien dio el primer paso. Quien pidió una cita la primera vez.

La incredulidad en su mirada y el silencio impasible con el que me escuchaba me resultaba desesperante. Esa era la razón por la que nunca me habían gustado los psiquiatras. Siempre parecían dudar de todo lo que oían, y frente a sus razonamientos la propia convicción parecía tambalearse.

—No estoy diciendo que no haya sido posible, pero mi trabajo en este momento es llegar a acercarme lo más que se pueda a la verdad. Quizá cuando sepa que estoy al corriente de todo se encuentre más predispuesta a hablar.

—¿Pretende confrontarla?

—No precisamente. Lo que quiero es sembrarle la inquietud. Elena es particularmente curiosa, solía ser observadora y gustaba de indagar. Sé que le agrada saber que hay personas allá afuera que se interesan por ella y que están tratando de hacerla volver al mundo. Si ella, como ustedes, decide luchar, lograremos incorporarla a su vida en menos del tiempo esperado. Podría ser cuestión de dos o tres semanas incluso. Una vez que ella responda, podremos comprobar si fue aquella obsesión lo que terminó dejándola en el estado en que se encuentra. Por lo que sabemos, este no es un hecho aislado, es parte más bien de un todo, compuesto principalmente por sucesos traumáticos anteriores...

El final de la cita fue más descorazonador que tranquilizador.

* * *

Tenía la esperanza de que Paola me refiriera su conversación con Raúl en los días siguientes, pero no lo hizo. Supongo que existían situaciones que había preferido mantener en secreto hasta para mí, pero que en manos de Raúl resultarían provechosas para la recuperación de Elena.

Ahora que conocía la dirección de la casa de reposo y del consultorio de Raúl, vivía obsesionado con la idea de pasar por cualquiera de los dos lugares para preguntar cómo iba el tratamiento, si había conseguido hacer que Elena hablara.

Pero sabía que mi intervención sería tomada como una intromisión innecesaria.

—¿Cuándo tienes planeado regresar? Los muchachos no dejan de preguntarme por ti y ya no sé qué inventarles —me dijo Patrick una noche durante una conversación por Skype.

—No lo sé, probablemente para inicios de mayo, ya le he pedido a mi agente que confirme mi participación para la temporada de agosto y tendré que estar en los ensayos.

—¡¿Mayo?! ¿lo dices en serio?... Parece que planeas quedarte a vivir en América, ¿es que tus admiradoras peruanas te tratan mucho mejor que las ingratas bellezas inglesas? Si me permites opinar, amigo mío, debo decir que solo tú eres el culpable de tales desaires —sus comentarios burlones me hicieron perder la paciencia.

—Ya para, Patrick. No se trata de nada de eso. Lo sabes.

—No. No lo sé—contraatacó—. ¿Y sabes por qué no? Porque te has empeñado en mantener en absurdo secreto todo lo relacionado con esa muchacha. ¿De quién se trata, Matthew?

¿Acaso es espía o una celebridad escondida de la que nadie puede

saber? ¿O quizás una exconvicta buscada por la DEA, el Scotland Yard o alguna...?

—No. Patrick... escucha. No es tan sencillo de explicar. No he visto a Elena desde que estuvimos juntos en Londres.

Ya estaba. Lo había dicho por fin. Patrick quedó tan sorprendido que, después de casi media hora de hablar sin parar, se quedó en completo silencio.

—¿Cómo...? Espera. ¿No se supone que viajaste hasta allá para verla? Asentí resignado.

—Sí, pero en realidad no fue por la razón que te hice creer.

—¿Qué fue lo que pasó?

Poco a poco, en los casi cien minutos que duró nuestra conversación, fui desenmarañando los miedos, angustias e incertidumbres que había estado alimentando desde la distante noche en que había recibido el mensaje de Paola. Cuando terminé de hablar, me sentí significativamente aliviado. Lamentaba no haberme decidido desde mucho antes a compartir mis miedos con Patrick, quien era mi mejor amigo, casi un hermano. Una vez más lo estaba reafirmando.

—Escucha, Matt, debo cerrar un par de compromisos en estas semanas. Lo demás se lo encargaré a mi agente. Haré todo lo posible por estar en Lima a más tardar a mediados de abril.

—Te lo agradezco, hermano.

Estaba conmovido y agradecido ante tal despliegue de preocupación.

—Y, Matt, escucha: si ella es tan fuerte como la has descrito, seguramente encontrará la forma de volver. No pierdas la fe.

* * *

Los días seguían pasando y mi ánimo decaía cada vez más.

Había tanto que ver, tanto por visitar en una ciudad de la que solo había visto su centro histórico y unos pocos distritos; pero no me provocaba explorar. Mis sentidos estaban completamente saturados por Elena, nuestros recuerdos en Londres y todas las suposiciones y teorías formadas por Raúl, Paola, Patrick y por mí mismo.

Intentaba desterrar de mi cabeza la posibilidad de que Elena se hubiese enamorado de una versión idealizada de mí, pero me resultaba imposible. La incertidumbre era tan dolorosa como la misma verdad. Empezaba a sentirme solo en una ciudad desconocida, con mis miedos convertidos en sombras que deambulaban por la habitación.

Mi apartamento en Londres con vista al Támesis, las caminatas matutinas, las salidas nocturnas y las charlas con mis viejos amigos se convirtieron en un recuerdo tentador en medio de tanta soledad. ¿Si regresaba a Londres y olvidaba todo lo que había sucedido en los últimos meses? Después de todo, nadie me culparía por hacerlo. Habían compromisos que requerían mi presencia; la misma Paola había afirmado que, aun si no me hubiera conocido, Elena habría terminado en el mismo estado en el que se encontraba. Toda razón lógica estaba a mi favor.

¿Pero qué había de lo que sentía? ¿Podría olvidar su recuerdo, los momentos juntos... Podría caminar por las mismas calles de Londres por donde anduvimos sin añorar su presencia? Esa

compleja jovencita que se había metido en mi vida, con sus días felices y sus momentos de desolación, sus miradas dulces, su cuerpo temblando de emoción al hablar de la historia; sus ojos húmedos y conmovidos en la ópera, sus risas explosivas que eliminaban las distancias de nuestras computadoras y ese gesto de seriedad y concentración cuando le narraba algún suceso de mi vida; la manera en la que sonreía y aseguraba con inocente convicción que todo iría bien. ¿Cómo dejarla?, ¿cómo borrar de mi vida su recuerdo? Su presencia era la pieza que le faltaba al rompecabezas sinfín que había representado mi vida. Elena significaba gran parte de lo que yo era en ese momento. Era el presente que deseaba convertir en mi futuro. No podía, no quería abandonarla en el peor momento de su vida.

Como si despertara de un sueño, el manuscrito con nuestra historia vino a mi memoria, aquel que había escrito meses antes, cuando aún mantenía la esperanza en mi próxima declaración. Las cosas habían cambiado tanto desde aquella vez que había olvidado por completo que aún lo guardaba en uno de los compartimientos de la única maleta que había traído conmigo.

Lo encontré en el mismo lugar, acaricié sus páginas y una ola de dolor me recorrió. Aunque lo sucedido desde entonces no había sido feliz, era parte del hito que le había dado un nuevo rumbo a nuestra historia y una razón diferente a mi vida. No había forma de ignorarlo. Merecía ser contado.

Encendí mi Mac y comencé a escribir.

Concentrado como estaba en lo que me encontraba escribiendo, el timbre del teléfono de la habitación resultó totalmente molesto.

—¿Matthew? —el sonido familiar de la voz de Paola al otro lado de la línea me despabiló por completo.

—Escucha, una de las personas a las que escribí por lo de Elena respondió. Me ha dicho que tiene algunas cosas que le pertenecían que podrían ayudarnos.

A semejanza de las olas que regresan a la playa, sentí la angustia apoderarse de mi pecho.

—Iba a ir sola, pero —dudó por un momento— pensé que quizás y querrías acompañarme. Me encontraré con ella en un par de horas.

—Claro. Quiero ir, Paola. Dime dónde te encuentro.

La joven con la que nos encontramos en el café del inmenso *mall* —en un distrito que Paola nombró como Los Olivos— tenía un aspecto tan parecido al de Elena cuando la conocí en Londres que tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no levantarme, ir hacia ella y estrecharla entre mis brazos. La piel canela y los largos mechones de cabello que caían en suaves ondas sobre sus hombros la hacían casi idéntica a ella. Sin embargo, aquella ilusión quedó desvanecida cuando estuvo lo suficientemente cerca como para comprobar que aquellos ojos no tenían el mismo color de miel, ni brillaban con aquella intensidad que tanto me había cautivado en la mirada de Elena.

Luciana se quedó perpleja frente a nosotros; dirigió su mirada primero a mí, y luego a Paola, en un evidente gesto de interrogación.

—Tú eres Darcy de *Orgullo y prejuicio* —dijo con cara de estar a punto de echarse a llorar—, por Dios...

Se veía tan impresionada que por un momento me preocupó que pudiera desmayarse. Paola parecía igual de alarmada ante la

reacción de la muchacha. Sin embargo, en pocos segundos, se recompuso de tal forma que el único rastro de su agitación inicial fue el intenso rubor en sus mejillas. Sus ojos brillaban con tal adoración que me sentí incómodo. Seguía resultándome increíble el efecto que parecía causar en las mujeres. Era algo a lo que nunca me terminaría de acostumbrar.

Paola sonreía de manera comprensiva.

—Créeme, yo quedé tan perpleja como tú cuando lo vi la primera vez.

¿En serio había dicho eso? Gracias por hacerme el momento más incómodo, Paola.

—Soy Paola...

—Y yo soy Matthew —dije sin esperar a que fuera ella quien hiciera la presentación. Tenía la mano extendida hacia Luciana antes siquiera de tener conciencia de que lo estaba haciendo. Paola pareció incómoda, pero no dijo nada. Nos estrechamos las manos y sentí la suya temblar por el contacto.

—Perdonen que no haya podido contactarlos antes. Tenía ciertas dudas de lo que estaba pasando hasta hace unos días. Sentí que debía investigar un poco antes de contar lo que hasta el momento era un secreto entre Elena y yo. Pero como están las cosas, aunque ella no haya podido aprobarlo, sé que es lo mejor. La última vez que nos vimos fue en septiembre, quizá la segunda semana. No estoy muy segura.

Se quedó en silencio por un momento, luego continuó:

—Habíamos hablado días antes por Facebook, me preguntó si podía guardarle algunas cosas mientras viajaba, y yo le dije que no había problema. Muchos años atrás, cuando se fue de viaje por el fin de la escuela, me pidió algo similar.

Al ver que la observábamos con cierta interrogación, se sonrojó y sonrió un tanto avergonzada —¡cómo se parecía a Elena!—, se apresuró a explicarnos:

—Elena y yo teníamos una costumbre un tanto extraña. Siempre que se viaja existe el inherente temor de no regresar por algún accidente. Cielos, me siento tan tonta hablando de esto —sonrió de nuevo—. El caso es que, por si acaso, cada que viajábamos a algún lugar lejos de la ciudad sin nuestros familiares, escribíamos cartas a nuestros padres o a quienquiera que deseáramos encargar algún asunto, en caso tuviéramos algún accidente grave que nos impidiera expresar nuestra voluntad.

No pudimos disimular el hecho de que todo aquel asunto nos resultaba muy extraño. Sorprendente pero extraño. Paola sonrió en señal de que entendía, mientras yo... bueno, yo solo me quedé ahí, intentando no hacer el momento más incómodo para los tres.

—Sé que suena tonto, pero solo teníamos dieciséis y diecisiete cuando nos prometimos hacerlo. Y pese a los años transcurridos y los rumbos diferentes que tomaron nuestras vidas, mantuvimos esa tradición.

»En nuestra conversación me dijo muchas cosas que no llegué a comprender del todo. Finalmente comentó que se iría de viaje muy pronto, no hizo ninguna referencia al destino, pero por la forma en que lo describió parecía ser algo importante para ella. El día que nos encontramos me entregó esto y me hizo prometer que, a menos que le sucediera algo, nadie más que yo estaba autorizada a leerlos. Dejó una carta para su madre también.

Uniéndolo a la acción a la palabra, tomó su bolso del sillón en el que lo había dejado y sacó tres cuadernos pequeños. Uno de ellos

tenía una especie de brazos dorados que, unidos en el centro, se cerraban con un candado pequeño. ¿Era lo que me estaba imaginando?

—¿Qué son? —preguntó Paola casi sin voz.

—Son sus diarios de los últimos tres años. El del candado está sin terminar, la última fecha escrita es de finales de agosto.

CAPÍTULO 4

El amor tiene la capacidad de conseguir que se vea lo que no se ve y de que se sienta junto a uno lo invisible.

Orhan Pamuk

13 de mayo de 2013

Este ha sido uno de esos días en los que simplemente deseas que la noche llegue para tumbarte en la cama y sumirte en un sueño profundo y sin retorno.

Sí. Este ha sido un día para morir.

Trabajar teniendo a Sandro tan cerca y tan lejos de mí es algo que me es imposible soportar. Casi no he podido concentrarme en lo que hacía, el recuerdo de nuestra desastrosa salida del fin de semana, la forma en que me habló, el modo en el que me rechazó. Dios mío...

¿hasta cuándo tendré que soportar este suplicio? Le amo, pero él no quiere ya saber nada de mí. Y esa chica por la que está embobado, María Fernanda, es tan bonita y amable que ni siquiera puedo consolarme con odiarla.

Si pudiera ser un poco más como ella y un poco menos como yo, ¿qué es lo que hace que todos los chicos a los que amo terminen huyendo despavoridos cuando me conocen un poco más? ¿Tan mal

estoy? Mi rareza los ahuyenta... Soy un enigma y un embrollo tan grande de problemas que no se atreven a llegar a más. Debería cuidar lo que digo, quizás y así tenga un poco de suerte.

Pero ¿cómo hacerlo?, ¿cómo ocultar lo que soy? Ningún hombre merece tal nivel de autodestrucción. No puedo hacerlo.

Quizás esté condenada a quedarme sola. Si ese ha de ser mi destino, ayúdame a aceptarlo.

Por favor, Dios, ayúdame a aceptarlo.

* * *

16 de agosto de 2013 Hoy tuve la triste obligación de ver a mi padre de nuevo.

Apenas recibí el dinero que debía entregarle a mi madre —una maldita miseria— caminé todo lo rápido que la decencia me permitió para que la recepcionista y los vigilantes del edificio no notaran las lágrimas que rebalsaban de mis ojos. En el ascensor no lo soporté más. Lloré. Confieso con vergüenza que lloré. Y tuve que tragarme mi furia, mi dolor... Ese asco al sentir el olor de su colonia impregnada en mi mejilla. Sí, el muy infeliz se atreve a besarme en la mejilla, como si de un padre cariñoso se tratara. Como si nunca se hubiera atrevido a poner las manos más allá de mis mejillas.

«Lo necesitamos», dice mi madre, «y mientras lo necesitemos no podemos permitirnos el lujo de enojarlo».

Siento tanta rabia al comprobar todos los días que es verdad. Mi sueldo no es suficiente, nada es suficiente. Y yo ruego a diario para que llegue rápido el día en el que pueda decirle en la cara: «Puedes quedarte

con tu miseria de dinero, ya no lo necesitamos». Quisiera enfrentarlo. Poder tener vida suficiente para vivir ese momento. Siento tanta impotencia que solo quiero llorar. Incluso ahora, mientras escribo, mis ojos se empañan, todo mi cuerpo tiembla. ¿Por qué siempre tengo que ser yo?, ¿acaso mamá no recuerda...? Es probable que no. Yo misma espero que no recuerde aquello que le conté hace tanto tiempo en un instante de debilidad. Aun cuando me había jurado que nunca se lo diría. Mi tranquilidad a expensas de la suya no es lo que quiero.

Yo puedo soportarlo. Si ese es el precio que debo pagar para que ella esté bien, para que todos estemos bien, entonces que así sea.

Detesto que se me descomponga el cuerpo de este modo cada vez que lo veo.

Detesto sentir asco de mí misma cuando pienso en él.

Detesto que destruya mi ánimo de tal forma que me obligue a desahogarme en mi diario.

Detesto dedicarle páginas, que luego leeré, para volver a sentir el mismo asco y el inconfundible dolor en el pecho.

Espero con ansias el día en que todo esto termine.

* * *

6 de diciembre de 2013

Tengo la extraña sensación de que en cualquier momento voy a desmayarme, sinceramente no me siento nada bien. Esta angustia sigue oprimiéndome el pecho, no se va. ¡Maldita sea! No se va pese a que creí que, al decírselo, volvería a estar tranquila. Y aquí estoy, cada vez más angustiada, más cansada... más débil.

Sandro me miró como quien no tiene ni idea de lo que le estaba diciendo, ¿es que acaso he sido tan ciega como para pensar siquiera que, después de todo este tiempo, significaba algo para él? Le dije que era suficiente, no sería más una especie de juguete del cual podía disponer cuando quisiera. Me había dado cuenta de la forma en la que coqueteaba con María Fernanda, sabía del viaje que había hecho con aquella chica que decía ser solo amiga suya. Sabía que me había mentido todo este tiempo.

Y no hizo más que hacerme sentir como una tonta, tonta y paranoica que no tiene ni de lejos derecho a reclamar todo aquello. No se sintió responsable por ninguna de las acusaciones que le lancé.

No puedo seguir escribiendo sobre esto, es demasiado doloroso para mi corazón y para mis manos que, a fuerza de escribir, intentan eliminar todo este dolor sofocante. No puedo más. Todo esto me ahoga.

* * *

11 de junio de 2014

¡He conocido a alguien!

Se llama Elías, es del trabajo. Es ingeniero de sistemas y su área está en el piso catorce, justo debajo del mío.

¡Sucedió de la nada! Hace un tiempo agregué a Facebook a uno de los muchachos de su área y nos hicimos amigos. Hace un par de días se me ocurrió revisar su perfil y descubrí que en su lista de amigos estaba él.

Cuando entré a trabajar aquí hace dos años fue Elías quien dictó una de las capacitaciones y bueno... me gustó mucho, pero todo quedó ahí.

Solía verlo en las reuniones generales, a veces en el comedor con los demás, pero nada más. No me importaba no hablarle, me bastaba con verlo y sonreír para mis adentros, pensado en él como «el chico de la inducción» que me había hecho sentir algo especial desde la primera vez.

«¿Lo agrego o no lo agrego? ¡Lo agrego! Si no me acepta, podré superarlo como mucho en un par de días», me dije y lo agregué. Me aceptó solo minutos después de que enviara la solicitud de amistad. Como era tarde, preferí aguantar mi curiosidad hasta el día siguiente.

En la mañana le dije «hola» y él me respondió «hola». Y hablamos, hablamos y seguimos hablando durante todo ese día. Después en la noche, y así hasta el miércoles que me preguntó «¿almorzamos juntos?». Y seguimos conversando hasta el viernes en la noche, cuando dijo sentir que teníamos muchas cosas en común (¡realmente las tenemos!) y esperaba que nos conociéramos más para que quizás en el futuro...

¡Sentí algo tan bonito!

Sé que es repentino, demasiado rápido también. Paola me ha dicho que necesito ponerle freno a mis emociones, que mejor me lo tome con calma, que debo cuidarme el corazón. Y lo estoy intentando, pero siento que he empezado a quererlo. Mucho. Casi moría de dolor por Sandro cuando empezamos a conversar y ahora todo parece tener colores de nuevo, mi vida comenzó a cobrar sentido otra vez. Me siento... ¡feliz!

A pesar de todo lo sucedido con Sandro, a pesar de todos estos meses y que aún le quiero, las cosas con Elías van tan bien que solo puedo decir: «¡Vaya, esto sí que fue un milagro!».

Elías es mi milagro.

(¡No puedo dejar de sonreír!)

* * *

18 de septiembre de 2014

Elías fue lo mejor y lo peor que pudo haberme pasado en la vida. Mi caballero de brillante armadura, aquel que hizo su fantástica aparición en la historia de mi vida un martes de principios de junio y que desapareció tan solo treinta días después, dejando a su paso más desolación de la que alguna vez sentí en los veintitrés años que llevo en la Tierra.

«Creo que me dejé llevar». Aquellas cinco palabras salidas de sus labios, en una fría noche de julio, fueron como recibir una patada en el vientre bajo.

Estaba siendo demasiado bonito (¡demasiado!) para ser real...

Mi dulce Elías. Después de todos estos meses, sigo sin creer que se haya terminado, que no se haya quedado justo cuando por fin lo había encontrado. Él era mi amor, él era... ¿Por qué? Si parecía ser la persona indicada para alejar para siempre de mi vida todos los días de dolor. Había sido tan sencillo olvidar a Sandro con él a mi lado, los meses de humillación constante. Parecía ser la solución a mi acertijo, y simplemente se ha marchado.

Prefirió los brazos a los que se había acostumbrado, prefirió la comodidad del amor conocido que tomarse el trabajo de indagar algo más en el amante corazón que ha dejado destrozado. Decidió darse «otra oportunidad».

Decidió que volver con su ex era mejor que quedarse conmigo.

* * *

30 de diciembre de 2014

Casi a puertas del atardecer, mis ánimos están algo más calmados que por la mañana. Mis ojos arden como el infierno.

Aunque no estoy segura de cuánto ha de pasar para que los recuerdos y la conciencia de la realidad me invadan nuevamente y vengan incontrolables las ganas de llorar y morir, he decidido agotar todos mis días leyendo (y relejendo) los libros que más felicidad me han causado. *Quo Vadis?*, luego *Rojo y negro*; después la trilogía *El infierno de Gabriel*. Los leeré todos otra vez. Tengo pendientes otros tantos: *La selección* de Kiera Cass, los últimos capítulos de *Nacidas para reinar*, y una pila de libros de Jane Austen que tendrán que esperar a cuando mis ánimos estén nuevamente preparados para embarcarse en una nueva lectura.

El día está por terminar. Quiero ir por un *latte*, mis lecturas y solo intentar olvidar. Olvidar mientras los recuerdos me resulten insoportables. Quiero volver a respirar sin sentir el dolor de la angustia en mi pecho. Sé que llegará el momento en que la depresión me ahogará otra vez pero... vaya, quiero al menos intentarlo.

«¡Pero si eres un éxito! Con todo lo que eres, lo que tienes, con todo lo que has logrado podrías ser feliz si así lo quisieras», me dijo Sandro por la tarde, antes de desearnos suerte para el nuevo año y el abrazo de despedida que sentí más como el de un hermano que el del hombre por el que estuve a punto de «morir» alguna vez. Vaya consejo. Viniendo de la última persona de la que habría esperado algo bueno (Sandro, aun después de todas las cosas que sucedieron, después de lo mucho y ahora nada que significa para mí, sigue encontrándome en los momentos precisos), suena hasta esperanzador.

Y tratando de hacerle caso es que me he convencido incluso de que el hecho que me haya encontrado en uno de mis excepcionales ataques de llanto en mi escritorio fue por algo. Y que al final de todo, podré recuperarme, y poco a poco salir de esto... Deshacerme de todo el dolor. Y olvidar. Olvidar para empezar de nuevo. Hacer «Ctrl+z» en el archivo de mi vida y comenzar de cero.

Esta batalla tengo que ganarla yo sola. Se la voy a poner difícil al dolor.

8:58 p.m.

(Último día del año en mi trabajo.

Mirando la noche,
las luces de la ciudad...

las estrellas desde mi escritorio.

Intentando sonreír).

* * *

16 de febrero de 2015

Tan repulsivo que apenas puedo mencionarlo.

Elías solo me mostró una parte de toda su personalidad, la mejor parte por supuesto... ¿O fue que solo vi lo que quería ver?

Finalmente, esta era la única manera en la que podría terminar de sacármelo de la cabeza y el corazón después de todo este tiempo.

¿Proponerme una amistad con ciertas «libertades», alegando que seguía queriéndome, que siempre me quiso aun cuando tomó la decisión de volver con su antigua novia, aquella con la que aún mantiene una relación? Increíble.

Después de eso, lo único que lamento es haber sido tan tonta como para haber creído desde el principio en sus buenas intenciones, en sus declaraciones de cariño y por haber perdido todo este tiempo llorando por alguien que no merecía ni la mitad del sufrimiento que tontamente le había dedicado.

¡Tonta, Elena! Eres una tonta.

Es hora de cerrar con siete llaves ese baúl, y lanzarlo bien lejos... a la parte más inaccesible del mar.

* * *

24 de abril de 2015

He terminado con la trilogía de *La selección* después de casi tres meses. Estoy extremadamente conmocionada, extasiada... ni siquiera sé cómo describirlo.

Cielos, si tan solo la vida real pudiera parecerse un poco a los libros que leemos, si tan solo existieran esos hombres perfectos y pudiéramos convertirnos en nuestras heroínas literarias favoritas.

Maxon Schreave, príncipe heredero de la corona de la lejana e inexistente Illéa, ¡ojalá existieras!

* * *

30 de abril de 2015

Casi como jugando, ayer se cumplieron exactamente cuatro años desde mi primera cita con Raúl.

Me lo recordó en nuestra cita de esta tarde, mientras revisaba mi historia clínica y volvía a tomarme los datos, como es rutina cada vez que un paciente cumple un año de tratamiento.

«¡Ya tienes veinticuatro años!», me dijo con la misma expresión que usaría mi abuela. ¡Ni que nos lleváramos tantos años! Probablemente no sea ni diez años mayor que yo.

Pero, bueno, supongo que con eso intenta trazar una línea impenetrable entre ambos, una línea que me deje bien clara mi posición como paciente frente a la suya como médico; aun cuando las sesiones trascurren con la misma naturalidad con la que se desarrollaría una conversación entre amigos. Supongo que es «por si acaso».

Bah. Como si realmente corriera peligro.

* * *

1 de mayo de 2015

Quizá los que fueron bendecidos con el don de escribir también fueron condenados a vivir sin amor.

Los días, semanas, y meses previos y posteriores al inicio de 2015 han sido para mí materia de muchos descubrimientos. De emociones intensas en un tiempo muy corto. Y todo ello me ha arrastrado a la triste conclusión mencionada al principio.

No me considero una gran escritora, pero creo... siento que de algún modo Dios, o quizá la vida, me dotaron de esa cualidad. Condición que he aceptado y abrazado con pasión.

Amo escribir, amo cómo las ideas se amontonan de repente en mi cabeza, sin previo aviso, y amenazan con romper el dique que tantas veces he levantado entre mi realidad y mi espíritu literario.

Sin embargo, luego de un sondeo casi general, he descubierto que el desamor es la condición de toda persona nacida con ese bendito don. Y no sé si eso nos vuelve especiales (aunque sí diferentes), no sé si eso nos hace benditos o nos marca para siempre, pero sí que nos condena a vivir estigmatizados en un mundo donde todos parecen encontrar el sentimiento anhelado que a nosotros nos ha sido negado.

¿Será que sencillamente no nacimos para sentirlo? Quizá nacimos malditos...

Estamos en capacidad de ver el amor, de percibirlo y definirlo en sus incontables matices (aunque para gran parte del mundo aún resulte incomprensible), ¡lo conocemos! Quizá porque nuestro pedestal se encuentra a alturas mucho más elevadas que las del mismo amor; y entonces podemos contemplarlo y describirlo en su máxima extensión. Sin embargo, a la altura a la que nos encontramos, nos es imposible saltar hacia donde está, porque corremos el alto riesgo de que la tierra ceda bajo nuestros pies, o que nuestras piernas se destrocen por el impacto. Y caemos, de hecho lo hacemos... caemos al vacío, y entonces las heridas son profundas, y dejan huellas que más que obligarnos a aprender, nos arrastra todavía más hacia aquel insano interés, al deseo convulso y masoquista de aferrarnos a algo para lo que fuimos negados, porque necesitamos creer; necesitamos sentirnos mortales también.

Necesitamos experimentar, aunque sea por un corto momento, sus delicias. Necesitamos (ansiamos) llenarnos de él, para darle así un nuevo matiz a la superficie del papel... a fuerza de lágrimas, bolígrafo y añoranza. Participar en lugar de contemplar.

Nacimos negados, pero aun con eso, necesitamos amor.

* * *

2 de junio de 2015

Fabián es de las personas más interesantes que he conocido durante este año. Es profesor universitario y enseña Filosofía, pero sabe tanto de arte e historia que me ha dejado literalmente sin habla.

Lo conocí en el verano en una exposición en la Biblioteca Nacional sobre iconografía religiosa de la época virreinal. Me hizo conversación mientras yo me dedicaba a observar las intrincadas callecitas de uno de los enormes planos de Lima en el siglo XVII, y hemos salido desde entonces. No soy experta en el tema, pero casi me atrevo a asegurar que tiene pensado algo mucho más serio para nuestra relación. Es amable, atento, todo un caballero... e increíblemente guapo. Quizás el muchacho más guapo con el que he salido hasta ahora. Me gusta, pero no sé si yo quiera mucho más.

Hoy almorzamos juntos y me invitó a una fiesta en el departamento de uno de sus amigos, pero no me provocó asistir, así que le dije que prefería quedarme en casa. Pareció desilusionado, pero no protestó. Casi nunca protesta.

Tengo sobre la cómoda *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, y me ha atrapado de tal forma que no puedo parar. Solo el sueño consigue alejarme de la lectura.

De regreso a casa pasé por una tienda de videos y compré el DVD de la película. Dicen que en su mayoría las adaptaciones terminan por arruinar la percepción que se puede formar uno al leer un libro. Yo aún no termino con el mío, pero... ¡quiero arriesgarme!

Ya es de noche y estoy ansiosa. Estoy esperando que todos se duerman para verla por fin.

Mientras espero... ¡a leer!

* * *

16 de junio de 2015

Definitivamente, si le contara a alguien cómo me siento respecto a ti dirían que necesito ayuda. Probablemente ni me dejarían terminar mi historia, y eso lo convierte todavía en algo más frustrante. ¿Qué fue lo que me sucedió? ¿Qué hiciste de mí, mi bienamado personaje?

Todo esto es una locura.

¿Por qué, después de haber leído tantas novelas y haberme enamorado idílicamente de tantos de sus héroes, justamente de ti es de quien recibo el golpe de gracia?

Admito que, desde los catorce o quizá menos, mis fantasías pasaron de Julián Sorel a Marco Vinicio, de Cayetano Delaura a Gerard Greyson o Lord Trenton... de Christian Grey a Gabriel Emerson para finalmente aterrizar todos mis sentimientos de adicta lectora ingenua en Maxon Shreave, príncipe de la lejana e inexistente Illéa. Pero nunca me había sucedido de este modo. De la forma que ahora me sucede contigo. ¡Y a los veinticuatro años! Me siento tan tonta. ¿Qué es lo que tienes tú que los otros no tuvieron? ¿De qué forma llegaste a enamorarme y a envolverme en tu mundo del modo en que lo hiciste? Mi querido, querido...

¡Alguien viene!

Debo concentrarme en mi trabajo.

¡Ay de mí! ¡Si tan solo alguien pudiera entenderme!

* * *

13 de julio de 2015

No puedo dejar de ver a mi alrededor y pensar en lo vacío y terrible que se siente vivir aquí. Comparado con la descripción de otras épocas en los libros, este mundo parece un infierno. No me gusta, quiero que no sea real.

He dejado de ver a Fabián. He perdido el interés por él y por todos los que hasta el momento eran mis amigos. La última vez que hablé con mamá sobre esto, me dijo que no podía tratarse de otra cosa más que de locura. ¡Sí! Locura...

«Tienes que salir de nuevo, regresar a la realidad. Estás enferma», me dijo y, a pesar de que me reí de ella y me dije a mí misma que «si por soñar con otros mundos, se me considera loca, entonces ¡bendita locura!», me sentí triste. Ella es mi madre, me duele que no me entienda, que crea que lo que siento es más capricho que algo genuino. Yo sé que no es así.

Si hubiera vivido en tu tiempo, probablemente nos hubiéramos encontrado. Probablemente hubiera estado en ese baile de pueblo y me hubieras notado, como yo te he notado a ti tantas veces. ¡Te quiero! Tú eres Él. Estoy convencida. No sé cómo pude ignorar a Jane Austen todos estos años, no sé cómo pude relegar su lectura —y tu historia— por todo este tiempo.

¿Quizás esperabas a que alcanzara la edad suficiente para entenderte?, ¿quizá, como yo, también aguardabas por mí?

Mientras más te veo, más me pierdo. Me estoy perdiendo. Pero el laberinto es tan placentero y la sensación tan dulce que me resisto a encontrar el camino de regreso.

Te quiero. Te quiero tanto.
Te quiero tanto que me duele.

* * *

20 de julio de 2015

Debería sentirme diferente, o quizá triste, o frustrada... o desesperada por los anhelos que, a gritos, despedazan mi corazón. Debería maldecir mi suerte, mi mundo; todo lo que soy comparado con lo que mataría por haber podido ser. Pero no lo hago.

En cambio, me siento aquí y veo sin ver a las personas que, día a día, trabajan conmigo. Oigo sin oír las conferencias que hablan acerca de un Dios que no termina de ser mío, sino más bien un deber impuesto.

Y soporto todo con estoicismo y una sonrisa. Adopto mi personaje y me pongo la máscara de cera del teatro. Podría ser una actriz excelente.

Tomo nota frenética de una lluvia de citas bíblicas que no me servirán para nada (hay que guardar las apariencias).

El mundo puede pensar lo que quiera.

Lo que todos piensen de mí en esta tarde me tiene sin cuidado.

* * *

27 de julio de 2015

Anoche te vi. Era un cielo sin luna. Ibas vestido de negro y largalevita azul. Aunque no tan azul como tus ojos, esos ojos en los que podía ver mi reflejo. Te acercaste a mí, tomaste mis manos y luego, como si

fuera el gesto más natural del mundo, rodeé tu cuello con mis brazos y te fui acercando a mis labios. Te tenía tan cerca que podía sentir, con inmenso placer, cómo la calidez de tu aliento me debilitaba las piernas. Iba a besarte, estaba a solo un segundo de besarte...

¿Por qué demonios esos sueños siempre quedan incompletos? Es demasiado cruel. Hasta las voces en mi interior (esas voces que habían estado sorprendentemente mudas desde que te conocí) me lo dicen a gritos. Me lo repiten cada noche, como si no fuera suficiente con la certeza que ya tengo.

No he podido tener paz desde mi delicioso sueño de anoche. No puedo. No has salido de mi cabeza en todo el día. Y la frustración de lo que no fue me oprime la garganta hasta provocarme deseos de llorar. Necesito llorar.

Quisiera encontrar alguna persona que sea capaz de escucharme, alguien que pueda entenderme. Que sienta mi dolor de la misma manera en la que yo lo siento, que hablemos el mismo lenguaje. Pero sé perfectamente que nadie puede hacerlo.

Aunque le has dado paz a mi corazón, y a mis noches, algo de todo esto siempre me queda doliendo en el cuerpo. Me haces feliz y desdichada a la vez.

Quisiera escapar de mis responsabilidades de todos los días e ir corriendo a buscarte. Caminar por los mismos lugares en los que has estado. Pisar la misma tierra, respirar el mismo aire que respiraste...

Así esa tierra y ese aire hayan cambiado después de doscientos años.

* * *

9 de agosto de 2015

Anoche, sin querer, sin pensarlo y sin buscarlo, volví a soñar contigo. Y desde ese momento, hasta ahora, no he podido dejar de pensar en ti.

¿Mi sueño? Extremadamente raro, mezclado con personas de mi pasado y mi presente, pero en síntesis: mi mejor amiga vino a anunciarme que te había encontrado para mí, que estabas aquí y que debía ir a verte.

Cuando desperté mis emociones se fundieron tan perfectamente con aquel sueño, que todo ese sentimiento se materializó en un dolor casi físico en mi pecho, y me ha abrumado el corazón desde entonces. Sin embargo, nada de eso ha importado, y te he traído conmigo en todo el camino hacia el trabajo. Incluso ahora que me encuentro aquí, sentada, nadando en un mar de libros. Los recuerdos no me dan tregua y sigo pensando en ti.

Mis mejillas están calientes, estoy adormecida. Me siento... incorpórea.

Aun cuando hay demasiado que hacer aquí y tengo una reunión más tarde, tenía que escribirte para ver si de esta forma conseguía deshacerme del peso que me perturba sin medida desde esta mañana, especialmente ahora; y no sé por qué, solo deseo con ansias que acabe el día y llegue el siguiente... y el siguiente.

Quiero que llegue el fin de semana aunque no sé para qué, si eso también será motivo de angustia para mí por todo lo que he descubierto en mi interior. En cada espacio estás tú. Nada, absolutamente nada de lo que me espera conseguirá calmarme, quizá solo verte. Y yo daría mi alma por verte, por escucharte y que puedas devolverle el equilibrio a mi espíritu en un abrazo. Me estoy muriendo por la nostalgia.

Tengo tantas cosas que decirte, en especial las que suceden ahora, las que le han declarado la guerra a mi interior. Necesitaría que estés aquí... o por lo menos, no sé cómo, escuchar tu voz.

Hoy se me ocurrió pensar en cómo sería la vida si es que tú existieras.
Si vivieras en este siglo, en este mundo.

¿Te gustaría estar aquí, en esta época?, ¿te agradarían los autos, el tumulto... la tecnología te haría feliz?

¿Me querrías en tu vida?

¿Mi vida sería la misma?

Quizá sí o tal vez no, pero por lo menos tendría el privilegio de verte; y de no vivir cada vez un poco menos y mucho más en la angustia de tu ausencia.

No estaría aquí, con estas ansias que me consumen y que me impulsan a querer verte con deseo frenético.

No pasaría nada de esto, no existirían estas páginas... y estas líneas no estarían hechas para ti.

* * *

13 de agosto de 2015

Lo primero que hacen es buscar noticias sobre él. Lo único que yo no hago es buscar noticias sobre él. Y probablemente no lo haga nunca.

Hoy he pensado en eso y me he sentido muy mal. Y mi dolor se ha vuelto tristeza, pero no de esa que provoca llanto o deseos de morir, sino una especie de molestia que se ha transformado en irritabilidad hacia todo lo que me rodea.

Aunque tenga una vida en el mundo real (sabe Dios dónde, cómo y con quién), para mí siempre seguirá siendo Él. La perfección hecha persona. Mi bienamado personaje que se volvió de carne y hueso en la piel de ese ángel de mirada azul. De aquel hombre del que solo conozco su nombre y del que no espero saber nada más.

Me pregunto por cuánto más durará esta fantasía. Si debo elegir el tiempo, deseo que sea infinita. No quiero que termine nunca.

Esta sensación agridulce alimenta mi alma, mi fantasía, me permite despertar y no ahogarme en mi mundo cada día. Soportar mi vida hasta que un día, ese Dios del que tanto me han hablado, se apiade de mi dolor y me permita despertar en su mundo.

Doscientos años atrás, si no en otra persona, por lo menos con una vida diferente.

Una vida en la que pueda alcanzarle y ganarme su amor sin miedo a lo que pasara después.

Estoy lista para mi nueva vida. Estoy lista para él.

* * *

26 de agosto de 2015

He tratado de mantener oculto mi plan hasta para mi propio diario, pero ahora que el sueño de mi corazón está a punto de cumplirse, no puedo callarlo más.

Ya está decidido. ¡Iré al Reino Unido el 15 de septiembre! Me he sentido culpable en un principio, porque podría utilizar todo ese dinero que tanto trabajo me ha costado ahorrar en separar un departamento, mudarnos a otro lugar, ¿o qué sé yo?, hasta invertirlo en el negocio

que nos ayudaría a salir de nuestra miseria; eso sin contar que no le mencionaré a mi madre ni a nadie sobre mi verdadero destino.

Pero no puedo... no puedo. Necesito hacer esto antes de que mi propia mente termine por enloquecerme. He querido hacer algo impulsivo toda mi vida y ahora que se me ha presentado el momento, no lo puedo desperdiciar.

No sé si esto me dará calma, ni siquiera sé qué espero encontrarme allá. Nada en realidad. Solo quiero estar por los mismos lugares, sentir bajo mis pies la misma tierra. Que mis ojos contemplen la misma naturaleza, los mismos paisajes y que mis pulmones aspiren el mismo viento que podría haber respirado.

Le amo. Quiero vivir en los mismos lugares donde vivió él, quiero que mi vida sea lo más parecida a su historia.

Quiero morir algún día y llevarme ese recuerdo para siempre. Su recuerdo.

Si no es en la realidad, que lo sea por lo menos en mis sueños.

* * *

—Hola, Matthew, soy Raúl, el médico de Elena. He leído detenidamente los diarios que enviaron la semana pasada, también la última grabación. Han sido una gran fuente de información. He conseguido hablar con Elena también. Llamaba para preguntarte si podrías venir a mi consultorio mañana alrededor de las siete. Confirma con mi secretaria en el momento que escuches este mensaje. Cuídate, estamos en contacto.

Oír tan buenas noticias, después de los últimos días no tan gratos, fue como bálsamo sobre la herida.

Desde el día de nuestro encuentro con Luciana y la aparición de los diarios, la relación con Paola se había vuelto distante y tensa. Habíamos decidido, por respeto a la privacidad de Elena, que solo su médico conocería de la existencia y el contenido de los diarios.

Sentada a mi lado, aferrando los diarios en el pecho, Paola parecía estar tan perdida en sus propios pensamientos que no me atreví a romper el silencio que se había levantado entre ambos. En los casi dos meses de encuentros continuos, había aprendido a reconocer en sus gestos el estado de ánimo que la gobernaba, y en ese instante veía confusión mezclada con tristeza. Pensé que podría tratarse de Elena, y de la angustiante tentación de tener

—literalmente— en las manos la posible respuesta al misterio de su estado. Yo mismo me sentía de ese modo.

Aunque sabía que no era lo correcto, la intensidad de mi deseo por conocer el contenido de los diarios —especialmente el del último— me quitaba la tranquilidad.

Al llegar a la calle que llevaba directo a la caótica parada de autobuses, se detuvo de repente y me anunció, con una sonrisa que me pareció particularmente forzada, que seguiría su camino sola.

—No necesito que me acompañes esta vez, Matthew. Ha sido un día cansado para ambos, y es mejor que vayas a tu hotel a descansar, yo estaré bien.

Por alguna estúpida razón se me ocurrió que tal vez lo que ella deseaba era quedarse sola cuanto antes para leer el contenido de los diarios.

—Pero... para mí no es molestia. Además, ese paradero es caótico y peligroso. No te dejaré ir sola —repliqué.

Un atisbo de irritación nubló su rostro.

—Oye, te lo agradezco, ¿vale?, pero no necesito que me cuides. Puedo hacerlo yo misma.

Paola, que había sido siempre tan cordial y amigable conmigo, ahora se mostraba irritada por mi insistencia.

¿Por qué de repente parecía tan molesta? Probablemente estaría cansada de tenerme cerca. Me quedé mirándola en silencio, sin saber qué hacer. Quería decir alguna cosa, plantear alguna réplica que me permitiera convencerla de lo contrario, pero me di cuenta de que yo mismo me encontraba tan cansado de todo aquello que no supe qué decir. Nos quedamos de pie. Más silencio.

En cuestión de segundos, su expresión cambió y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—Lo siento, Matthew, lo lamento —dijo.

El espacio entre nosotros quedó completamente cerrado. Se puso de puntillas y me abrazó. Su reacción me dejó tan perplejo que tardé un poco en responder a su gesto.

—Lo siento... —susurró de nuevo, esta vez con la cara oculta en mi cuello.

Me encontraba atrapado en una situación en la que jamás pensé estar. ¿Acaso Paola sentía algo por mí? ¿Desde cuándo? Me sentía terriblemente incómodo y confundido, pero no me atreví a alejarla. En todo el tiempo que había pasado, ella había sido una amiga amable y fiel, tanto para Elena como para mí. Pero ¿cómo hacerle entender que no era posible? Yo le pertenecía a Elena, mi corazón y toda mi existencia le pertenecían. Sí. Era por eso que estaba allí, que había pasado junto a ella todos esos momentos. Por Elena.

Cualquier esperanza que alimentara tenía que acabar.

—Paola... —intenté explicar, pero antes de que pudiera decir nada ella me detuvo.

—No. No hables, por favor. No lo digas, solo... ¿crees que podrías abrazarme por un momento más? —dijo y, luego de un instante en silencio, continuó—. Sé que esto está terriblemente mal. Lo sé, pero ¿cómo no sentirlo? Eres el sueño de cualquier chica. Viniste desde la otra punta del mundo para ayudar a salir de las sombras a la mujer que amas. Ojalá pudiera tener algún día la mitad de esa suerte...

Se separó de mí poco a poco mientras yo permanecía totalmente rígido; intenté parecer relajado, pero sé que fallé. Me dolió mucho ver la expresión de dulce resignación que brilló en sus ojos. Me dio un beso en la mejilla y sin darme tiempo de hablarle, dio media vuelta y se fue.

No intenté detenerla, pero me quedé mirando cómo se alejaba hasta que dobló la esquina al final de la calle.

* * *

—Después de leer los diarios todo empezó a cobrar sentido... para su madre, para mí; incluso para Paola.

Paola. El recuerdo de su confesión regresó a mi mente en una oleada de ternura y tristeza que me calentó las orejas.

—Tal como lo imaginé, cuando le anuncié que sabía lo de su viaje al Reino Unido reaccionó de manera positiva.

Sentí cómo la tensión abandonaba poco a poco mi cuerpo y de repente respirar se volvía más ligero.

Había funcionado.

—¿Ha hablado entonces? —pregunté ansioso.

El sonido de la sangre palpitándome en los oídos me impedía escuchar con claridad. Raúl sonrió.

—Lo hizo —dijo con expresión benevolente—, avisé a sus familiares y bueno... puedes imaginarte lo feliz y aliviada que se sintió su madre. Ahora será mucho más sencillo establecer un tratamiento para ella.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¡Había funcionado!

—Pero —agregó rápidamente, al percatarse de la excesiva felicidad que me había provocado la noticia— no va a ser tan fácil, Matthew. Este es el principio del largo camino hacia la recuperación. Ahora más que nunca Elena necesitará de su familia, sus amigos y de ti. Fue por eso que te pedí que vinieras.

Desde nuestra primera visita, me había dado a la tarea de memorizar el camino que conducía a la casa de reposo. Aun si no lo conseguía, no habría sido difícil llegar; bastaba con seguir el GPS del taxi para dar con la carretera que conducía al puente que, atravesando el río, llevaba a la calle surcada de grandes árboles que finalizaba en la enorme reja victoriana.

—¿Entonces sabe que estoy aquí? —había preguntado con el corazón desbocado.

—Sí, se lo dije. Aunque creo que lo había adivinado desde el momento en que referí lo de su estadía en Londres. Matthew, ahora que Elena sabe del esfuerzo conjunto que hicieron Paola y tú para ayudarla, aunque no lo haya mencionado, sé que está dispuesta a luchar. Que saliera de su terco silencio lo confirma. Está tan predispuesta que ha sido posible disminuir la dosis

de sedantes que se le venía suministrando como medida de prevención ante nuevos ataques y autolesiones. Ahora tiene periodos más largos de lucidez. Tuvimos una larga conversación la semana pasada, habló bastante y eso me ha ayudado a descubrir mucho más de lo que hubiéramos podido saber por otros medios. Considero por eso que es el momento adecuado para que vayas a verla. Lo necesita. Y estoy seguro de que será tan bueno para ella como para ti.

Al entrar en el austero *hall* de la casa de reposo, me sentí abrumado y nervioso. Por fin volvería a verla. Me aterraba pensar en cómo se encontraría. ¿Estaría bien?, ¿la estarían cuidado adecuadamente? Pronto lo sabría, pronto podría tener sus manos entre las mías; podría decirle el horrible suplicio que había significado tenerla tan cerca y no poder verla, podría...

—¿Viene para la visita?

La misma mujer que semanas antes nos había atendido me recibió en la recepción. A diferencia de ese día, esta vez ni se inmutó al verme.

—Sí —le dije.

Me pidió los datos del paciente.

—¿Tiene autorización de su médico?

—Sí, puede consultarle si lo prefiere —agregué con tono desafiante.

Me miró con expresión de molestia, pero no respondió. Qué mujer más odiosa. Esperaba que no fuera igual de antipática con los pacientes en caso tuviera contacto con ellos. La sola idea de que una persona tan insoportable tuviera contacto con Elena me ponía de mal humor.

—Sírvase esperar un momento, en breve vendrá una enfermera para llevarlo con la paciente.

Los nervios me permitían a duras penas seguir a la enfermera que, a pasos lentos, me guiaba por los blancos pasillos hacia los jardines donde los pacientes solían pasar el día.

Al final de un largo corredor surcado por puertas, se levantaba un gran portón de vidrio corredizo, de donde salía a borbotones la luz natural, custodiado por un único vigilante. Aquel hombre solitario era suficiente para darle al lugar un aspecto de cárcel, por más jardines de los que estuviera rodeado. La sensación de estar vigilado todo el tiempo y la falta de libertad debían ser suficientes para enloquecer a cualquiera. Aquel lugar me causaba claustrofobia.

Atravesamos la puerta hacia un salón de grandes proporciones y pintado con colores cálidos; una buena cantidad de sillones, cuadros y televisores repartidos por toda la estancia le daban un aspecto hogareño. Aquí y allá se veían grupos de personas, entre pacientes y visitantes, conversando tranquilamente, jugando a las cartas o mirando la televisión. Era fácil identificar a los pacientes por las batas o pijamas con los que iban vestidos. Uno que otro tenía la mirada perdida en algún punto lejano y otros hacían gestos y movimientos de lo más extraños. Algunos enfermeros custodiaban a los que parecían ser los pacientes más delicados.

Mientras atravesábamos el lugar, mis ojos buscaban desesperados la figura de Elena entre alguno de los grupos, pero no pude encontrarla. La enfermera seguía su camino sin fijarse siquiera si la estaba siguiendo.

—Elena suele pasar el tiempo en los jardines. En esta época del año es cuando se ponen más bonitos, y el aire libre le está sentando de maravilla.

—¿Usted la conoce?

—Por supuesto, hijo —dijo con voz amable, aunque seguía caminando sin mirarme— llevo tantos años trabajando en este lugar que es fácil conocerlos a todos. Además, Elenita es del grupo de los pacientes jóvenes. Son tan pocos que se les puede contar con los dedos. En los últimos días ha mejorado tanto que ya se le permiten las visitas. Claro que con previa autorización del doctor Raúl.

Salimos del salón y descendimos unas escaleras de peldaños bajos que conducían directamente hacia el jardín.

Comparado con el lúgubre aspecto de la entrada, rodeada de árboles y maleza salvaje, aquel espacio hacía las veces de un pequeño paraíso. Se veían aquí y allá grupos de flores, bancas y mecedores dispersos por toda la explanada. Nuevos grupos de personas llenaban el lugar. Una edificación que imitaba un Partenón en miniatura se levantaba en el fondo. Era un lugar hermoso y apacible a pesar de la estación, con el sol brillante calentando todo el espacio.

—¿Logras divisar a la joven sentada de cara al rosedal?

Seguí la dirección de su dedo y ubiqué, con el corazón a punto de salirseme del pecho, la figura blanca y rosa que me señalaba en el fondo del jardín de espaldas a nosotros. Era Elena.

—Ve por ella, guapo —me dijo, mirándome por primera vez—. Seguro que estará feliz de verte.

Se despidió con un guiño rápido y un suave apretón en mi brazo, regresando al salón por el mismo camino que nos había llevado hasta allí.

Estando a pocos metros del mecedor donde estaba sentada, sentí la sangre palpar en mis oídos. Seguí caminando —más por inercia que por propia voluntad—, estaba cada vez más cerca de ella; tan cerca que si estiraba un poco la mano podía alcanzar su cabello que, descuidado, caía por detrás de la mecedora en la que estaba sentada.

Cuando estuve a punto de pronunciar su nombre, ella se dio la vuelta. Sus ojos se abrieron desmesurados, llenándose de lágrimas un instante después.

Había cambiado tanto en tan pocos meses. Estaba mucho más delgada que cuando la conocí, pero aun así seguía pareciéndome hermosa. Llevaba puesto un pijama rosa con una larga bata de lunares a juego. Su rostro demacrado conservaba todavía ese rastro de palidez típico en los convalecientes; el cabello le había crecido mucho desde que estuvo en Londres, lo llevaba recogido en una descuidada coleta detrás de la nuca.

Y sus ojos, a pesar de lo hundidos y enrojecidos que estaban, quizá por las vigiliass, el llanto y los medicamentos —o por todo al mismo tiempo—, aún conservaban ese brillo característico que yo guardaba tan vivo en mi recuerdo, y que tanto me había preocupado no volver a encontrar.

Me miraba vacilante, como si temiera que mi presencia fuera producto de su imaginación.

—Matt, ¿en verdad eres tú...? —las lágrimas brotaron de sus ojos.

Para ese momento, incluso los míos habían comenzado a empañarse. Apenas pude sonreírle.

—Lo soy... Vine por ti, cariño.

Incapaz de dar un paso más abrí los brazos, invitándola a venir. Se giró en el mecedor, dejó el cuaderno que reposaba sobre sus piernas cruzadas sobre el jardín y corrió a mis brazos.

Cuánto había esperado por ese momento.

¡Cómo había soñado con ese abrazo!

Tenerla en mis brazos justificó todos los meses de angustia, insomnio e incertidumbre. Sí. Aquel era el principio de lo que sería un largo y difícil recorrido, pero Elena ya no estaba sola. Tenía a su familia, a su madre, sus amigos. Me tenía a mí.

Para los momentos buenos —como en Londres—, para los malos —como todos los meses que le sucedieron—, para los difíciles... y para todos los que estuvieran por venir en el futuro.

Me tenía. Y me tenía para siempre. No volvería a dejarla jamás.

* * *

Ayer recibí la sorpresa más grande de mi vida. ¡Mi amado Matthew está aquí!, vino a verme. Vino por mí.

Verlo frente a mí, después los tres meses más extraños y dolorosos que recuerdo haber pasado nunca, fue como volver a nacer. Quería quedarme para siempre en sus brazos, sentir el palpitar retumbante de su corazón en el pecho (¡por mí!). Quería que mi vida terminara ahí mismo.

Porque ahora que no está conmigo, que la noche ha llegado y reina sobre mi habitación, tengo miedo. Todo vuelve a hacerse confuso en mi cabeza. Y las voces —susurrantes—, las malditas voces no dejan de decirme que no es él a quien yo amo. Que

no es él mi caballero de porte elegante, levita azul y mirada de cielo. Envuelven mi mente en la bruma terrorífica de una retahíla infinita (no es él, no es él, no es él). Matthew no es Darcy.

Pero Matthew y Darcy fueron uno solo alguna vez. Matthew abandonó por un momento su humanidad para hacer fusión perfecta con mi adorado personaje, mi amado Fitzwilliam; y la realidad estuvo siempre ante mis ojos, y yo no pude verla.

Mi mente caprichosa cegó mis ojos con suave venda de seda. Y llegué al Reino Unido. Caminé por sus calles, estuve en Derbyshire, recorrí Pemberley de punta a punta. Regresé a Londres, crucé el parque St. James de camino a la catedral.

¿En qué lugar del camino me dejó abandonada mi razón? Sus inconfundibles ojos azules y el aire de nostalgia en su mirada no me dijeron nada aquella mañana de otoño, nada excepto que parecía ser la persona más amable que caminaba en aquel momento por el parque, y que podría ayudarme a llegar a mi siguiente destino sin tener que perderme por enésima vez.

Pero él decidió hacer más que solo indicarme el camino. Me llevó hasta él y desde ese momento hasta el día en que tomé el avión de regreso estuvo ahí. Siempre atento, siempre dispuesto a escuchar y caminar un poco más, ir un poco más allá de la ruta. Un café más, una salida más, un beso más.

Me enamoré de él, y sus recuerdos colmaron mi mente todos los días desde que atravesé el continente de regreso a casa. Él estaba en mis pensamientos mientras escuchaba los reclamos de mi madre; estuvo conmigo más allá de nuestras madrugadas interminables conversando por Skype (¡aprendí a usar Skype solo para hablar con él!). Estaba en mi mente durante mis largas horas

deambulando por el centro histórico, por el malecón, mientras sumergía en el mar mis pies sancochados por el calor de la arena. Estaba conmigo mientras dormía, siempre conmigo.

Contaba los días que faltaban para el final del año; para el día que viniera a Lima y me pidiera una vez más que me fuera con él. Había decidido la fecha para decírselo a mi madre. Sería el desayuno de la víspera de Navidad. Hablaría con ella. Le contaría todo tal como había sucedido en Londres, le diría lo mucho que lo amaba y las diferentes formas en las que él me había demostrado que me amaba a pesar de la distancia.

Yo sabía que no iba a ser fácil, que iba a enfurecerse conmigo, pero que al final no me detendría. Quizás el resentimiento le duraría algunas semanas, o meses.

Formaría una vida nueva en Londres. Empezaría a trabajar, una vez establecida, y enviaría todo el dinero posible. Matt solía repetirme que no debía preocuparme por el dinero.

«Vendrás a Londres a cumplir tus sueños», me decía con esa sonrisa irresistible que me tenía rendida. «Pues bueno, uno de mis sueños es dar a mi familia todo lo que necesiten, todo lo que quieran, todo lo que no se habrían imaginado que podían desear», había sido mi respuesta. Mamá terminaría por aceptar mi decisión. Además, ¡el día que lo conociera lo amaría tanto como yo!

¿Cómo no amar a mi adorado Matt?

Sin embargo, todo cambió aquel lunes horrible, cuando todo aquello de lo que me sentía segura comenzó a disolverse.

«¡Mira qué encontré! Tú que has visto la película tantas veces te va a interesar», me había dicho mi hermana pequeña mientras

me mostraba en la computadora el artículo de una de las revistas a las que estaba suscrita, «¡es Mr. Darcy actuando en el teatro!».

En la fotografía que acompañaba el artículo estaba Matt, mi querido Matt acompañado de un grupo de personas en la representación de una escena. No podía creerlo.

Un momento de nuestra cena en Covent Garden vino a mi memoria: «Mis padres se dedicaron al teatro toda su vida. ¡Yo aprendí a actuar incluso antes de empezar a caminar!», el recuerdo de su sonrisa al decirme aquello me pegó como una bofetada.

«¿Mr. Darcy? No seas tonta. Él no es Mr. Darcy», le había respondido, apenas disimulando la horrorosa angustia que empezaba a apoderarse de mi cuerpo.

«Claro que es Mr. Darcy, perdedora», ocultó la página del artículo y abrió otra para buscar en Google el nombre de Matthew al lado de «Orgullo y prejuicio película». Mi corazón cayó de bruces en el suelo ante la cantidad de fotografías, artículos y frases de exaltada adoración que aparecieron en la pantalla y a los que yo misma habría podido acceder si tan solo hubiera ignorado la terca obstinación de no saber nada además de su nombre; si hubiera indagado por lo menos un poco en la vida de aquel actor que había dado forma real a la imagen de mis sueños; al adorado personaje que tanto había amado desde el día que leí *Orgullo y prejuicio* y me aventuré a buscar su adaptación a película.

¿Lo había tenido cerca todo este tiempo? Dios mío, ¡lo había tenido cerca todo este tiempo! Y no me di cuenta, nunca me di cuenta. Todo empezaba a tener sentido: aquellas jovencitas que nos siguieron por más de un kilómetro en el camino de Galloway Forest Park, la muchacha de la ópera pidiéndole un autógrafo: «lo

admiro desde la película...»; todas esas personas pendientes de nosotros en cada lugar al que asistíamos. Las repetidas ocasiones en que esquivaba mis preguntas acerca de aquella misteriosa película que todos, menos yo, parecían haber visto y que él prefería no mencionar. Ahora todo tenía sentido.

Pero ¿por qué lo hizo?

¿Quién era el hombre con el que había estado compartiendo todo este tiempo? ¿Matt, Matthew... Darcy? Y todavía más difícil de responder: ¿de quién me había enamorado?, acaso era que, a diferencia de mi mente, ¿mi corazón lo había reconocido desde el primer momento?, ¿acaso mi corazón había amado en él a mi querido Fitzwilliam y no a Matt todo ese tiempo?

Cada pregunta formulaba muchos más cuestionamientos y yo sentía mi cabeza a punto de explotar.

«¿Estás bien?», me preguntó mi hermana, mirándome como quien tiene delante a un enfermo mental. «Sí», alcancé a decirle y, desde ese momento, perdí la paz, la noción del tiempo y de las cosas. No sabía qué creer. No sabía en quién creer.

El espacio en mi mente, que hasta esa mañana le había pertenecido por completo a Matt, se llenó de incertidumbre y miedo.

Habría podido decírselo aquella noche en nuestra conversación, pero no lo hice. Estaba tan abrumada que, por primera vez desde mi regreso de Londres, preferí no conectarme para verlo y conversar como de costumbre. Estaba tan confundida que no pude dormir. Las voces (las mismas que siguen despedazándose entre sí para ganar la posesión de mi mente) reaparecieron agresivas, bulliciosas, amenazadoras.

Me convertí en un espectro de mí misma: sin sentimientos, caminando por cualquier calle durante el día, un fantasma deambulando por las noches en mi casa, dando vueltas en la cama. Sin sueño, sin tregua.

Y así pasaron no sé cuántos días, hasta aquella madrugada de pesadilla sangrienta y gente descompuesta y caras, muchas caras. Y la sonrisa de Matt desapareciendo en la oscuridad, la salvación que me ofrecía la mano extendida de mi adorado Fitzwilliam y que la gravedad me impidió alcanzar. La inminente caída al fondo del hoyo sumido en terrorífica oscuridad; el impacto doloroso de mi cuerpo sobre el suelo y el hedor penetrante de su agua podrida. Mi padre, ¿por qué estaba ahí mi padre?, ¿por qué se veía tan mal?, ¿por qué cerraba sus manos (podridas, sus manos lucen tan podridas) alrededor de mi garganta? (no lo hagas, papá. Por favor, no lo hagas...). Intento liberarme, clavo mis uñas en sus manos y su piel revienta en una explosión de miasma nauseabundo. No puedo escapar.

Grito. Y el sonido desgarrar mi pecho y se abre paso entre mi garganta destrozada y las manos descompuestas que la atenazan. Empiezo a perder el sentido, ya no veo nada de lo que pasa a mi alrededor... Todo se disuelve en las tinieblas de mis párpados cerrados.

Cuando despierto me doy cuenta de que todo ha sido un sueño. Un horrible sueño. Todo es silencio... hasta que las voces empiezan de nuevo. Ahí están, con su siseo irritante. Otra vez no. Paren, por favor. Ya no más.

Observo desde mi ventana la claridad del día que comienza a llenar todos los rincones de mi casa, pero esa claridad no me

alcanza, aquí dentro solo hay tinieblas y confusión. Si Dios fuera tan misericordioso como lo han descrito, se apiadaría de mi dolor; me ayudaría a huir (Dios, ¡ayúdame!), me llevaría lejos... muy lejos de las voces. Si tan solo me diera alas, como las de las golondrinas o las mariposas, sería fácil escapar. Podría buscar esperanza en el azul de otros cielos. Lejos, muy lejos...

Cuando ya no puedo más, siento la transformación.

Mis brazos... ¡mis pobres brazos se vuelven vaporosos tules de colores!
¡Puedo volar ahora! Dios me ha escuchado.

¡Puedo volar! ¡Las voces no me podrán alcanzar!

* * *

25 de junio de 2016

Matthew vino a verme hoy.

Raúl le ha dado un permiso especial para visitarme casi todos los días. Se ha quedado toda la tarde conmigo.

Llegó cargado de las cosas que más me gustan: libros de poesía — no más Jane Austen por sugerencia de Raúl, por ahora—, una caja de ese chocolate blanco con trocitos de galleta que me encanta; un iPad que ha llenado con música de piano y un centenar de canciones que no he escuchado en mi vida pero que cree que me gustarán... ¡Y *Del amor y otros demonios*! Creí que no lo recordaría —admito que yo misma no recuerdo del todo nuestra cena en Covent Garden. Hay muchos momentos de mi viaje al Reino Unido y posteriores que no consigo recordar—, pero lo recuerda. Recuerda mi relato acerca de la obra en la que participé y la novela que la inspiró.

Sospecho que por un descuido que no ha de perdonarse nunca, me confesó que había renunciado a su ya confirmada participación para la temporada de teatro en Londres en agosto. Lo hizo por quedarse aquí, conmigo. Me he sentido muy mal desde que me lo contó. Odio sentir que soy una carga para él, pero me ha asegurado que no, que no hay mayor inconveniente con eso; después de tres años ininterrumpidos de trabajo en el teatro, su ausencia por una temporada no se traería abajo a la compañía. «Está solucionado, preciosa, mi agente sabe qué hacer», me dijo con un guiño y un beso. Desde ese día hasta hoy no hemos vuelto a hablar del tema.

Me sigue costando pensar en él como la celebridad que realmente es. Aquí solo lo conocen por *Orgullo y prejuicio*, pero en Londres... ¡en Londres es todo un boom! Me lo han dicho. Después de que viniera la primera vez, le pedí a mi hermanita que averiguara acerca de su trayectoria en el cine, el teatro... todo lo que pudiera ayudarme a saber más de él; y ella, experimentada *stalker* de celebridades, consiguió darme un informe bastante detallado.

Desde ese día y hasta ahora me he sentido emocionada y aterrorizada en iguales proporciones. ¡La imposibilidad se hizo posible en nosotros! La forma en la que sucedió, las muchas formas en las que nos hemos encontrado desde entonces y el que ahora signifiquemos tanto en la vida del otro solo muestra la manera extraordinaria en la que a veces la vida puede juntar los caminos de personas tan distintas.

No sé qué pasará cuando salga de aquí, tampoco sé cuándo saldré. Raúl no me lo ha dicho y tampoco quiero saberlo. Llegará el momento en el que, siguiendo estrictamente sus indicaciones y tomando la medicación respectiva, podré volver a mi vida de nuevo, sea aquí o en cualquier parte del mundo en la que escoja vivir. Matt quiere que me

vaya con él al departamento que tiene provisionalmente alquilado en la zona del malecón, y me siento tentada, ¡desde ahí podría ver el mar a todas horas!

No ha mencionado nada acerca de nuestra promesa de hace meses, ni de sus intenciones de llevarme con él a Londres (supongo que ahora que sabe lo trastornada que estoy se lo está pensando mejor). Mi madre lo mira con recelo e insiste en que mi lugar es en casa, con mi familia; Raúl dice que lo que yo decida está bien, y así se lo dice a Matt, e intenta también hacérselo ver a mamá.

Me siento como una niña por la que todos quieren decidir, pero por el momento está bien. No me importa ponerme en las manos de las personas que han demostrado que me aman. Se siente bonito saber lo mucho que se preocupan por mi bienestar.

Las voces siguen en mi cabeza. Ya no se manifiestan con la misma insistencia, pero de vez en cuando siguen queriendo poner en duda mi decisión de amar a Matthew por lo que es en la vida real —el hombre que encontré en las calles de Londres, celebridad o persona del común, pero hombre al fin y al cabo—, y no por lo que yo creí que podía ser. Mi querido personaje, mi caballero. Mi siempre adorado Fitzwilliam Darcy.

Sé que no lo encontraré en ningún lugar; ni aquí, ni en Londres, ni en cualquier otro país. No lo encontraré en el amante caballero de carne y hueso que viene a verme cada día y es como luz que me guía a través de los pasillos de esta enorme «cárcel blanca» rodeada de jardines. No vive en este mundo, pero seguramente —como hace dos noches atrás— lo encontraré en mis sueños.

Mi amado Fitzwilliam, hoy acepto que no existes. Pero, por favor, no me dejes. Visítame mientras duermo, ¿quieres?

En la orilla del río, con el agua helada acariciando la orla de mi vestido, en un mundo paralelo sin la torre del Big Ben y el puente Westminster atestiguando ese momento. Deja que rodee mis brazos en tu cuello y une tus labios a los míos en un fervoroso beso. Un beso que me deje la sensación de que puedo cambiar la historia.

Ven a las noches de mi blanca habitación, quédate. Habita mi subconsciente. Apodérate de esos sueños que no recuerdo al despertar, pero que dejan la sensación de haber sido tan dulces y extraordinarios que devuelven las fuerzas y la fe, que me motivan a salir de la cama todos los días para hacerle frente al nuevo día.

No desaparezcas por mucho tiempo, por favor. Yo siempre esperaré por ti en el mismo lugar, en la orilla del río.

En el espacio intermedio entre mi fantasía y mi realidad.

EPÍLOGO

EL HOMBRE DETRÁS DEL PERSONAJE

Patrick ha sido una compañía inmejorable desde que llegó a Lima la semana pasada. Le he referido —sin ocultar ninguna situación— todo lo acontecido desde enero. El recibimiento de Paola en el aeropuerto, nuestras indagaciones respecto al estado de Elena, los encuentros con personas que la conocieron en el pasado, la visita a la casa de reposo y el encuentro con Raúl. Nuestras incursiones por los diferentes distritos de la capital, el encuentro con Luciana y los diarios. Incluso le hablé de la confesión de Paola y su posterior alejamiento desde ese día.

Paola. Había visitado a Elena un par de veces. De la primera vez tuve conocimiento por la misma Elena, de la segunda porque me crucé con ella en el *hall* de la recepción justo en el momento en que se retiraba. Me vio y sonrió con resignada naturalidad, incluso intercambiamos saludos con la normalidad de los amigos que se encuentran después de un breve tiempo.

—Era de esperarse, hermano, y eso me obliga a reafirmar una vieja teoría: las mujeres aman el drama, y mucho más si viene acompañado de un valiente caballero dispuesto a

salvar la situación. Debes agradecer que la chica haya sido lo suficientemente inteligente para alejarse en el momento preciso en lugar de abalanzarse sobre ti como una fiera, dadas las circunstancias...

No le he contado a Elena sobre el incidente de la última vez y tampoco creo que sea necesario. Desde que tuvo conocimiento de su intervención, ha estado muy unida a ella y siente que le debe la vida por el papel tan importante que desempeñó desde el principio. Comparado con todo lo bueno que se había conseguido gracias a su iniciativa, lo que pasó aquel día parecía un asunto sin importancia.

—Sé que no lo habría hecho. Paola es... es una gran chica. Encontrará al hombre indicado algún día.

Patrick soltó una carcajada.

—Querido amigo, a veces eres tan soñador como una jovencita. Sin embargo, por tu bien y el de tu Elena, espero que sea como dices. Y a propósito de eso, ¿cómo se encuentra ella?

Elena estaba cada vez más recuperada.

Aunque Raúl sigue advirtiéndonos que la esquizofrenia no se cura (solo se mantiene controlada siguiendo con estricta disciplina la toma de la medicación prescrita) todos tenemos esperanza. Confiamos plenamente en la inquebrantable voluntad que le pone al tratamiento. Se ve mucho más fuerte y el color ha vuelto a cubrir sus mejillas.

Ahora permanece tranquila la mayor parte del tiempo. Pasa los días en el mismo lugar cerca al rosedal, leyendo *Del amor y otros demonios*, la obra de su autor favorito, escuchando las melodías de piano y las canciones de algunas de mis bandas favoritas que

descargué para ella en mi iPad, escribiendo continuamente en el cuaderno que le dio Raúl desde que volvió a hablar; conversando con su madre o sus hermanos en los días de visita. Dando largos paseos a solas o cogida de mi brazo al atardecer —¡he presenciado los atardeceres más bellos de mi vida en una casa de reposo para pacientes psiquiátricos!—, siempre vestida con esos pijamas que su madre le cosió, y a los que sorprendentemente ya me he acostumbrado. Raúl tenía razón: la conversación nos había hecho bien a los dos. Las enfermeras dicen que es admirable la rapidez con la que ha mejorado desde el día de nuestro reencuentro.

Aquel día se vio menguado uno de mis miedos más grandes. Me había reconocido y había corrido a mis brazos abiertos. Había borrado con sus lágrimas todas mis reservas. Supe entonces que, si la quería para siempre, tendría que empezar a descubrirle los sucesos de mi vida que hasta ese momento me había empeñado en ocultar.

Conocer de labios de sus amigas y después por el mismo Raúl de la adoración que sentía por el personaje que yo había interpretado, me había confirmado la idea de que ahora Elena conocía la verdad acerca de mi identidad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —había sollozado en mi pecho—.
¿Por qué me lo ocultaste, Matthew?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Para ella siempre había sido «Matt», un hombre común y corriente que había conocido en Londres y con el que había mantenido contacto desde entonces. No me había reconocido en un principio. Pero ahora ya lo sabía.

—Lo supo desde antes del ataque. Me confesó que lo había descubierto gracias a su hermana. Coincidió con el tiempo en

que dejamos de comunicarnos después de Navidad. Fue por eso que dejó de hablar conmigo.

—Lo cual confirma que, durante toda su estadía en Londres, no se dio por enterada de quién eras —sentenció Patrick.

—Es increíble. Me cuesta imaginar que todavía existan ese tipo de perlas en el mundo —agregó riendo—. Probablemente haya sido la única mujer en todo el Reino Unido que no sabía a quién había rendido con sus encantos. Nada más y nada menos que a una celebridad del cine y el teatro.

Cuando le hablé de la extraña sensación que me había invadido estando solo, y que finalmente me había impulsado a emprender el ansiado proyecto de la creación de un libro basado en nuestra historia, elevó los pulgares en señal de aprobación.

—Sería una buena historia. Una bella extranjera que se cruza con un hombre nada interesante, cuyo pasatiempo principal es caminar como un anciano por las mañanas en St. James's Park y sumergirse en la tranquilidad de su apartamento; además de pasar las noches entre aburridas conversaciones con sus viejos amigos del teatro en un bar que, para variar, es el más anticuado de todo Convent Garden... ¡qué digo! Más bien de todo Londres, y que aun así se haya atrevido a aceptar una invitación, ciertamente es algo digno de contar. ¡Valiente es tu adorada extranjera! Tiene toda mi admiración y respeto por haber realizado semejante hazaña.

Me reí ante su ocurrencia. No eran las palabras que yo habría utilizado para resumir nuestra historia, pero ciertamente estaba muy cerca de la verdad.

Después de haber respondido —sin un ápice de mi antigua reticencia— a cada pregunta que me hizo, me sentí liberado.

Sus ojos brillaron bajo una nueva luz, una que hasta el momento me había sido desconocida: la luz del reconocimiento. Aquello la volvía una criatura mucho más hermosa.

En ese instante veía a la verdadera Elena por primera vez. Lejos de la magnificencia de mi amada patria, de mi bella Londres. Con un aspecto que no guardaba ninguna semejanza con la sofisticada figura envuelta en abrigo beige que se me presentó en St. James's Park el otoño pasado; o la absolutamente hermosa y tentadora sensualidad que, sin saber, desplegó frente a mí durante nuestra salida a la ópera.

En un lugar diferente, con el cabello un tanto descuidado, vestida con pijamas pasteles y una figura mucho más delgada y trasparente, veía a una Elena diferente.

Una cálida sensación me invadió el pecho.

Me sentí complacido al notar cómo poco a poco la esperanza le iba ganando terreno a la incertidumbre en mi interior, y surgía de mis labios la misma palabra que había pronunciado en Londres después de haberla conocido: fascinación.

Ahora que todo se siente más real —incluso el que me haya confesado que, a pesar de las tormentas que la acechan, ama en mí al hombre y no al personaje—, sigo tan fascinado como la primera vez.

Fascinado —y además enamorado— por aquella criatura extraordinaria. Mi hermosa y valiente Elena.

Ella sigue luchando. Yo seguiré luchando por ella. Nuestro camino recién comienza.

El vuelo de la mariposa negra
se terminó de imprimir en julio de 2016 por
encargo del Grupo Editorial Mesa Redonda
para su sello de **Calcomanía**.